



Lucas

La Humanidad de Cristo

© 2024 by Through the Word Inc.

All rights reserved.

Scripture quotations are taken from The Holy Bible, New International Version® NIV® Copyright © 1973, 1978, 1984, 2011 by Biblica, Inc. ® Used by permission of Biblica Inc. ® All rights reserved worldwide.

Disclaimer: This transcript is provided with the understanding that neither the author nor the publisher is engaged in rendering professional advice. The information contained herein is for educational and informational purposes only. Readers should consult a professional for specific advice.

About Through the Word

Through the Word is a 501c3 nonprofit ministry dedicated to equipping people around the world to read the Bible, understand it, apply it, and make it a habit. We provide simple yet powerful tools via the web and mobile apps that lead users on a journey to understand the entire Bible, one chapter at a time. TTW combines clear, balanced, and relatable teaching with direct accessibility. Our purpose is God's calling: to make disciples, equip the saints, and preach the word. (Mat. 28:19, Eph. 4:12, 2 Tim, 4:2)

Understand the Bible in 10-minutes a day with clear and concise plans for every book and audio guides for every chapter of the Bible.

“Do you understand what you are reading?” Philip asked. “How can I,” he said, “unless someone explains it to me?”

Acts 8:30b-31a

www.throughtheword.org

Lucas 1

¡Hola amigos! Bienvenidos al Evangelio de Lucas. Me llamo Chris Langham y voy a ser tu guía en este viaje a través de la historia de Jesús tal y como la registró el doctor Lucas. Por cierto, Lucas era médico y buen amigo del apóstol Pablo. Lo acompañó en varias aventuras misioneras en el libro de Hechos de los apóstoles. En aquella época, muchos se habían propuesto escribir un relato de la vida de Jesús. Y Lucas, además de ser creyente, era experto en investigación, un hombre muy racional. Por eso investigó todo cuidadosamente desde el principio y decidió escribir un relato ordenado para su amigo Teófilo, cuyo nombre significa amigo de Dios. Lucas nos cuenta todo esto en el versículo cuatro donde dice: "... **Para que conozcas la certeza de las cosas que se te han enseñado**". Ese propósito es clave. Circulaban muchas historias sobre Jesús, algunas ciertas y otras no. Los cuatro evangelios de la Biblia fueron registrados y conservados con el propósito expreso de exactitud, para que conociéramos la verdad. Mateo y Juan fueron testigos oculares. Marcos probablemente registró el relato de Pedro como testigo ocular. Lucas nos ofrece un equilibrio intrigante porque investigó. Recopiló historias, realizó entrevistas y consultó a muchos testigos oculares. Su evangelio incluye muchas historias repetidas, pero también un gran número de parábolas y enseñanzas de Jesús que los otros evangelios no mencionan porque la gente recordó detalles nuevos que él pudo registrar.

Lucas ofrece muchos detalles más sobre la historia de la Natividad, por lo que podemos ver que se tomó el tiempo de hablar con otras personas, como María, y que incluso obtuvo relatos íntimos de los padres de Juan el Bautista. ¡Qué riqueza poder saber todo lo que pasó! Y aunque Jesús es en gran medida siempre la misma persona, la perspectiva que Lucas tiene de él hace hincapié en su humanidad, sin dejar de mostrar que era el Hijo

de Dios. Pero a Lucas le intriga, especialmente, que el Mesías también era el Hijo del Hombre, que era uno de nosotros. Bueno bien, Lucas inicia su relato un poco antes de la llegada de Jesús, con una historia muy humana de un matrimonio de ancianos sin hijos. Eran dos personas que necesitaban esperanza desesperadamente. Versículo cinco. **“En tiempos de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías que pertenecía a la división sacerdotal de Abías. Y además, su mujer Elisabet era descendiente de Aarón. Ambos eran justos a los ojos de Dios, guardaban todos los mandamientos y decretos del Señor. Eran intachables, pero no tenían hijos porque Elisabet no podía concebir, y ambos eran muy ancianos”**. A veces la vida también es dura para los buenos. Como para estos dos creyentes piadosos a quienes vemos soportando una larga prueba: la infertilidad. Es una prueba dura para cualquier pareja. En aquella época, la gente te trataba como si estuvieras bajo maldición. Sin embargo, Zacarías y Elisabet servían fielmente a Dios a pesar de que el único deseo de sus corazones simplemente nunca se hacía realidad.

Zacarías era un sacerdote judío, volvemos a encontrarlo cuando Lucas lo describe sirviendo en el templo del Señor, junto al altar del incienso. El incienso del templo representa la oración, y en este relato vemos que la oración está presente por todas partes, tanto dentro como fuera del templo. Zacarías llevaba mucho tiempo orando por una sola cosa. Allí, dentro del templo, un ángel llamado Gabriel sorprende a Zacarías. Versículo doce. **"Cuando Zacarías lo vio, se asustó y el temor se apoderó de él. Pero el ángel le dijo: ‘No tengas miedo, Zacarías. Tu oración ha sido escuchada’"**. ¡Esto sí que es un mensaje alentador! **"Tu oración ha sido escuchada"**. ¿Qué oración? La oración para tener un hijo, por supuesto. Zacarías hizo esa oración por años, orando y

esperando. Dios lo escuchó fielmente todos esos años. Y su respuesta por fin llega en el versículo trece: **"Tu esposa Elizabet te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan"**. Este bebé llamado Juan se convertirá en el hombre que nosotros conocemos como Juan el Bautista. Este no es el discípulo Juan que escribió el evangelio. Este Juan es un profeta, uno de los profetas más importantes de toda la Biblia. La descripción de su misión se encuentra en los versículos dieciséis y diecisiete. Y consiste en mucho más que solo bautizar. **"Él hará que muchos del pueblo de Israel vuelvan al Señor su Dios, él irá delante del Señor con el espíritu y el poder de Elías. Para volver el corazón de los padres a sus hijos, y el de los desobedientes a la sabiduría de los justos, para preparar un pueblo bien dispuesto para el Señor"**.

Ahora, ¿ese sí que es un ministerio poderoso! Imagina que ese fuera tu llamado hoy. Llevar a muchos de regreso a Dios. Hacer que los padres vuelvan el corazón a sus hijos. Hacer que los corazones rebeldes escuchen la verdadera sabiduría y, sobre todo, preparar a un pueblo bien dispuesto para Jesús. Así que, después de haber orado durante años por un bebé, Zacarías recibe su respuesta y es casi de no creer. Tan buena que a Zacarías le cuesta creer. Y como no cree, se queda mudo. No mudo en el sentido de sorprendido, sino mudo en el sentido de que no puede hablar porque Dios le quita la voz. ¡Presta atención! La incredulidad te enmudece. Cuando no confías en la Palabra de Dios. Te quedarás callado y te abstendrás de compartir la Buena Noticia. Así que aunque Zacarías no puede contar a nadie lo que ha oído, el ángel Gabriel todavía tiene más por decir. Seis meses después, Gabriel se presenta de nuevo, esta vez a una joven judía llamada María, que estaba comprometida con un joven judío llamado José. El mensaje de Gabriel a María comienza en el versículo treinta. **"María, no temas. Dios te ha concedido su favor."**

Concebirás y darás a luz un hijo, y lo llamarás Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la descendencia de Jacob para siempre. Su reino no tendrá fin". ¡Qué profecía! Puede que la hayas oído anteriormente como la historia de Navidad, pero presta atención a las palabras. ¿Notaste las promesas sobre un rey? Jesús nació para ser rey sobre el trono del rey David, y su reino durará para siempre. Pero considéralo desde la perspectiva de María. El trono de David llevaba siglos sin ser ocupado. Los judíos tenían un rey, un tirano llamado Herodes, que gobernaba a los judíos sin piedad. Y estaba bajo las órdenes de César Augusto de Roma, un hombre cruel y malvado que se autoproclamaba dios. Claramente, la profecía que recibe María es una promesa de esperanza, y hace mucho tiempo que está por llegar. No te pierdas esto. El reino de Dios y el rey que lo gobernará constituyen el núcleo de toda la profecía bíblica. Es a donde apunta toda la historia. Ese reino cambiará el mundo y durará para siempre. Aquí, en Lucas, el arcángel Gabriel acaba de nombrar al rey y su nombre es Jesús. Esto es grandioso. Ahora bien, la respuesta de María a esta inmensa profecía es hermosa, honesta y muy humana.

Versículo treinta y cuatro, "**¿Cómo podrá suceder esto?**", preguntó María al ángel, "**Puesto que soy virgen**". Esto te va a encantar. María se salta todo eso del Reino eterno y dice: "**Espera un momento, soy una buena chica judía. ¿Cómo voy a tener un hijo si solo estoy comprometida?**" Así que Gabriel explica que el Espíritu Santo se iba a encargar de que así fuera, de modo que el niño sería llamado Hijo de Dios, como dice en el versículo treinta y siete, "**Porque ninguna palabra de Dios fallará jamás**". Me encanta. El ángel hace que María recuerde que la Palabra de Dios viene acompañada de poder. Nada es imposible para Dios, y Su

palabra no fallará. Lo mismo es cierto para nosotros. Nuestra esperanza descansa en el poder que hay detrás de cada promesa de la Palabra de Dios. Y María cree lo que a Zacarías le costó creer y por lo que quedó mudo. María se muere de ganas de contárselo a alguien. Irónicamente, María corre a contárselo a la esposa de Zacarías, que además era prima de María, Elisabet. Para ese entonces, Elisabet ya estaba embarazada y se alegró al ver a María. En el versículo cuarenta y cinco, exclama: **"Bendita la que ha creído que el Señor cumpliría las promesas que le hizo"**. Elisabet sabe que hay una bendición especial a favor de la fe de María simplemente por haber confiado en la Palabra de Dios. Así que tanto María como Elisabet están de fiesta.

Éste es como ese gran momento en el que recibes la noticia más grande del mundo y al fin puedes compartirla con alguien. Con alguien que te entiende. María rebosa de gozo, y su gozo se convierte en canción. Ya ves, la promesa de Dios siempre viene acompañada de esperanza. Esa esperanza solo se disfruta cuando la recibes con fe. María la disfruta, así que se pone a cantar. El canto se conoce como **"el Magnificat"**, que debo admitir a mí me sonaba a superhéroe felino. Pero **"Magnificat"** viene del latín y simplemente significa: glorificar. Porque el alma de María dio gloria al Señor. ¡Qué hermoso! Después del canto, pasamos al nacimiento de Juan el Bautista donde por fin, Zacarías recupera la voz y ahora él es quien empieza a cantar. El gozo que viene por creer finalmente ha llegado al viejo sacerdote. Y aquí, en el capítulo uno, pareciera que se nos presenta un musical. Los dos cantos son gloriosos y rebosan de esperanza, así que hoy te animo a que leas Lucas uno. Si quieres, hasta puedes cantar los cantos. Son canciones espontáneas escritas por corazones rebosantes de gozo. Porque, por fin, pudieron ver la esperanza en el horizonte. Y mientras nos preparamos para realizar nuestro viaje a

través del Evangelio de Lucas, no olvides aferrarte a las promesas de Dios, aférrate a la esperanza, y tal vez sigues el ejemplo de Juan el Bautista y preparas un camino despejado para Jesús en tu corazón.

Lucas 2

Bienvenidos todos de nuevo a Lucas, capítulo dos en nuestro viaje a través de la palabra, a la historia del día en que la paz vino a la tierra. Esa paz llegó como un pequeño bebé varón. Y es para todos aquellos que alguna vez han anhelado la paz en el mundo o la paz en su corazón. Es, por supuesto, la historia de la Navidad, del nacimiento de Jesús. Y comienza en el versículo uno. **“En aquellos días, César Augusto promulgó un decreto por el que se debía realizar un censo de todo el mundo romano. Todas las personas del vasto Imperio romano viajaron a sus ciudades de origen para ser registradas y contadas”**. El versículo cuatro presenta a José viviendo en Nazaret y viajando hacia el sur, a Belén, la ciudad de David, porque pertenecía a la casa y al linaje de David. No te pierdas este detalle. El capítulo uno nos presentó al rey Herodes, el capítulo dos a César Augusto. Pero, ¿qué pasó con el linaje del rey David? Versículo cinco. **“Fue para inscribirse junto con María, que estaba comprometida para casarse con él, ella se encontraba embarazada”**. Estar comprometida y embarazada puede hacerte atraer muchas miradas de reojo y juicios susurrados. Pero en el corazón de esta historia tan humana, hay un gran trasfondo de la poderosa mano de Dios obrando en todo. Muchos detalles de esta historia se escribieron en pergaminos siglos antes de que todo sucediera. Belén, el linaje de David y una virgen embarazada que emprende un arduo viaje. Versículo seis. **“Mientras estaban allí, se le cumplió el tiempo. Así que dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada”**.

Y de una forma tan sencilla como esa, Dios Todopoderoso entró en el mundo que creó como un pequeño bebé al que acostaron para que durmiera en un pesebre. El versículo ocho presenta a un grupo de

pastores que estaban bajo el cielo estrellado en la campiña de Israel, vigilando sus rebaños por la noche. Belén es tierra de pastizales para las ovejas hasta el día de hoy. Puedo asegurarte que el terreno montañoso ofrece excelentes miradores para contemplar las estrellas. En aquella época, los pastores pertenecían a la clase baja de la sociedad. Pero Dios sabe cómo levantar a los de baja condición y honrar a los humildes. Por eso, en el versículo nueve dice: **“Sucedió que un ángel del Señor se les apareció. La gloria del Señor los envolvió en su luz y se llenaron de temor. Pero el ángel les dijo: ‘No tengan miedo. Miren que traigo Buenas Noticias que serán motivo de mucha alegría para todo el pueblo. Hoy, ha nacido en la Ciudad de David, un Salvador que es Cristo el Señor’”**. ¡Esto es asombroso! Nunca se olviden de que la historia de Jesús es una buena noticia de gran gozo. Que siempre sea un gran gozo para tu corazón y para el mío. En la ciudad de David ha nacido un Salvador. Jesús nació para salvar. A menudo me desconciertan los libros y artículos que intentan demostrar que Jesús se convirtió en el Salvador porque sus discípulos exageraron su historia a lo largo del tiempo.

Porque eso no es lo que indica el registro histórico. Aquí Lucas registra la historia que había sido profetizada con siglos de antelación, y que ahora estaba siendo proclamada por un ángel en las alturas. La historia de un niño que es el Mesías y el Señor. Y de Jesús, que no vino a condenar, sino a salvar. Versículo trece. **“De repente apareció una multitud de ángeles del cielo, que alababan a Dios y decían: ‘Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad’”**. Paz en la tierra. Es una frase popular en la época de Navidad, y por una buena razón. Está aquí mismo, en la historia de la Navidad. Pero a veces esas tres palabras asombrosas son separadas de la historia del nacimiento de

Jesús. Recuerdo que un año, en Navidad estuve en Disneylandia, visitando Pequeño Mundo, todo estaba iluminado y era precioso. Al final del recorrido las palabras **“Paz en la Tierra”** estaban bellamente colocadas sobre carteles en las lenguas de todo el mundo. Un sentimiento precioso, pero por supuesto no había nada sobre el nacimiento de un Salvador. Ahora bien, no me ofende que no hayan incluido a Jesús en su decoración navideña. La tarea de proclamar la Buena Noticia de gran gozo es nuestra, no de Disney. Pero es interesante. Al mundo entero le encanta esta frase. Paz en la tierra. La anhelamos, pero, ¿cómo la encontramos? ¿Y por qué son los ángeles los que la proclaman aquí? ¿Cómo trae la paz el nacimiento del Mesías? El mundo puede desearnos la paz y todo eso, y puede que los deseos sean muy bienintencionados, pero ¿dónde la encontramos?

Aquí. Una multitud de ángeles la proclama. Bueno, no sé qué es lo que ellos pensaron, pero puedo decirte lo que dijeron: **“Vayamos a Belén y veamos”**, bueno, eso es exactamente lo que hicieron, y a continuación estaban listos para ir a contarle a todo el mundo que había nacido Jesucristo. El versículo veintiuno hace un salto adelante de una semana. La historia se calma un poco, pero presta atención a los detalles. **“Cuando se cumplieron los ocho días y fueron a circuncidarlo, lo llamaron Jesús, nombre que el ángel le había puesto antes de que fuera concebido”**. Luego María y José esperaron el tiempo de la purificación y lo presentaron al Señor, y por último hicieron una ofrenda de sacrificio por él en el versículo veinticuatro. En realidad, todo es bastante común, lo habitual según las tradiciones judías relativas a los bebés. Pero presta atención a una frase que se repite tres veces. **“Hicieron todo conforme a lo que dice la ley del Señor”**. Eso es esencial, porque Jesús vino a cumplir la ley, e incluso siendo un bebé, antes de que pudiera elegir,

cumplió todo lo que exigía la ley de Dios. No faltó ni una sola cosa que le impidiera ser un Salvador completo para nosotros. Y nota que el sacrificio ofrecido en el versículo veinticuatro era el sacrificio de una familia pobre, un par de palomas y dos palominos. ¿Alguna vez pensaste en que nuestro Señor eligió nacer en una familia pobre? Y mientras esta joven y pobre familia está en el templo, se encuentra con un anciano llamado Simeón que da una profecía sobre Jesús, y les recuerda que la paz en la tierra no se alcanza sin antes pagar el precio necesario.

Versículo treinta y cuatro. **“Simeón les dio su bendición y dijo a María la madre de Jesús: ‘Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición, a fin de que se manifiesten las intenciones de muchos corazones. En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma’”**. Así, Simeón advierte a la joven pareja sobre efecto que Jesús iba a tener en el mundo. No iba a ser fácil. Muchos hablarían en contra de Jesús, y ese conflicto revelaría lo que realmente tenían en sus corazones, no iba a ser para nada lindo, y además, una espada atravesaría el alma de María. Guau. Esta experiencia iba a ser profundamente personal para la joven madre. Cuando leemos Evangelio, tú y yo deberíamos experimentar exactamente lo mismo. Luego vemos que regresan a casa y Jesús crece en Nazaret. En el versículo cuarenta, leemos que Jesús creció en fuerza y en sabiduría. De nuevo, este detalle me dice que Lucas dedicó tiempo adicional para escuchar la historia de María, y gracias a eso, nosotros tenemos una historia más de la infancia de Jesús que los otros evangelios pasan por alto. A los doce años, su familia va a Jerusalén para la Pascua. En el versículo cuarenta y tres vemos que una vez terminada la fiesta, mientras sus padres regresaban a casa, el niño Jesús se queda en Jerusalén, pero ellos no se dan cuenta.

Ahora bien, las familias viajaban en grandes grupos para la Pascua, y no era difícil extraviar a un niño por algún tiempo, así que siguieron viajando durante todo un día. Buscaron, no lo encontraron y volvieron a Jerusalén. Versículo cuarenta y seis. **“Al cabo de tres días lo encontraron en el Templo, sentado entre los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían se asombraban de su entendimiento y de sus respuestas”**. Me encanta esta historia. ¿Cómo habrá sido eso? A sus padres no les hizo tanta gracia, pero en el versículo cuarenta y nueve dice: **“... Les preguntó: ‘¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que tengo que estar ocupado en los asuntos de mi Padre?’”**. Tómalo en serio, porque tú y yo también podemos perdernos a Jesús. Incluso cuando llevamos a cabo todos nuestros rituales religiosos, hasta los que tienen que ver con Jesús. A veces, al volver a casa, simplemente le dejamos atrás. No está en nuestra forma de hablar ni en la forma en que nos tratamos los unos a los otros. Así que vuelve. Búscalo en la casa de su padre. Me sorprende a cuántos lugares podemos ir a buscar a Dios en nuestras vidas, cuando, por supuesto, Jesús siempre está en la casa de su padre. Vuelve a la iglesia. A pesar de todos los problemas, Jesús sigue estando entre los suyos. Hoy, te invitamos a que leas Lucas dos. Escucha la Buena Noticia y comparte el gran gozo del nacimiento de Jesucristo. Y mientras lees, invita a la paz que vino a la tierra en aquella noche santa a que venga a tu corazón.

Acompáñanos en la próxima parte del viaje, capítulo a capítulo. Y recuerda, la fe viene por el oír y el oír la palabra.

Lucas 3

Bienvenidos nuevamente al Evangelio de Lucas, capítulo tres. Hoy, en a través de la Palabra, hablaremos sobre el ministerio del primer héroe bíblico del Nuevo Testamento: Juan el Bautista. Juan tenía un ministerio esencial: preparar el camino.

¿Alguna vez has intentado compartir el amor de Dios con alguien y has sentido que había algo en el camino, como si hubiera una pared invisible? O quizás eso te sucede a ti. ¿A veces sientes que el mensaje entra por los oídos, pero que algo lo detiene antes de llegar al corazón? Es posible que simplemente necesites escuchar un mensaje al estilo de Juan el Bautista.

Lucas comienza citando una antigua profecía sobre Juan. En el versículo cuatro dice así: **“Así está escrito en el libro del profeta Isaías: Voz de uno que grita en el desierto: ‘Preparen el camino para el Señor, háganle sendas derechas. Se levantarán todos los valles y se allanarán todas las montañas y colinas. Los caminos torcidos se enderezarán y las sendas escabrosas queden llanas. Y toda humanidad verá la salvación de Dios’”**. ¡Clarísimo! El llamado de Juan, dado siglos atrás, era preparar el camino del Señor.

Juan no limpió senderos físicos por los que caminaría Jesús, ni aplanó montañas, ni rellenó valles para hacer caminos rectos. El camino que despejó fue el camino hacia los corazones de las personas, y ese camino no se despeja fácilmente. Todo tipo de basura puede obstruir el paso.

¿Qué se necesita para abrir un corazón obstinado? Juan el Bautista enfocó su ministerio en una sola cosa: el arrepentimiento. En el versículo

tres leemos: **“Juan recorría toda la región del Jordán predicando el bautismo de arrepentimiento para el perdón de pecados”**.

El bautismo era algo relativamente nuevo para los judíos. Los únicos que se bautizaban eran aquellos que querían convertirse en judíos. Este bautismo es un poco diferente al que tú y yo experimentamos como cristianos. Ellos aún no tenían fe en Jesús; este era simplemente un bautismo de arrepentimiento. Cuando nos arrepentimos, le damos la espalda al pecado y reconocemos que eso está mal. En latín, la palabra significa algo así como **“transformar tu forma de pensar”**. En otras palabras, es cambiar la forma en que piensas sobre lo que haces y cómo vives, estar de acuerdo con Dios respecto a lo que Él dice que está mal y decidir que es momento de cambiar de dirección y vivir para Él. El arrepentimiento es el ingrediente principal que se necesita para preparar un corazón para Jesús.

El mensaje de Juan no es el evangelio completo. En realidad, es el corazón de la ley que es parte del Antiguo Pacto. La ley nos dice cuándo estamos haciendo algo mal y lo que tenemos que corregir, pero no puede hacernos justos. Nos ayuda a ver nuestra culpabilidad y a darnos cuenta de que necesitamos un Salvador.

Para que las multitudes comprendieran esto, Juan tuvo que ser muy directo con algunos. En el versículo siete, Juan ve a algunos hipócritas religiosos entre la multitud y los llama: **“¡Camada de víboras!”**.

Juan no predicaba un arrepentimiento vacío, de solo palabras, como si bastara con decir **"lo siento"** a Dios y luego continuar pecando. En el versículo ocho, dice: **“Produzcan frutos que demuestren arrepentimiento”**. El fruto, en la Biblia, es una demostración externa de lo que ha sucedido en el interior. Puedes decir que eres un buen naranjo,

pero la única manera de probarlo es produciendo buenas naranjas. Así que, producir frutos dignos de arrepentimiento significa cambiar realmente la manera en que actúas.

Sin embargo, el arrepentimiento es diferente dependiendo de la persona. A los que tenían más de lo que necesitaban, Juan les dijo que compartieran. A los recaudadores de impuestos, que dejaran de cobrar de más. A los soldados, que dejaran de abusar de su autoridad extorsionando por dinero y que se conformaran con lo que tenían. La pregunta para nosotros es: ¿cómo se manifiesta el arrepentimiento en mi vida? ¿Estoy produciendo fruto?

Juan predicaba con tanta autoridad y poder que la gente empezó a preguntarse si quizá él era el Mesías. Juan desmiente los rumores inmediatamente en el versículo dieciséis: **“—Yo los bautizo a ustedes con agua —respondió Juan a todos—. Pero está por llegar uno más poderoso que yo, a quien ni siquiera merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego”**.

Juan siempre señala el camino hacia Jesús, porque su mensaje es solo el comienzo de la historia. Presta atención. El arrepentimiento es el primer paso. Cuando cambias tu forma de pensar sobre cómo estás viviendo, el camino queda libre para que entre Jesús.

Y Él viene con perdón y mucho más: con el Espíritu Santo y con fuego, un fuego para vivir una vida nueva para Él. Volviendo a nuestra historia, aparece Jesús. Si prestas atención, verás a toda la Trinidad, las tres partes de Dios, cada una claramente distinta. Versículo veintiuno: **“Un día en que todos acudían a Juan para que los bautizara, Jesús fue bautizado también. Y mientras oraba, se abrió el cielo y el Espíritu Santo bajó**

sobre él en forma de paloma. Entonces se oyó una voz que desde el cielo decía: ‘Tú eres mi Hijo amado; estoy muy complacido contigo’.

Me encanta esa última parte. El Padre le dice a Jesús: **“Tú eres mi Hijo amado”**. El Padre ama al Hijo. Nunca te olvides de que Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno, y que antes de que existiera una sola cosa de la creación, Dios era, es, y siempre será amor.

Entonces, ¿por qué fue tan importante el bautismo de Jesús? Era un bautismo de arrepentimiento, pero Jesús no tenía nada de qué arrepentirse. No tuvo pecado; sin embargo, pasó por el proceso para cumplir cada requisito de lo que se requería a la humanidad. Para que Jesús pudiera morir en nuestro lugar, tenía que, como él mismo dijo: **“cumplir toda justicia”**.

El resto del capítulo es lo que llamamos una genealogía: el árbol genealógico que conduce hasta Jesús. Comenzando en el versículo veintitrés: **“Jesús tenía unos treinta años cuando comenzó su ministerio. Era hijo, según se creía, de José. Esta es la lista de sus antepasados: José, Elí, Matat, Leví, Melquí, Janay, José, Matatías, Amós, Nahúm, Eslí, Nagay”**. Y la lista continúa.

Si prestas atención, podrías preguntarte si hay un error en la Biblia. Verás, Mateo también registra la genealogía de Jesús, pero si las comparas, son diferentes. En el relato de Mateo, José es hijo de Jacob. Aquí, en Lucas tres veintitrés, José es hijo de Elí, y las diferencias continúan desde ahí hasta el rey David. ¿Cómo es que José tiene dos padres diferentes? ¿Por qué todo el linaje es diferente? ¿Acaso hay un error en la Biblia? Observa más de cerca.

Aquí, en Lucas, la palabra **"hijo"** no está en el texto griego original. En realidad, dice **"José de Elí"**, porque en ese idioma, podía significar **"hijo o yerno"**. En otras palabras, dice que José es el yerno de Elí, lo cual significa que Elí es el padre de María. Así que Lucas estaba registrando la línea de sangre de Jesús, que pasa por María. En la época en que Lucas y Mateo escribieron, la diferencia habría sido obvia. Todos los judíos estaban muy familiarizados con los linajes familiares, y encontrar quién era padre de quién era tan simple como preguntarle a cualquier persona de Nazaret o Belén.

Así es cómo vemos esto en los cuatro evangelios: Mateo presenta a Jesús como el Rey de los judíos, por eso registra una genealogía que comienza con Abraham. Pasa por David, el rey, y continúa hasta José. Jesús heredó el linaje de la realeza de David a través de José.

Por otro lado, Marcos presenta a Jesús como el siervo de todos. Un siervo no necesita genealogía, por lo que Marcos no la incluye. Lucas presenta a Jesús como el Hijo del Hombre, enfocándose en su humanidad. La genealogía de Lucas pasa por la línea de sangre que comienza con María y se remonta hasta Adán, el primer hombre. Tanto María como José descendían de David. María venía de la línea de sangre correcta, pero no estaba en el linaje de los reyes. Eso se pasaba a través de los padres. Así que Jesús tenía tanto la línea de sangre como la línea de sucesión.

Por último, el Evangelio de Juan presenta a Jesús como el Hijo de Dios. Para eso no se necesita ninguna genealogía. Así que Juan retrocede hasta el principio, en el que Jesús existía desde antes de que comenzara el tiempo.

Hoy, lee Lucas tres y presta atención a la genealogía. Más importante aún, toma en serio el mensaje de Juan. Examina el camino de su mensaje

hacia tu corazón y deja que sus palabras despejen ese camino para Jesús. Si necesitas arrepentirte, arrepíentete. Nos veremos de nuevo en el capítulo cuatro.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: **“La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra”**.

Lucas 4

La historia que tenemos ante nosotros es sobre Jesús y la tentación. La tentación es un anzuelo para hacer el mal, una trampa que hace que el mal parezca bueno. Es la deliciosa carnada que oculta un anzuelo afilado, o el sabroso bocado de queso en una ratonera mortal. La tentación es ese último momento de placer antes de que la trampa te atrape.

Ahora, la tentación en sí misma no es pecado. Todo depende de cómo respondas a ella. Veamos cómo responde Jesús aquí en Lucas cuatro. Jesús ayuna durante cuarenta días en el desierto, y el diablo lo ataca con tres tentaciones. Solo tres. Si te fijas bien, verás que estas tres tentaciones abarcan todo el libro de jugadas del diablo para tentarnos. Primera de Juan dos las resume de esta manera: **“los malos deseos de la carne, la codicia de los ojos y la arrogancia de la vida”**. Estas son las mismas tres tentaciones que hicieron caer a Eva en el Jardín del Edén.

La primera tentación llega a Jesús en el versículo tres: **“Si eres el Hijo de Dios”**, propuso el diablo, **“ordénale a esta piedra que se convierta en pan”**. Esta tentación es el deseo de la carne. Cuando el diablo te dice que necesitas algo para sentirte satisfecho, y que no serás feliz hasta que lo consigas, está acechando tu carne. Cuando anhelas comida, una sensación, o un escape, ya sea con drogas, pornografía o incluso algo que parece inofensivo. Cualquier adicción que te tienta a poner tus necesidades físicas por encima de tu devoción espiritual, es el deseo de la carne. Cuando empieces a creer que no puedes ser feliz sin eso; ¡ten cuidado!

Entonces, ¿cómo debes responder? Fíjate en el versículo cuatro: Jesús respondió: **“Escrito está. No solo de pan vive el hombre”**. Observa que Jesús responde citando la Escritura. Está citando Deuteronomio, y el resto de ese versículo dice que el hombre vive de toda palabra que sale de la boca del Señor. Y eso es exactamente lo que Jesús usa para resistir la tentación: la Palabra de Dios. Él lucha con la espada del Espíritu. Si quieres una defensa lista contra la tentación, memoriza la Escritura. Una Biblia en el estante te será tan útil como una espada que nunca ha sido desenvainada. Aprende a usarla bien antes de que llegue la batalla, y medita en este versículo: **“No solo de pan vivirá el hombre, sino de la Palabra de Dios”**.

La tentación llega. Mi carne quiere ceder. Pero yo necesito la Palabra de Dios. Ahí es donde encontraré vida. Dios creó el mundo, y el mismo aliento que dio vida a Adán sigue dando vida a las Escrituras que leemos.

A veces me gusta pensar que la Biblia es como esas pequeñas hadas sanadoras de los videojuegos clásicos de Zelda, en los que te dan otra vida.

La siguiente tentación llega en el versículo cinco: **“Entonces el diablo lo llevó a un lugar alto y le mostró en un instante todos los reinos del mundo. ‘Sobre estos reinos y todo su esplendor’, le dijo, ‘te daré la autoridad, porque a mí me ha sido entregada y puedo dársela a quien yo quiera. Así que, si me adoras, todo será tuyo’”**. Esta es la codicia de los ojos. El diablo le ofrece a Jesús el deseo de su corazón. Se lo pone justo delante de él. Recuerda, Jesús vino por los reinos del mundo. El gran plan de Dios es establecer a Jesús como Rey de reyes y Señor de señores, y el diablo se lo ofrece de manera fácil. Sin dolor, sin muerte en la cruz. Todo sería suyo si tan solo adoraba al diablo.

El versículo ocho: **“Jesús contestó: ‘Escrito está: Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él’”**. Cuando te tienta la codicia de los ojos, cuando veas lo que quieres y parece estar al alcance para que lo arrebatas, recuerda que sirves a Dios antes que a cualquier otra cosa. Harás las cosas siguiendo Su camino, no tomando el camino fácil.

Versículo nueve y tentación número tres: **“Luego el diablo lo llevó a Jerusalén e hizo que se pusiera de pie sobre la parte más alta del Templo y le dijo: ‘Si eres el Hijo de Dios, tírate abajo desde aquí. Pues escrito está: Ordenará que sus ángeles te protejan con sumo cuidado. En sus manos te sostendrán para que no tropieces con piedra alguna’”**.

La tercera tentación es la arrogancia de la vida. La experimentas cuando te sientes grande y poderoso. Cuando crees que puedes hacer cualquier cosa porque Dios te sostendrá. O que eres demasiado grande como para caer, y que por eso Él tiene que sostenerte. Para esto, el diablo incluso cita la Biblia. **“Mira aquí”**, dice, **“tanto te perdonará. Lo único que tienes que hacer es saltar”**. ¡Cuidado! Tu orgullo es el arma del diablo, no la tuya. El orgullo te vuelve tonto y peligroso. Nota cómo el diablo vuelve a decir: **“Si eres el Hijo de Dios”**. La tentación suele ser un desafío a tu identidad, para que demuestres quién eres. No muerdas el anzuelo.

Así que en el versículo doce, Jesús le respondió: **“Está dicho: ‘No pongas a prueba al Señor tu Dios’”**. Cuando el diablo aviva mi orgullo y me dice que me lance a algo insensato, recuerdo que mi vida no me pertenece. Solo soy un administrador y no necesito demostrar quién soy; soy de Él. Dios me dio esta vida, y no es para que yo ponga a Dios a prueba. Yo confío en Él, no lo pongo a prueba. La defensa más fuerte

contra el orgullo es la humildad. Y así nomás, el diablo se aleja hasta otro momento oportuno.

Entonces, ¿qué nos está queriendo decir todo esto? Cuando somos tentados, ¿qué hacemos? Creo que es bastante simple. Haz lo que hizo Jesús. Repite la Palabra de Dios, literalmente. Memorízala y repítela cuando llegue la tentación.

Con mi antiguo grupo de jóvenes, solía hacer que escribieran en tres tarjetas. En un lado, escribían: deseo de la carne, codicia de los ojos y arrogancia de la vida. Luego, en el reverso de cada tarjeta, escribían el versículo que Jesús citó como respuesta. Lléalas en tu bolsillo, y cuando llegue la tentación, saca las tarjetas. Analiza qué tipo de tentación estás enfrentando y repite el versículo. Dítelo a ti mismo. Díselo al diablo que te está tentando. Resiste al diablo, y huirá de ti.

Al terminar los cuarenta días, Jesús se recupera y regresa a su ciudad natal en Nazaret. Mientras está allí, en el día de reposo, entra en la sinagoga. Abre el rollo de Isaías y lee una de mis Escrituras favoritas de toda la Biblia.

Versículo dieciocho: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas noticias a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a pregonar el año del favor del Señor”.

Este increíble pasaje es una descripción del ministerio de Jesús. Es su misión, su llamado. Él predica buenas nuevas a los pobres, proclama libertad a los cautivos, recuperación de la vista a los ciegos, y libertad a los oprimidos, proclamando el año del favor del Señor. ¡Qué pasaje!

Y durante una larga y dramática pausa, todos los ojos en la sinagoga están fijos en Jesús. ¿De verdad está diciendo eso? ¿Es real? Versículo veintiuno: **“Hoy se cumple esta Escritura en presencia de ustedes”**.

La gente del pueblo natal de Jesús no tenía nada malo que decir sobre Él, y estaban fascinados por la gracia de sus palabras. Pero les costaba creer que el muchacho que conocieron de pequeño pudiera ser todo lo que en ese momento afirmaba ser. Cualquier cristiano que haya tratado de compartir a Cristo con su familia sabe de lo que estoy hablando.

Jesús sigue adelante en el versículo treinta y uno: **“Jesús bajó a Capernaúm, un pueblo de Galilea, y el día sábado enseñaba a la gente. Estaban asombrados de su enseñanza, porque hablaba con autoridad”**.

“Autoridad” es una palabra clave en el evangelio de Lucas. Jesús no solo enseñaba con elocuencia o sabiduría, sino con autoridad. El mensaje de Jesús no era simplemente el de un sabio enseñando una filosofía o idea. Él era y es el Eterno, que dice la verdad y demuestra su autoridad mediante el poder de sus palabras. Sobre los demonios, sobre la enfermedad, y sobre la naturaleza misma.

Cuando demostró el poder y la autoridad de Su palabra, la gente se emocionó con las sanidades y los milagros, y le rogaban que se quedara. Pero presta atención a sus palabras en el versículo cuarenta y tres: **“Es preciso que anuncie también a los demás pueblos las buenas noticias del reino de Dios, porque para esto fui enviado”**.

La gente quería milagros, pero Jesús fue enviado a predicar. A predicar las buenas nuevas del reino de Dios. Ese es el corazón de su ministerio:

predicar e invitar a las personas a unirse al Reino de Dios. Invitarte a ti a ser ciudadano del Reino de Dios, donde Dios es el Rey.

Hoy te invitamos a que leas Lucas cuatro y mientras lees la Palabra de Dios, recuerda que Su Palabra tiene autoridad sobre la tentación, sobre los que dudan, sobre los demonios, sobre todo lo que se te oponga y sobre tu vida. Y nos vemos de nuevo en el capítulo cinco.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: **“La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra”**.

Lucas 5

¡Hola amigos de A través de la Palabra! Hoy regresamos con el capítulo cinco del Evangelio de Lucas. Jesús ha estado predicando, sanando y proclamando el evangelio del Reino. Ahora, por primera vez, vemos a Jesús llamando a sus discípulos. Para nosotros, aquí se revela el corazón de lo que significa ser cristiano. Vamos a sumergirnos en el versículo uno: **“Un día estaba Jesús a orillas del lago de Genesaret y la gente lo apretujaba para escuchar el mensaje de Dios. Entonces vio dos barcas que los pescadores habían dejado en la playa mientras lavaban las redes. Subió a una de las barcas, que pertenecía a Simón, y le pidió que la alejara un poco de la playa. Luego se sentó, y enseñaba a la gente desde la barca”**.

No puedo evitar maravillarme ante las dinámicas del tiempo divino. ¿Fue Simón quien dejó su barca en el lugar y momento precisos? Me pregunto si Simón sintió que algo relacionado con su destino estaba ocurriendo en ese momento. O quién sabe, tal vez estaba demasiado ocupado escuchando a Jesús mientras enseñaba. Tenía un asiento en la primera fila. Simón será Pedro, por cierto, pero él aún no lo sabe. A veces, el plan de Dios para ti comienza con una pequeña coincidencia.

Versículo cuatro: **“Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: —Lleva la barca hacia aguas más profundas y echen allí las redes para pescar. —Maestro, hemos estado trabajando duro toda la noche y no hemos pescado nada —contestó Simón—. Pero, como tú me lo mandas, echaré las redes”**.

Recuerda que Simón es pescador de oficio. Se dedica a esto. No pescó nada en toda la noche, pero está claramente intrigado por este maestro

itinerante. Así que decide creerle a Jesús y darle una oportunidad. Puede parecer pequeño, pero será el primer paso en un gran viaje.

Versículo seis: **“Así lo hicieron y recogieron una cantidad tan grande de peces que las redes se les rompían”**. La captura de peces es tan grande que casi hunde dos barcas. Es un gran día para estos pescadores de oficio. Todos están emocionados. Pero entonces a Simón le cae la ficha, y no es cualquier ficha. ¿Alguna vez has tenido un momento en el que el tiempo parece detenerse y la realidad te golpea de lleno? Simón se queda mirando dos barcas llenas de peces, pero en realidad, esto no tiene que ver con los peces.

Versículo ocho: **“Al ver esto, Simón Pedro cayó de rodillas delante de Jesús y le dijo: —¡Apártate de mí, Señor; soy un pecador!”**. ¡Vaya! Simón vislumbra mínimamente quién es Jesús y queda abrumado. Pero no es solo por todo lo que Jesús es, sino por lo que Simón no es. Él no es bueno y lo sabe. Presta atención a esto. Esta historia golpea con fuerza en el corazón a cualquiera que alguna vez se haya sentido poco bueno o demasiado sucio y roto para que Dios se sirva de él.

Los compañeros de pesca de Simón, Jacobo y Juan, también se asombran. Y en el versículo diez vemos cómo continúa la historia: **“—No temas, desde ahora serás pescador de hombres —dijo Jesús a Simón. Así que llevaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron”**.

Piensa en esto: para estos pescadores, ese fue un día muy exitoso en su trabajo. Dos barcas llenas de peces. Pero nuevamente, el tema aquí no es la cantidad de peces. Piensa en que dejaron todo para seguir a Jesús. Aquí encontramos la esencia de lo que significa ser cristiano. Incluso hoy, se trata de buscar al dador, no a los dones. Jesús llamó a los discípulos

con una simple palabra: sígueme. Para estos hombres, seguir a Jesús significaba dejar todo lo demás. Ese **“dejar las cosas atrás”** luce diferente para cada discípulo, pero es un llamado para todos nosotros.

Imagina que hubieran intentado hacer ambas cosas: seguir a Jesús y arrastrar dos barcas llenas de peces viejos. Habrían sido lentos y apesados. Y en cuanto a Simón Pedro, Jesús sabe exactamente cuán pecador es, y aún así lo llama. Resulta que seguir a Jesús no tiene que ver con tu pasado. Tiene que ver con tu futuro y con dar el primer paso hacia ese futuro ahora mismo.

Avanzando al versículo diecisiete, encontramos una de mis historias de milagros favoritas. Jesús está predicando en una casa llena de gente, y unos hombres se enteran de ello. Hombres con un buen amigo que no puede caminar, un parálítico.

Versículo dieciocho: **“Entonces llegaron unos hombres que llevaban en una camilla a un parálítico. Procuraron entrar para ponerlo delante de Jesús, pero no pudieron a causa de la multitud. Así que subieron a la azotea y, separando las tejas, lo bajaron en la camilla hasta ponerlo en medio de la gente, frente a Jesús. Al ver la fe de ellos, Jesús dijo: —¡Amigo, tus pecados quedan perdonados!”**.

Fíjate que Jesús vio su fe. ¿Cómo la vio? No fue un aura o un resplandor, sino sus acciones. Y las palabras que pronuncia son impactantes: **“Amigo, tus pecados quedan perdonados”**. Es una afirmación poderosa. Perdonar pecados no es poca cosa. Podemos no prestarle tanta atención porque lo escuchamos con tanta frecuencia en la iglesia, pero los fariseos no lo pasan por alto.

Versículo veintiuno: **“Los maestros de la Ley y los fariseos comenzaron a pensar: ‘¿Quién es este que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?’”**. La llaman blasfemia porque solo Dios puede perdonar pecados, y Jesús de repente está perdonándolos. Está reclamando la autoridad de Dios para sí mismo, y tienen razón al cuestionar. Seguramente pensaron: ¿quién se cree que es este rabino?

Versículo veintidós: **“Pero Jesús supo lo que estaban pensando y les dijo: —¿Por qué razonan así? ¿Qué es más fácil, decirle: ‘Tus pecados quedan perdonados’, o decirle: ‘Levántate y anda’?”**. ¡Qué gran pregunta! ¿Qué es más fácil? Claro, es más fácil decir: **“Tus pecados quedan perdonados”**, porque nadie puede ver si realmente funcionó. Pero perdonar pecados de verdad es mucho más difícil de hacer. Claramente, es más difícil decir: **“Levántate y anda”**, porque ahí todo está en juego. Si el hombre no se levanta, sabrán que eres un fraude.

Todo esto está pasando por sus mentes mientras Jesús continúa: **“Pues, para que sepan que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados”**. Se dirigió entonces al parálítico: **“A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”**.

Haz una pausa aquí. Jesús quiere que lo sepan. Y quiere que nosotros lo sepamos. Quiere que estemos convencidos de que Él tiene autoridad para perdonar pecados aquí en la tierra. Y para demostrar esa autoridad, pone todo en juego. ¡Levántate! Y el hombre se levantó, tomó su camilla y se fue a casa alabando a Dios.

Avancemos. Jesús llama a un gran pecador para que sea su discípulo. No pierdas de vista lo impactante que es esto. El nombre del hombre es Leví, y es un recaudador de impuestos. Es el peor tipo de traidor para los judíos.

Tomaba dinero de su propio pueblo y se lo entregaba al enemigo, los romanos. Aún peor, robaba una parte para sí mismo en el proceso.

Versículo veintisiete: **“Después de esto, salió Jesús y se fijó en un recaudador de impuestos llamado Leví, sentado a la mesa donde cobraba. ‘Sígueme’, dijo Jesús. Y Leví se levantó, lo dejó todo y lo siguió”**.

Ahí está esa palabra otra vez: sígueme. La esencia misma de lo que significa ser cristiano. Y esas otras tres palabras: lo dejó todo. Este hombre, Leví, más tarde se convertirá en Mateo y escribirá el Evangelio de Mateo. Aquí, Leví es asquerosamente rico en el sentido más literal. Su dinero es sucio, pero deja todo ahí mismo en su puesto de recaudación de impuestos para seguir a Jesús. Y está tan emocionado por seguir a Jesús que organiza una fiesta.

¿Y a quién invita? A sus amigos, por supuesto. ¿Y quiénes son amigos de un traidor sucio? Pues más sucios pecadores, por supuesto. Ahora, imagínate esta escena y cómo la veían los judíos religiosos. Jesús, el buen rabino, y sus discípulos, que hasta ahora no son el grupo más respetable, van a una gran fiesta en una casa llena de pecadores. Esto no le cae nada bien a los fariseos. Y confrontan a Jesús: **“¿Por qué comen y beben ustedes con recaudadores de impuestos y pecadores?”**.

A veces es difícil comprender el amor de Dios por los pecadores. Dos mil años después, seguimos luchando con la misma realidad: que Dios también ama a los malos. Que Jesús asistió a una fiesta donde había ese tipo de personas, después de todo lo que habían hecho. Los recaudadores de impuestos aquí no son pecadores bien intencionados, son ladrones corporativos codiciosos. Los romanos eran opresores y los recaudadores

de impuestos eran oportunistas que empeoraban la situación. Lo que hacían es repugnante.

Versículo treinta y uno: **“—No son los sanos los que necesitan médico, sino los enfermos —contestó Jesús—. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores para que se arrepientan”**.

Fíjate en esa palabra: arrepientan. Esa es la clave. Jesús no vino solo para estar de fiesta con los pecadores o demostrar que Dios no es un aguafiestas cósmico. Vino para salvarlos y sanarlos.

Hoy, lee el capítulo cinco de Lucas. Recuerda el amor de Dios por los pecadores, su autoridad para proclamar que tus pecados son perdonados, y escucha esa pequeña palabra de Jesús que lo cambia todo: Sígueme.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: **“La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra”**.

Lucas 6

¡Hola, amigo, y bienvenidos de nuevo al Evangelio de Lucas! Hoy vamos a realizar nuestro recorrido del capítulo seis donde encontraremos uno de los mejores sermones jamás pronunciados por el maestro más efectivo de todos los tiempos. Jesús era un predicador excepcional. Pero presta atención, antes de eso, tenemos tres breves historias y una decisión importante que Jesús tomó, la cual requirió mucha oración.

Retomamos la historia en el versículo doce: **“Por aquel tiempo se fue Jesús a la montaña a orar y pasó toda la noche en oración a Dios. Al llegar la mañana, llamó a sus discípulos y escogió a doce de ellos, a los que nombró apóstoles”**.

Debo admitir que me fascina la dinámica de Jesús hablando con Dios. A menudo se apartaba para orar y aquí pasó toda una noche en oración antes de elegir a los apóstoles. Sus nombres se mencionan en el versículo catorce y son doce.

Si te preguntas cuál es la diferencia entre un discípulo y un apóstol, es simple. Un discípulo es un seguidor, alguien que se vuelve como su líder. Muchos eran discípulos de Jesús, pero aquí solo doce son escogidos como apóstoles. La palabra "apóstol" significa enviado. Primero se sigue para aprender, luego se es enviado para representar. Estos hombres habían estado siguiendo a Jesús y aprendiendo a vivir y amar como Él. Ahora son elegidos para liderar y serán enviados al mundo para representar a Jesús y llevar las buenas nuevas.

A continuación encontramos el gran sermón. La enseñanza aquí es muy similar a Mateo cinco, lo que lleva a algunos estudiosos a creer que Lucas y Mateo registraron el mismo sermón, pero con variaciones. Sin embargo, presta atención: el versículo diecisiete dice que Jesús se detuvo en un

lugar llano. Claramente, no es un monte; es el Sermón de la Llanura. Como todo predicador itinerante, Jesús seguramente repitió el mismo mensaje en diferentes lugares, pero lo adaptó a la audiencia.

El sermón comienza con una serie de bienaventuranzas, una proclamación de bendición. Ser bendecidos es como recibir un regalo, algo que nos llena de felicidad de parte de Dios. Vamos al versículo veinte: **“Él entonces dirigió la mirada a sus discípulos y dijo: ‘Dichosos ustedes los pobres, porque el reino de Dios les pertenece. Dichosos ustedes que ahora pasan hambre, porque serán saciados. Dichosos ustedes que ahora lloran, porque luego habrán de reír. Dichosos serán ustedes cuando los odien, cuando los discriminen, los insulten y los desprestigien por causa del Hijo del hombre. Alégrese en aquel día y salten de gozo, pues miren que les espera una gran recompensa en el cielo. Dense cuenta de que los antepasados de esta gente trataron así a los profetas’”**.

Las cuatro bendiciones que encontramos aquí tienen algo en común: hay un poco de sufrimiento ahora y una gran recompensa después. Ese es el peregrinaje de la fe. Después de eso, hay cuatro exclamaciones. Cuando escuchamos la exclamación "Ay" estamos frente a una advertencia de Dios, lo opuesto a bendición.

Versículo veinticuatro: **“Pero ¡ay de ustedes los ricos, porque ya han recibido su consuelo! ¡Ay de ustedes los que ahora están saciados, porque sabrán lo que es pasar hambre! ¡Ay de ustedes los que ahora ríen, porque sufrirán y llorarán! ¡Ay de ustedes cuando todos los elogien! Dense cuenta de que los antepasados de esta gente trataron así a los falsos profetas”**.

Cada uno de los lamentos presenta una antítesis de las bendiciones. Un poco de comodidad y facilidad ahora y muchas dificultades más adelante.

No te dejes engañar por la prosperidad temporal o los elogios de la gente. Busca la aprobación de Dios y las bendiciones que perduran.

Avanzando al versículo veintisiete, Jesús nos lanza un desafío profundo de amor: **“Pero a ustedes que me escuchan les digo: ‘Amen a sus enemigos, hagan bien a quienes los odian, bendigan a quienes los maldicen y oren por quienes los maltratan. Si alguien te pega en una mejilla, vuélvele también la otra. Si alguien te quita la capa, no le impidas que se lleve también la camisa’”**. Esto sí que es radical, en cualquier época y cultura. Amar a tu prójimo siempre es lo correcto. No te felicites por ser amable con tus amigos. Todo cristiano es llamado a amar a quienes lo maldicen, a quienes lo maltratan. ¿Alguien te quita la capa? “Aquí tienes, si quieres también puedes llevarte mi camisa”. Este pasaje me desafía cada vez que lo leo. Desafía la forma en que percibo mis posesiones y la forma en que veo a la gente, en particular a la gente que está en mi contra. Si alguien está en mi contra, no significa que yo tenga que estar en su contra.

Versículo treinta y dos: **“¿Qué mérito tienen ustedes al amar solamente a quienes los aman? Aun los pecadores lo hacen así. ¿Y qué mérito tienen ustedes al hacer bien a quienes les hacen bien? Aun los pecadores actúan así”**.

Cuando era más joven, empecé a participar de un tipo de fiestas que se hacían en los noventa llamadas "reivs". Música fuerte y muchas drogas. Pero yo estaba allí por otra razón. Había una sensación de amistad y hermandad. Todos eran aceptados en el grupo, todos eran amables. Yo los llamaba “los hippies de los noventa”. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que descubriera cuán egoísta era ese amor inducido por las drogas. "Te amo porque amar me hace sentir bien a mí". Cuando el efecto de las drogas se iba, el amor se enfriaba. Y cuando el efecto de las drogas continuaba, la línea entre ser amado y ser usado se desdibujaba.

Entonces, un día, en medio de todo eso, me encontré con Jesús. No era lo que esperaba. Su amor era superior, un amor donde la única recompensa proviene de Dios mismo.

En el versículo treinta y cinco, Él dice: **“Ustedes, por el contrario, amen a sus enemigos, háganles bien y denles prestado sin esperar nada a cambio. Así tendrán una gran recompensa y serán hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los ingratos y malvados. Sean compasivos, así como su Padre es compasivo”**. Nunca dejo de asombrarme de la bondad de Dios, incluso cuando menos lo merezco. Ahora, Jesús nos da otra lección sobre cómo tratar a los demás en base a cómo queremos ser tratados.

Versículo treinta y siete: **“No juzguen y no se les juzgará. No condenen y no se les condenará. Perdonen y se les perdonará. Den y se les dará”**. ¡Qué declaración! No juzguen. No creo que Jesús quiera que simplemente ignoremos el pecado. Si tu amigo está destruyendo su vida con el pecado, ignorarlo no es amor. Pero tampoco lo es un juicio condescendiente. Ámalo. No lo mires con aire de superioridad. Ayúdalo.

El versículo cuarenta y uno lo explica así: **“¿Por qué te fijas en la astilla que tiene tu hermano en el ojo y no le das importancia a la viga que está en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: ‘Hermano, déjame sacarte la astilla del ojo’, cuando tú mismo no te das cuenta de la viga en el tuyo?”**.

Esto es para todos nosotros los cristianos que amamos decirle a los demás en qué se equivocan y pasamos por alto nuestros propios defectos. Jesús dice que el problema del otro es una astilla, y que tú tienes una gran viga en tu ojo. No está diciendo que no debemos ayudar; lo que nos está diciendo es que si intentamos ayudar a alguien y tenemos una viga en

nuestra cara, lo vamos a terminar lastimando. Las personas arrogantes hieren a las personas. Las personas humildes ayudan a las personas. Así que primero saca la viga de tu ojo para que puedas ver y deja que la experiencia te humille. Luego, ofrécele ayuda a tu amigo.

A continuación, una pequeña lección sobre el fruto. El fruto es la parte del árbol que puedes ver y saborear, y que nos ayuda a entender de qué tipo de árbol proviene. Por ejemplo, los naranjos dan naranjas. En la Biblia, el fruto es la evidencia externa de lo que realmente sucede en tu interior.

“Ningún árbol bueno da fruto malo; tampoco da buen fruto el árbol malo. A cada árbol se le reconoce por su propio fruto. No se recogen higos de los espinos ni se cosechan uvas de las zarzas. El que es bueno, de la bondad que atesora en el corazón produce el bien”.

Jesús nos enseña a vivir y amar correctamente. Pero si tu corazón está mal, nunca lo lograrás. No puedes fingir el fruto, y no puedes cambiar tu fruto hasta que permitas que Dios cambie tu corazón.

Y Jesús cierra el sermón con un desafío impactante, comenzando en el versículo cuarenta y seis: **“¿Por qué me llaman ustedes ‘Señor, Señor’, y no hacen lo que les digo?”**. En otras palabras, si no estás obedeciendo a Jesús, no lo llames Señor.

Versículo cuarenta y siete: **“Voy a decirles a quién se parece todo el que viene a mí, oye mis palabras y las pone en práctica: Se parece a un hombre que al construir una casa cavó bien hondo y puso el cimiento sobre la roca. De manera que cuando vino una inundación, el torrente azotó aquella casa, pero no pudo ni siquiera hacerla tambalear porque estaba bien construida. Pero el que oye mis palabras y no las pone en práctica se parece a un hombre que construyó una casa sobre tierra y sin**

cimientos. Tan pronto como la azotó el torrente, la casa se derrumbó y el desastre fue terrible”.

Cuando ponemos en práctica las palabras de Jesús, no solo estamos construyendo una casa, estamos poniendo los cimientos. Cuando la tormenta llegue, y llegará, la roca te sostendrá firmemente. Hoy, lee Lucas seis y construye tu casa sobre la roca.

Acompáñanos en el próximo viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: “La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra”.

Lucas 7

¡Hola amigos, y bienvenidos de nuevo al Evangelio de Lucas! Hoy en a través de la Palabra vamos a leer el capítulo siete, que nos ofrece una visión del amor de Cristo por todo tipo de personas. Uno de los aspectos más interesantes y desafiantes de ser cristiano y vivir para servir a otros es la increíble variedad de personas que encuentras. Si te dispones a ayudar, vas a conocer a muchas personas, y cada vida tendrá una historia que contar. El ministerio es una nueva aventura cada día. ¿Cómo respondes a esto? Como Jesús, por supuesto.

Lucas siete tiene de todo: desde una viuda afligida, un creyente desanimado, y un sucio pecador hasta un fariseo autosuficiente. ¿Cómo hace Jesús para ministrar a personas tan diferentes y en situaciones tan diversas? Lo hace ministrando una persona a la vez.

La primera situación se presenta en una ciudad llamada Capernaúm. En el versículo dos Lucas escribe: **"Había allí un centurión cuyo siervo, a quien él estimaba mucho, estaba enfermo, a punto de morir. Como oyó hablar de Jesús, el centurión mandó a unos líderes religiosos de los judíos a pedirle que fuera a sanar a su siervo"**.

Un centurión es un oficial de alto rango en el ejército romano. Este oficial es elogiado por los judíos como un buen hombre que se preocupa por su siervo y ama al pueblo judío. Pero Jesús lo elogiará por algo diferente.

En el versículo seis, encontramos la historia: **"Así que Jesús fue con ellos. No estaba lejos de la casa cuando el centurión mandó unos amigos a decirle: 'Señor, no te tomes tanta molestia, pues no merezco que entres bajo mi techo. Por eso ni siquiera me atreví a presentarme ante ti. Pero con una sola palabra que digas, quedará sano mi siervo'"**.

Hay un concepto clave aquí que el centurión entiende y que no debemos pasar por alto: la autoridad. Es una de las palabras clave en los evangelios y este centurión lo entendió. La autoridad es un tipo de poder que va más allá de la fuerza o el vigor. Es un poder respaldado por alguien o algo

superior, alguien con el derecho legítimo para dar órdenes. La autoridad es lo que le da al juez y al oficial de policía el poder para administrar justicia. La autoridad le da al pastor el poder para mirar a una novia y un novio y declarar que los dos son uno. A veces las personas abusan de la autoridad y otras veces se corrompen, pero el concepto es clave para el funcionamiento de la sociedad y para el reino de los cielos.

Este centurión sabe todo sobre la autoridad. Veamos lo que nos dice el versículo ocho: **"Porque yo mismo soy un hombre sujeto a órdenes superiores y, además, tengo soldados bajo mi autoridad. Le digo a uno "ve" y va; y al otro, "ven" y viene. Le digo a mi siervo "haz esto" y lo hace. Al oírlo, Jesús se asombró de él y, volviéndose a la multitud que lo seguía, comentó: 'Les digo que ni siquiera en Israel he encontrado una fe tan grande. Al regresar a casa, los enviados encontraron sano al siervo'"**.

Jesús escucha al centurión y se asombra. Haz una pausa y piensa en esto: Jesús se asombra porque el centurión entiende cómo funciona el sistema. No se trata de quién tiene más músculo. Ni tampoco de que Jesús tenga superpoderes para sanar. Se trata de quién está al mando. El centurión sabe que Jesús tiene autoridad y que si da la palabra, lo que tiene que suceder sucede. Al escuchar la perspicacia del centurión, Jesús la describe como una gran fe. No puedes impresionar a Dios con tus riquezas o habilidades, pero a Él le encanta ver tu fe.

A continuación, Jesús se dirige a una ciudad llamada Naín. Justo cuando se acerca a la puerta de la ciudad, una procesión fúnebre está saliendo, llevando a un hombre que murió demasiado joven y dejó a su madre viuda llorando sola.

En el versículo trece Lucas nos cuenta: **"Al verla, el Señor se compadeció de ella y le dijo: 'No llores'. Entonces se acercó y tocó el féretro. Los que lo llevaban se detuvieron y Jesús dijo: 'Joven, ¡te ordeno que te levantes!'. El que había estado muerto se incorporó y comenzó a hablar; luego Jesús se lo entregó a su madre"**.

La respuesta de la gente es conmovedora: "Dios ha venido a ayudar a su pueblo". Sé que una declaración como esa puede, por un lado, asombrarte, pero por otro, a veces no puedes evitar preguntarte: ¿Por qué no me ayuda a mí? Cuando las cosas se ponen mal y Dios parece no aparecer, comienzas a hacerte preguntas.

Juan el Bautista probablemente se estaba preguntando lo mismo. Él había servido fielmente a Dios durante años, pero aquí, en el capítulo siete, lo encontramos atrapado en la cárcel. Versículo dieciocho: **"Los discípulos de Juan le contaron todo esto. Él llamó a dos de ellos y los envió al Señor a preguntarle: '¿Eres tú el que ha de venir, o, debemos esperar a otro?'"**. Vaya. Piensa en el conflicto emocional de Juan y en su lucha en la fe. Él había proclamado que Jesús era el Mesías, el Cordero de Dios. ¿Por qué de repente se encontraba cuestionando esa misma verdad? Es la clásica batalla entre la vista y la fe. Juan oye de estos grandes milagros, pero mira a su alrededor y ve las paredes de una celda, había sido encarcelado injustamente. Es entendible, pero el problema de Juan es su enfoque. La duda surge cuando nos volvemos miopes, cuando nos enfocamos en nuestras propias circunstancias.

Observa cómo responde Jesús. Nunca le explica por qué estaba en la cárcel. En cambio, cambia el enfoque de Juan en el versículo veintidós: **"Entonces respondió a los enviados: 'Vayan y cuéntenle a Juan lo que han visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los que tienen alguna enfermedad en su piel son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncian las buenas noticias. Dichoso el que no tropieza por causa mía'"**.

Nota una frase interesante: "Dichoso el que no tropieza por causa mía". ¿Cómo tropiezas por causa de Jesús? Tal vez sea enfocándote en lo que Él no está haciendo. Por eso, Jesús dirige los ojos de Juan de vuelta a lo que Él sí estaba haciendo. El resto requiere paciencia.

Después de responderle a Juan, Jesús se vuelve a la multitud para hablar sobre Juan y su ministerio. Recuerda, el ministerio de Juan era preparar los corazones para escuchar a Jesús, y fue el arrepentimiento lo que

allanó el camino. Pero algo interesante sucede en el versículo veintinueve: **"Al oír esto, todo el pueblo, y hasta los recaudadores de impuestos, reconocieron que el camino de Dios era justo y fueron bautizados con el bautismo de Juan. Pero los fariseos y los expertos en la Ley no se hicieron bautizar por Juan, rechazando así el propósito de Dios respecto a ellos"**.

¡Qué declaración! ¡Qué contraste! Los recaudadores de impuestos eran pecadores notorios, pero aceptaron el camino de Dios para ellos porque el arrepentimiento preparó el camino. Los fariseos, que se suponía que eran personas piadosas y religiosas, rechazaron el propósito de Dios para ellos. Eso es fenomenal. ¿Pero por qué? Todo se reduce a una simple palabra: arrepentimiento. Los fariseos rechazaron el arrepentimiento. Se negaron a admitir que tenían algo de qué arrepentirse. Por este motivo, el mensaje de Jesús no tenía ningún tipo de significado para ellos. Ellos pensaban: ¿perdón de qué? Nosotros no lo necesitamos.

En el versículo treinta y uno, Jesús muestra su compasión y su frustración: **"Entonces, ¿con qué puedo comparar a la gente de esta generación? ¿A quién se parecen ellos? Se parecen a niños sentados en la plaza que se gritan unos a otros: 'Tocamos la flauta y ustedes no bailaron; cantamos por los muertos y ustedes no lloraron'"**.

Es una imagen conmovedora. Dios canta todo tipo de canción para llegar al corazón de estos hombres. Una canción alegre, una canción triste. Nada los conmueve. Juan el Bautista vino con un mensaje serio. Nunca se le veía en fiestas de pecadores. Pero no le hicieron caso. Dijeron que tenía un demonio. Jesús vino con alegría, amor y celebración. Y lo llamaron glotón y borracho, también decían que era "amigo de pecadores". Este tipo de insulto era considerado seriamente entre los fariseos.

Estos hombres me recuerdan a esos adolescentes que son demasiado "cool" para hacer cualquier cosa, así que solo se sientan y juzgan a todos los que sí hacen algo. Engreídos y autosuficientes.

En el versículo treinta y cinco, Jesús los desafía: **"Pero la sabiduría queda demostrada por los que la siguen"**. En otras palabras, la evidencia del mensaje está en las vidas que son transformadas por él.

El capítulo termina con la historia de una de esas vidas cambiadas. Una mujer pecadora llora en arrepentimiento a los pies de Jesús. Sin embargo, un fariseo llamado Simón simplemente no puede entender cómo Jesús puede perdonar a una pecadora tan vil. La historia que cuenta Jesús es tan perspicaz como penetrante, y llega al corazón de cada uno de nosotros que luchamos por entender cómo Jesús puede amar a pecadores como ellos, o pecadores como nosotros.

Lee Lucas siete y deja que el amor de Jesús desafíe tu corazón.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: "La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra".

Lucas 8

¡Hola, amigos de “A través de la Palabra”! Hoy nos sumergimos en el capítulo ocho de Lucas, un capítulo que revela el poder oculto de la poderosa Palabra de Dios. Comienza en el versículo uno con Jesús haciendo exactamente lo que vino a hacer: **“Después de esto, Jesús estuvo recorriendo los pueblos y las aldeas, proclamando las buenas noticias del reino de Dios”**.

Jesús sale a predicar el evangelio. Proclamar la buena noticia no es solo una parada más en su camino; es la misión que define su vida. Es algo que está presente en toda su historia, incluso más que los milagros. Jesús está proclamando el Reino de Dios.

A continuación, Jesús cuenta una parábola sobre un sembrador para explicar qué sucede cuando él predica. Mientras escuchas trata de imaginarte la escena en tu mente. Versículo cuatro: **“De cada pueblo salía gente para ver a Jesús y cuando se reunió una gran multitud, él contó esta parábola: ‘Un sembrador salió a sembrar. Al esparcir las semillas, una parte cayó junto al camino; fue pisoteada y los pájaros se la comieron. Otra parte cayó sobre las piedras y cuando brotó, las plantas se secaron por falta de humedad. Otra parte cayó entre espinos que, al crecer junto con las semillas, ahogaron las plantas. Pero otra parte cayó en buen terreno; así que brotó y produjo una cosecha del ciento por uno’**. Dicho esto, exclamó: **‘¡El que tenga oídos para oír, que oiga!’”**.

Las parábolas son historias con lecciones profundas. Jesús utilizaba situaciones y personajes cotidianos para ayudarnos a entender verdades espirituales. Todo en ellas es simbólico. Así que en el versículo once, Jesús dice a sus discípulos: **“Este es el significado de la parábola: La semilla es la palabra de Dios”**.

Paremos un momento ahí. La semilla es la Palabra de Dios. Piensa en eso. Una semilla es algo pequeño y aparentemente insignificante, pero contiene el poder invisible de dar vida. En la parábola, la semilla

representa la palabra. No se trata de argumentos filosóficos sobre Dios, ni de lo bien que podamos explicar quién es Dios. La semilla es la Palabra de Dios. Considera lo sencilla que es una semilla: pequeña, seca, sin colores llamativos ni texturas atractivas. Sin embargo, en su interior tiene el poder de la vida. El simple hecho de ponerla en buena tierra y darle agua, nos garantiza resultados asombrosos. Así es el poder de la Palabra de Dios.

La tierra en esta parábola simboliza los corazones de quienes escuchan la Palabra. La Palabra de Dios siempre es poderosa, pero Jesús describe tres situaciones en las que esa semilla vivificante puede no dar fruto. Primero, en el versículo doce: **“Los que están junto al camino son los que oyen, pero luego viene el diablo y les quita la palabra del corazón, no sea que crean y se salven”**. Para algunos, el corazón ha sido tan pisoteado que la superficie exterior se ha endurecido, y la semilla no puede penetrar. Satanás le roba la semilla con mucha facilidad.

Luego, el versículo trece: **“Los que están sobre las piedras son los que reciben la palabra con alegría cuando la oyen, pero no tienen raíz. Estos creen por algún tiempo, pero se apartan cuando llega la prueba”**. Estos corazones tienen un poco de tierra blanda, por lo que responden bien a la Palabra de Dios. Brota un retoño, pero luego el sol calienta. La vida se pone dura. Jesús lo llama pruebas. Reflexiona al respecto. La prueba es el sol. El sol es bueno para las plantas sanas si tienen buenas raíces, y la prueba es buena para el creyente con buena tierra. El sol caliente obliga a las raíces a profundizar. Pero para esos corazones, sin mucha profundidad, el tiempo de la prueba seca el poco crecimiento que tenían.

Jesús continúa su discurso en el versículo catorce: **“La parte que cayó entre espinos son los que oyen, pero los ahogan las preocupaciones, las riquezas y los placeres de esta vida, y no maduran”**. Con algunos creyentes, se ve un poco de crecimiento, pero nunca llegan a florecer. No maduran espiritualmente. El problema no es la tierra debajo (su corazón puede ser bueno) sino los espinos que los rodean. Las malas hierbas crecen a su alrededor, y el corazón está tan ocupado alimentando esas preocupaciones que no deja espacio para que la Palabra de Dios crezca.

¿Qué representan esos espinos? Jesús dice que son las preocupaciones, las riquezas y los placeres de esta vida. Interesante, ¿verdad? No son necesariamente pecados evidentes, pero impiden que el creyente crezca. La palabra clave aquí es "madurar". Todos los cristianos somos llamados a crecer y madurar. Si dedicamos demasiado tiempo y energía a las preocupaciones, riquezas y placeres mundanos, nuestro crecimiento se estanca.

Y finalmente, en el versículo quince: **“Pero la parte que cayó en buen terreno son los que oyen la palabra con corazón noble y bueno, la retienen y, como perseveran, producen una buena cosecha”**.

Convertirse en un cristiano maduro y fuerte es bastante sencillo. No hay fórmulas mágicas ni fertilizantes milagrosos. Comienza con buena semilla—la Palabra de Dios—y buena tierra—un corazón noble y receptivo. Plantar la semilla es escuchar la palabra y aferrarse a ella. Si tu corazón está endurecido, ábrelo. Cuando enfrentes pruebas, profundiza y busca aguas más profundas. Persevera y, en la superficie, despeja las preocupaciones para dar espacio al crecimiento.

Ahora, sin entrar en los detalles de los versículos dieciséis al veintiuno, quiero destacar dos frases clave que quizás quieras marcar en tu Biblia. Primero, en el versículo dieciocho, Jesús dice: **“Por lo tanto, pongan mucha atención”**. Es decir, escucha con cuidado y atención para no perder la semilla que ha sido plantada. Y luego, en el versículo veintiuno, Jesús afirma: **“Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica”**. ¿Entiendes? No se trata solo de escuchar la Palabra de Dios, sino de vivirla. Practicar lo que Jesús enseña es una señal de que eres parte de su familia. Confía en la palabra de Jesús y ponla en acción.

A continuación, los discípulos tienen la oportunidad de hacer exactamente eso. En el versículo veintidós: **“Un día subió Jesús con sus discípulos a una barca. ‘Crucemos al otro lado del lago’”**. Ahí está. Jesús les da una instrucción. Les dice que crucen al otro lado del lago. No pierdas de vista los detalles aquí. Presta mucha atención a cómo escuchas. Escucha la

Palabra de Dios y ponla en práctica. Y ellos lo hacen. O al menos, comienzan a hacerlo.

Regresando al versículo veintidós: **“Así que partieron”**. Hasta ahora, todo va bien. Pero la prueba llega en el versículo veintitrés: **“Y mientras navegaban, él se durmió. Entonces se desató una tormenta sobre el lago, de modo que la barca comenzó a inundarse y corrían gran peligro”**. ¿Alguna vez has sentido que Jesús está dormido? Justo cuando estalla la gran tormenta, Jesús está profundamente dormido. Ten en cuenta que algunos de estos hombres eran pescadores experimentados. No eran novatos; habían pasado su vida en el agua. Sin embargo, en el versículo veinticuatro, despiertan a Jesús convencidos de que van a ahogarse.

¿Alguna vez enfrentaste una tormenta tan grande que te sentiste completamente impotente y te preguntaste si a Dios siquiera le importa? Versículo veinticuatro: **“Los discípulos fueron a despertarlo. ‘¡Maestro, Maestro, nos vamos a ahogar!’ —gritaron. Él se levantó y reprendió al viento y a las olas; la tormenta se apaciguó y todo quedó tranquilo. ‘¿Dónde está la fe de ustedes?’ —preguntó a sus discípulos”**. Esta historia es impresionante, pero no pierdas de vista la lección que tenemos aquí. No se trata solo del milagro. Jesús calma una tormenta gigantesca con una palabra. Recuerda, todo este capítulo habla del poder de la Palabra de Dios. Pero Jesús no se vuelve hacia ellos para decirles: "¿Vieron qué increíble fue eso?". No. Les pregunta: "¿Dónde está su fe?". Toda esta tormenta trata sobre eso: no sobre milagros, sino sobre la fe.

Si me lo preguntas, no creo que calmar la tormenta fuera el objetivo principal de Jesús para sus discípulos. Con demasiada frecuencia, solo queremos que la tormenta termine. Pero recuerda, Jesús les dio una palabra: crucemos al otro lado. Los discípulos, ¿habrán escuchado con atención?

Hace algunos años, Dios usó esta historia para hablarle a mi corazón. Estaba atravesando una tormenta personal y deseaba salir de ella. Y en un momento, sentí que el Señor me decía: "Hijo, no siempre te sacaré de la

tormenta, pero te acompañaré a través de ella". Pasó mucho tiempo antes de que viera luz al final del túnel, pero esa palabra se quedó conmigo: "a través". Yo iba a pasar a través del problema junto a Él. Curiosamente, fue por esa época que estaba pensando en ideas para una aplicación, una guía de audio para la Biblia, y esa palabra "a través" volvió a resonar.

Bueno, hay dos historias más en este capítulo, así que te animo a leer Lucas ocho. Deja que la semilla de la Palabra de Dios se plante y eche raíces en buena tierra. Presta mucha atención a cómo escuchas. Pon su palabra en práctica y nos vemos aquí la próxima vez.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: "La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra".

Lucas 9

Hola, amigos. Aquí el pastor Chris junto a ustedes hoy para abrir el libro de Lucas en el capítulo nueve “A través de la Palabra”. Un capítulo esencial para descubrir quién eres al conocer quién es Jesús. Sumerjémonos en el versículo uno.

“Habiendo reunido a los doce, Jesús les dio poder y autoridad para expulsar a todos los demonios y para sanar enfermedades. Entonces los envió a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos”.

Así que Jesús envía a los doce en una misión. Todavía hoy Jesús nos envía en misión. Cada misión es diferente, pero hay varias claves que sobresalen de su misión. Dos cosas. Primero, los equipó con poder y autoridad. Poder para hacer el trabajo y autoridad para hacerlo legítimamente. Y fíjense que en esta misión esos serán sus únicos recursos. Ni bolsa, ni pan, ni dinero esta vez.

La segunda cosa define el propósito de la misión: proclamar el reino de Dios y sanar a los enfermos. Mensaje y servicio van de la mano. Predicarán y servirán. Al igual que Jesús, las sanidades respaldan el mensaje, que siempre es el reino de Dios.

Aquí hay una lección importante sobre los milagros. Los milagros apoyan la misión, y la misión se centra en el mensaje. Nunca vemos a Jesús ni a los discípulos realizar milagros solo para lucirse.

Cuando regresan para encontrarse con Jesús en Betsaida, él reúne a una gran multitud y les habla del reino de Dios. No lo pases por alto: el reino es el mensaje principal de Jesús.

Luego, al caer la tarde, las cosas se ponen interesantes. Los doce se acercan y le dicen: **"Despide a la gente, para que vaya a buscar alojamiento y comida en los campos y pueblos cercanos, pues donde estamos no hay nada."**

Los discípulos tienen un problema real: miles de personas y poca comida, y la única solución que ven es despedir a la multitud. Cuando te involucras en el ministerio de ayudar a las personas, inevitablemente te enfrentas al desafío de tener más necesidades de las que puedes manejar. Pero observa cómo responde Jesús: **"Denles ustedes mismos de comer."** Los discípulos le sugieren que despida a la multitud, pero Jesús les dice que serían ellos quienes iban a dar de comer a la multitud. Presta atención. Jesús no solo resuelve el problema; incluye a los discípulos. Ellos forman parte de la solución.

Pero espera, hay un problema con esto. Vayamos de regreso al versículo trece. Ellos responden: **"No tenemos más que cinco panes y dos pescados, a menos que vayamos a comprar comida para toda esta gente", objetaron ellos, "porque había allí unos cinco mil hombres"**.

Considera que contaban a los hombres porque representaban a una familia, así que podríamos estimar al menos tres personas por hombre. Eso significa alrededor de quince mil personas. Bien, buena idea incluirnos, Jesús, pero esto es imposible. Lo imposible es tu trabajo, no es el nuestro.

Te invito a que prestes atención a lo que hace Jesús aquí. Quiero que imagines esta escena y la veas con ojos nuevos. Versículo catorce: **"Pero Jesús dijo a sus discípulos: "Hagan que se sienten en grupos como de cincuenta cada uno."** Los discípulos lo hicieron, y todos se sentaron. **Entonces Jesús tomó los cinco panes y los dos pescados y, mirando al cielo, los bendijo. Luego los partió y se los dio a los discípulos para que se los repartieran a la gente"**.

Ponle pausa a la escena. Ahora reproducéla en cámara lenta. Jesús tomó cinco panes y dos pescados, los partió y se los dio a los discípulos. Ahora enfócate en uno de los discípulos. Está sosteniendo medio pan y un pedazo de pescado. Aún no ha ocurrido el milagro. Y mira sus ojos: primero observa la comida—imposible. Luego mira a la multitud de su lado—imposible. Vuelve a mirar a Jesús. Bueno, si tú lo dices... Y se

acerca a la primera persona y hace lo que Jesús le indicó: nosotros les vamos a dar de comer.

Según toda lógica y experiencia, esa historia debería terminar con solo unas pocas personas alimentadas por cada discípulo. Pero en el versículo diecisiete dice: **“Todos comieron hasta quedar satisfechos y de los pedazos que sobraron se recogieron doce canastas”**. ¿Qué te parece? Jesús les dijo que hicieran lo imposible y lo hicieron. No te pierdas eso. Este milagro no sucedió en las manos de Jesús, aunque comenzó con Su palabra.

Y para cualquiera en el ministerio que se haya sentido abrumado por la necesidad, como si Dios simplemente no te hubiera provisto lo suficiente, tal vez comienza por compartir lo que Jesús ya te ha dado. Podrías sorprenderte de cuánto puede rendir.

La siguiente sección es una de las más importantes de toda la Biblia, y se trata de quién es Jesús.

Versículo dieciocho: **Un día Jesús estaba orando a solas; cuando llegaron sus discípulos, preguntó: “¿Quién dice la gente que soy yo?”**

Jesús comienza con una pregunta fácil. Es sencillo hablar sobre lo que otros dicen acerca de Jesús. Los discípulos ofrecen algunas respuestas, y puedes discutir todo el día lo que dicen tus amigos, padres o pastores. Pero la fe tiene que ser personal. Así que Jesús va al grano y les pregunta: **“Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?”**

Esa simple pregunta puede ser la más esencial de tu fe. ¿Quién es Jesús para ti? Pedro respondió: **“El Cristo de Dios.”** Y Pedro acertó. Sabe quién es Jesús. Jesús les instruyó que no se lo dijeran a nadie aún, y en el versículo veintidós les explicó: **“El Hijo del Hombre tiene que sufrir muchas cosas, ser rechazado por los líderes religiosos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley. Es necesario que lo maten y que resucite al tercer día.”** Guau, eso lo resume todo.

Y nota que la identidad de Jesús determina lo que Él debe hacer. Él es el Mesías, y por eso debe sufrir, morir y resucitar. Luego, en el versículo treinta y tres, Jesús continúa explicando quiénes son los discípulos y lo que deben hacer. Verás, nunca entenderás quién eres hasta que conozcas a quien te creó. Tan pronto como los discípulos reconocen quién es Jesús, él les revela quiénes son ellos.

Puedes pasar tu vida tratando de encontrar tu propósito, pero nunca comprenderás realmente para qué estás destinado hasta que conozcas a aquel que te creó para ello. Así que Jesús revela lo que significa ser un discípulo en el versículo veintitrés: **"Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero si se pierde o se destruye a sí mismo?"**.

Memoriza este pasaje. Pasarás toda una vida desentrañando su significado. Primero, Jesús les dijo que él sufriría. Esto nos dice que seguirlo implica una cruz para nosotros también. Seguir a Jesús implica una acción continua de cada día. ¿Y qué hay de esa afirmación? "Quien quiera salvar su vida, la perderá". No está hablando de rescatarte de un edificio en llamas. Se refiere a intentar darle sentido a tu propia vida, vivir para lo que tú quieres y tratar de obtener lo que deseas. Jesús dice: intenta salvarla y la perderás. No tiene sentido. Si eso te resuena, lee Eclesiastés con nosotros. Pero quien entregue su vida por Jesús, la encontrará. Deja atrás todo lo que el mundo llama vida. Cambia todo lo que el mundo llama vida por la vida en Jesús y te sentirás más vivo de lo que jamás imaginaste.

No es una vida fácil. No es una vida llena de todos tus sueños y esperanzas. No tergiverses las palabras de Jesús. Él simplemente dice: entrega tu vida por él y la salvarás.

A continuación, el versículo veintiocho: **"Unos ocho días después de decir esto, Jesús, acompañado de Pedro, Juan y Santiago, subió a una montaña a orar. Mientras oraba, su rostro se transformó y su**

ropa se volvió blanca y radiante". Así que primero, los discípulos reconocieron quién es Jesús, y luego vislumbraron su verdadera naturaleza. Creo que hay una lección aquí: cuanto más reconoces a Dios en tu vida, más te revelará quién es realmente. Creer es ver.

Y mientras están allí, aparecen Moisés y Elías. Pedro dice una tontería. Y luego, en el versículo treinta y cinco dice: "**Entonces salió de la nube una voz que dijo: 'Este es mi Hijo, mi escogido. ¡Escúchenlo!'**" Te animo a leer esa historia y simplemente dejar que te impacte.

El capítulo continúa con varias grandes lecciones sobre lo que significa ser un discípulo y concluye con una serie de desafíos personales de Jesús para que consideres cuidadosamente el costo de seguirle. Lee Lucas nueve hoy y deja que Jesús te haga la pregunta: **¿Quién dices tú que es él?** Responde con honestidad, y puede que te revele algo sobre quién eres tú también. Y nos vemos de nuevo aquí en el capítulo diez.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: "La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra".

Lucas 10

Bienvenidos de nuevo a todos. Hoy, en “a través de la Palabra”, exploraremos Lucas, capítulo diez, un capítulo sobre misión, ministerio, amar al prójimo y amar a Dios. El amor es un camino del que es más fácil predicar que recorrer. Cuando los dulces sentimientos y las buenas intenciones del amor se encuentran con la realidad de mi vida estresante y tantas personas necesitadas, a veces amar al prójimo no parece tan práctico. Pero no hay forma de evitarlo; ninguna excusa en el mundo nos librará de ello. Dios nos ha llamado a amar con más que buenas intenciones. Somos llamados a amar con nuestra propia vida.

El capítulo comienza con los discípulos enviados por el camino con una misión. Versículo uno: **“Después de esto, el Señor escogió a otros setenta y dos para enviarlos de dos en dos delante de él a todo pueblo y lugar adonde él pensaba acudir. La cosecha es abundante, pero son pocos los obreros —les dijo—. Por tanto, pidan al Señor de la cosecha que envíe obreros a su campo”**. Así que a los discípulos se les encomienda la misión de proclamar el Evangelio. Pero primero, Jesús quiere que vean la magnitud de la tarea. Hay tantos por alcanzar, tantos listos para recibir la Palabra de Dios. Solo necesitamos personas dispuestas a salir y hacer el trabajo porque este trabajo es duro. Pero cualquiera que haya recogido fruta en tiempo de cosecha conoce la gran alegría que da el trabajo duro.

Entonces Jesús les da algunas instrucciones y una dosis de realidad sobre la verdadera naturaleza del ministerio. El versículo tres dice así: **“¡Vayan ustedes! ¡Presten atención! Porque los envío como corderos en medio de lobos. No lleven monedero ni bolsa ni sandalias; tampoco se detengan a saludar a nadie por el camino”**. El ministerio no es un camino fácil. Hay lobos que quieren devorarte, y tú, amigo mío, eres tan solo un cordero. Es una imagen impactante. Para un campo misionero así, hay solo una cosa que absolutamente necesitas empacar, y no es algo que puedas llevar en una bolsa. Por eso Jesús dice que ni siquiera lleves una

bolsa. Lo que necesitas es fe. Salir sin provisiones profundizará esa lección. Aprenderán a caminar en fe paso a paso.

Las instrucciones que vienen a continuación son esenciales. Por supuesto, cada misión es diferente y las directrices cambian según la necesidad, pero hay valores fundamentales aquí que deben guiar a todo siervo de Dios. Ante todo, son llamados a ser mensajeros, y el mensaje que deben compartir de parte de Dios, se repite en los versículos nueve y once: **“El reino de Dios está cerca de ustedes”**.

Bueno, los discípulos parten y, adelantándonos al versículo diecisiete: **“Cuando los setenta y dos regresaron, dijeron contentos: ‘Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre’”**. Nada como una pequeña misión en nombre de Dios para ver su poder y llenarte de entusiasmo. Pero ten cuidado. En nuestra naturaleza humana, siempre nos impresionará una demostración de poder.

Pero observa la respuesta de Jesús. Versículo dieciocho: **“Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo”**. Bueno, eso cambió el ambiente rápidamente. Jesús reconoce un peligro real aquí, uno que debemos tomar en serio. Dios puede usarte para grandes cosas, pero nunca olvides que él es el que recibe toda la gloria. Jesús lo vio de primera mano: Satanás, a quien Dios hizo hermoso y poderoso, cayó como un rayo. Puede sucederle a cualquier líder cristiano.

Versículos diecinueve y veinte: **“Sí, les he dado autoridad a ustedes para pisotear serpientes y escorpiones y vencer todo el poder del enemigo; nada les podrá hacer daño. Sin embargo, no se alegren de que puedan someter a los espíritus, sino alégrese de que sus nombres están escritos en el cielo”**. En otras palabras, no te emociones por tu poder; no es tuyo. Alégrate en la gracia de Dios. Imagina tu nombre allá arriba en el libro de Dios, escrito mucho antes de que pudieras ganártelo, y asómbrate del hecho que Dios use a alguien como tú o como yo.

A continuación, una pregunta que conduce a Jesús a una de las historias más famosas de todos los tiempos. Vamos al versículo veinticinco: **“En esto se presentó un experto en la Ley y, para poner a prueba a Jesús, se puso de pie y le hizo esta pregunta: –Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?”**. El hombre quiere saber cómo vivir para siempre, cómo llegar al cielo. Pero la pregunta no es del todo sincera; está tratando de probar a Jesús. Jesús responde en el versículo veintiséis: **“–¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo la interpretas tú?”**. Él respondió: **“–Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y Ama a tu prójimo como a ti mismo”**. **“–Bien contestado –dijo Jesús–. Haz eso y vivirás’**. Pero él quería justificarse, así que le preguntó a Jesús: **–¿Y quién es mi prójimo?”**.

Observa con atención. Quería justificarse. Eso significa que quería demostrar su propia justicia, no quería poner en práctica los mandamientos, sino limitarlos. Amar al prójimo es mucho más fácil si estableces un límite sobre quién califica como tal. Tienen que vivir justo al lado y no puede ser cualquier persona con que me encuentro por ahí. Escucha, yo sé algo de cómo funciona esto. En mis días de juventud, era un experto en justificarme. Podía tomar cualquier cosa que estaba haciendo y retorcerla verbalmente para que sonara como que yo era un gran tipo. Incluso me convencía a mí mismo de que era una buena persona.

Ahora observa la respuesta de Jesús. No le presenta el evangelio, no lo llama a arrepentirse, porque un hombre que se justifica a sí mismo no cree que necesite arrepentirse. Así que Jesús cuenta una historia en el versículo treinta: **“Jesús respondió: ‘Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto’**”. El mundo es un lugar duro. La gente es malvada. No siempre puedes prevenirlo. Pero, ¿cómo debes responder a esto? Versículo treinta y uno: **“Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita y al verlo, se desvió**

y siguió de largo". Nota que Jesús elige deliberadamente a un sacerdote y a un levita. Gente religiosa, el tipo de personas que esperas hagan lo correcto. Pero la justicia no se trata de tu título o del respeto que recibes. Se trata de vivir tu fe incluso cuando es inconveniente. Después de todo, probablemente estaban ocupados con deberes religiosos. A veces estamos tan ocupados que olvidamos nuestra responsabilidad humana más esencial, amar al prójimo.

En el versículo treinta y tres dice: **"Pero un samaritano"**. Espera. Pausa ahí. Debes saber que en el momento en que Jesús dijo "samaritano", todos abrieron un poco más los ojos. Los judíos que estaban escuchando sentían un profundo desprecio hacia los samaritanos, los tildaban de mestizos y marginados. La última persona que un judío pensaría que respondería a la pregunta "¿Quién es mi prójimo?". ¿Podría el mandamiento de Dios aplicarse incluso a un samaritano? Pero Jesús dijo: **"Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y viéndolo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó"**.

El samaritano se compadeció. Tomó tiempo. Tuvo paciencia. Usó su propio dinero. Llevó al hombre a que reciba ayuda y lo cuidó. Ahora bien, no creo que esto sea un incentivo para que repartamos dinero. Lamentablemente, eso a menudo hace más daño que bien. Este es un llamado al cuidado real por las personas que sufren. Un cuidado que restaura y renueva. El samaritano no salvó al mundo, pero fue un prójimo para una persona ese día. Los verdaderos vecinos no reparten dinero, pero se detienen a conversar. Y se toman el tiempo para cuidarte y ayudarte cuando lo necesitas. ¿Cuándo fue la última vez que tú y yo nos tomamos el tiempo de cuidar de alguien?

Jesús termina la parábola con una pregunta: **"¿Cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?"**. Versículo treinta y siete: **"—El que se compadeció de él —contestó el experto en la Ley. —Anda entonces y haz tú lo mismo —concluyó Jesús"**.

La última historia en Lucas diez, sobre dos hermanas en el ministerio llamadas Marta y María, proporciona el equilibrio perfecto para aquellos de nosotros que leemos las dos primeras historias sobre ministrar a otros y nos involucramos tanto en hacer el trabajo que olvidamos nuestras prioridades. El equilibrio es clave. Así que antes de salir tratando de salvar al mundo entero, tómate el tiempo para escuchar a Dios primero. Lee Lucas diez hoy. Deja que abra tus ojos a la cosecha y te llame a trabajar en el campo. Y que te desafíe a amar a tu prójimo, sin importar a quién Dios ponga en tu camino hoy. Y nos veremos aquí de nuevo en Lucas once.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: “La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra”.

Lucas 11

Hola, amigos. Hoy, en “A través de la Palabra”, exploraremos Lucas, capítulo once, donde Jesús enseña lecciones esenciales sobre uno de los hábitos más importantes de la vida: la oración. El pasaje que tenemos ante nosotros es uno de los más citados en la historia de las citas. También recibiremos serias advertencias contra la hipocresía religiosa. Así que comencemos con el versículo uno.

“Un día estaba Jesús orando en cierto lugar. Cuando terminó, dijo uno de sus discípulos: —Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó a sus discípulos”.

Los discípulos tienen una petición: enséñanos a orar. Hablar con Dios es uno de tus hábitos vitales esenciales. Así como los hábitos de comer y lavarse las manos son esenciales para la salud física, así lo es la oración para la salud espiritual.

La respuesta de Jesús a la petición se conoce como “El Padre Nuestro”. Si creciste en la iglesia, probablemente lo memorizaste. Muchos cristianos oran utilizando exactamente esas palabras; otros las usan como modelo de oración. Cabe señalar que éste es uno de los muchos ejemplos de oración y de muchos tipos de oración que aparecen en la Biblia. Jesús también nos advierte sobre no balbucear en oración, como si por las muchas palabras fuéramos a ser escuchados. Aunque recitar esta oración puede ser bueno, la clave está en su significado, no en la repetición. También nos proporciona un gran ejemplo: simpleza, honestidad y franqueza. La versión que encontrarás a continuación va a sonar más corta de lo habitual porque varias frases clave están en algunos manuscritos de Lucas y en otros no. Está bien. La versión completa está en Mateo seis, pero aquí vamos a leer el versículo dos.

“Él les dijo: —Cuando oren, digan: ‘Padre, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Danos cada día nuestro pan cotidiano. Perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos ofenden. Y no nos dejes caer en tentación’”.

Entonces, ¿qué aprendemos de esta oración? Primero que todo, Jesús nos dice que llamemos a Dios, nuestro Padre. Nunca olvides el privilegio que es hablar con el Todopoderoso Dios como tu papá. La siguiente lección: reverencia. Santifica y respeta el gran nombre de Dios para tener una actitud correcta desde el principio. **"Venga tu reino"**. Esta es nuestra esperanza. Todo lo que está roto, sin esperanzas y estropeado en nuestro mundo, todo lo que nos impulsa a orar, encuentra su resolución y sanidad definitiva en Su Reino. Lo servimos como Rey y oramos para que Su Reino se establezca aquí en la tierra, especialmente en nosotros. **"Danos cada día nuestro pan cotidiano"**. No oramos por nuestros deseos sino por nuestras necesidades, y con gratitud, confiamos en Su fidelidad para proveer. **"Perdónanos nuestros pecados"**. Pedir perdón debería ser tan común en nuestra oración como pedir por nuestras necesidades. Lo mismo se aplica para el perdón. ¿Estás guardando rencor? Cuéntaselo a Dios y dile que perdona, y siempre reconoce esa conexión entre perdonar y ser perdonado. **"No nos dejes caer en tentación"**. Esta parte me intriga. En la oración, le pedimos a Dios que nos guíe. Pero ¿por qué decir lo obvio? Claro que él no nos guiaría a hacer el mal. Tal vez es un recordatorio para nosotros: en nuestra necedad, podemos convencernos de que a través de la oración podemos doblegar la voluntad de Dios para que nos dé y haga lo que nosotros queremos.

Pero gran parte de la oración de Jesús tiene que ver con la voluntad de Dios y nuestro compromiso verbal de obedecerla. Jesús sigue la oración con una historia, un ejemplo para que seamos persistentes en oración. Dios no es un genio que concede deseos. La oración debe ser real, y debes tomarte tiempo para hablar con Dios y ser paciente por su respuesta. Pero también tenemos que ser persistentes. Mira lo que dice el versículo nueve:

«Así que yo digo: Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, encuentra y al que llama, se le abre».

El tiempo verbal aquí en griego es algo que no podemos captar completamente en español. Sería como decir: sigue pidiendo, sigue

buscando y sigue llamando. La oración es más que una petición; es una búsqueda. Busca a tu Padre en oración y descubrirás que él es el tipo de papá que juega a las escondidas al nivel justo para que sus hijos lo encuentren. Versículo once:

«Quién de ustedes que sea padre, si su hijo pide un pescado, le dará en cambio una serpiente? ¿O si pide un huevo, le dará un escorpión? Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!»

Recuerda con quién estás hablando. Dios no es un genio de la lámpara, ni un viejo gruñón y sin corazón. Es un Padre que ama a sus hijos. Un buen padre sabe cómo bendecir sin malcriar, y un hijo agradecido sabe que el regalo más grande de su padre no consiste en las cosas que te puede dar, sino en su presencia. Por eso, el buen regalo aquí es el Espíritu Santo. El Espíritu es Dios con nosotros. A veces, dejarme pasar por la prueba es la forma que Dios tiene de librarme del mal. Pero cuando él no me saca de la prueba, me alegro mucho de que me acompañe al pasar por ella.

Y luego en el versículo catorce, Jesús expulsa a un demonio. Y a pesar de los milagros, los escépticos desafían nuevamente a Jesús. Algunos lo acusan de recibir su poder de parte de Beelzebub, que es otro nombre para Satanás. Luego en el versículo dieciséis, otros lo ponen a prueba pidiéndole una señal del cielo. Puedes leer la respuesta de Jesús a la acusación de Satanás en el versículo diecisiete, pero veamos si está dispuesto a mostrar una señal. En el versículo veintinueve:

«Como crecía la multitud, Jesús se puso a decirles: “¡Esta es una generación malvada! Pide una señal milagrosa, pero no se le dará más señal que la de Jonás”».

¿Por qué dice Jesús que una generación malvada pide una señal? Tengan en cuenta que ya han visto muchas señales y milagros. ¿Necesitan más pruebas? Creo que simplemente no quieren escuchar. Y la solicitud es realmente solo una excusa. La luz vino al mundo, pero los hombres se

escondieron de la luz porque amaban su oscuridad. Sin embargo, no hay excusa que valga ante Dios el día del Juicio Final.

A pesar de todo, Jesús ofrece una señal. La llama “la señal de Jonás”. Recordarás que Jonás fue el tipo que entró en el vientre del gran pez por tres días y tres noches antes de ser escupido a tierra. Después de eso dio testimonio a los habitantes de Nínive. Es una historia impactante, y por una razón. Es una profecía. Dios lo planeó así. Es una imagen de Jesús. Él morirá, irá al vientre de la tierra y al tercer día resucitará. La única evidencia clave que Jesús ofrece para sustentar todas sus afirmaciones es su resurrección. Cada vez que tú o yo exigimos una señal de Jesús, aquí es a dónde nos llevará: a la resurrección. Luego en el versículo treinta y uno:

«La reina del Sur se levantará en el día del juicio y condenará a esta generación; porque ella vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón y aquí tienen ustedes a uno más importante que Salomón».

Es otra historia del Antiguo Testamento. La reina africana de Saba escuchó sobre la gran sabiduría de Salomón y viajó de lejos para escucharla. Ella preguntó. Ella buscó. Ella llamó. Y su ejemplo invalida todas nuestras excusas. Versículo treinta y dos:

«Los habitantes de Nínive se levantarán en el juicio contra esta generación y la condenarán; porque ellos se arrepintieron al escuchar la predicación de Jonás y aquí tienen ustedes a uno más importante que Jonás».

Los habitantes de Nínive eran perversos, pero se arrepintieron ante la Palabra de Dios. Volvieron de corazón a Dios. No buscaron. Pero cuando llegó la sabiduría, ellos escucharon. ¿Qué haremos nosotros?

En el versículo treinta y tres, Jesús habla de la luz y de la oscuridad, y de cuál uno elige dejar entrar en el alma. Una lámpara ilumina y está hecha para ser vista. Jesús es luz y sus obras fueron hechas delante de todo el mundo. ¿Por qué entonces no lo veían? Versículo treinta y cuatro:

«Tus ojos son la lámpara de tu cuerpo. Si tus ojos son buenos, todo tu ser disfrutará de la luz; pero si son malos, todo tu ser estará en la oscuridad».

Creo que el punto aquí es que cuando no podemos ver la lámpara de la luz de Dios, podemos culpar a la lámpara todo lo que queramos, pero el problema es nuestra visión. La palabra para "ojos enfermos" aquí implica mezquindad: negarse a ver. Así que, mira generosamente. La luz de Dios revela color y belleza a nuestro alrededor. Nos da visión y entendimiento. La luz nos ayuda a vernos unos a otros y a ser vistos como somos, siendo honestos los unos con los otros. La luz revela la verdad. Como dijo C.S. Lewis, **«Creo en el cristianismo como creo que ha salido el sol: no porque lo vea, sino porque a través de él veo todo»**. Abre tus ojos y deja que la luz de Dios entre en todo tu ser. No escondas nada en la oscuridad. El capítulo termina con seis advertencias para los hipócritas religiosos. No pierdas de vista que los verdaderamente ciegos aquí son los religiosos, aquellos que afirman seguir a Dios pero continúan escondiéndose en la oscuridad. Hoy, te invito a que leas Lucas once y a que dejes que la luz de Dios brille en tu vida.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: “La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra”.

Lucas 12

Hola, amigos. Hoy, en “**a través de la Palabra**”, exploraremos Lucas, capítulo doce, donde Jesús nos da advertencias severas sobre tres grandes trampas.

¿Alguna vez has visto esos viejos dibujos animados donde algún pobre e inocente personaje se resbala con una cáscara de banana? No sé si las cáscaras de banana reales pueden hacerte resbalar así, pero estas tres trampas sí que te harán caer. La hipocresía, la avaricia y la preocupación.

La primera advertencia está en el versículo uno: **«Mientras tanto, se habían reunido millares de personas, tantas que se atropellaban unas a otras. Jesús comenzó a hablar, dirigiéndose primero a sus discípulos: «Cuídense de la levadura de los fariseos, o sea, de la hipocresía».**

Cuidado con la levadura. La levadura es ese hongo mágico que pones en la masa del pan. Solo una pizca hará que todo el pan se infle. La Biblia hace uso de la levadura simbólicamente para referirse a cosas que se propagan rápido, como el pecado y las cosas malas, y en este caso, la hipocresía. Lo primero que encontramos es una gran multitud, y si hay algo que Jesús sabe es que las multitudes cambian la forma en que la gente actúa. Los discípulos tienen espectadores, quizás incluso algunos fanáticos. Los espectadores te afectan, si permites tan solo una pizca de pretensión, verás que ese hongo inflará tu ego hasta hacerlo estallar. La hipocresía significa decir una cosa y hacer otra. Un comportamiento piadoso con un corazón podrido. Los fariseos la tenían a montones. ¿Cuál es el antídoto? Una pequeña dosis de realidad.

Versículo dos: **«No hay nada encubierto que no llegue a revelarse ni nada escondido que no llegue a conocerse. Así que todo lo que ustedes han dicho en la oscuridad se dará a conocer a plena luz y lo que han susurrado a puerta cerrada se proclamará desde los tejados».**

Eso debería sacudirte. Nada permanece oculto. Me estremece a mí. No hay oscuridad que mi verdadero yo pueda esconder de mi Creador. Cada mentira, cada chisme. Cada vez que finjo la fe para impresionar a la multitud. Tenemos que entender que Dios no se deja engañar ni un instante y revelará cada mentira. Entonces, ¿por qué lo hacemos? ¿Por qué fingimos? La respuesta es el miedo al hombre. Esa preocupación excesiva por lo que piensa la gente.

Versículo cuatro: **«A ustedes, mis amigos, les digo que no teman a los que matan el cuerpo, pero después no pueden hacer más. Les voy a enseñar más bien a quién deben temer: teman al que, después de dar muerte, tiene poder para echarlos al infierno. Sí, les aseguro que a él deben temer».**

Un temor saludable de Dios es el verdadero antídoto para toda hipocresía. No necesitas lucir bien para nadie más que para el Señor. Dios no se cree tu actuación. Camina en la luz y recuerda que él ya te ama. Simplemente sé real.

Bueno, Jesús sigue enseñando, así que pasemos al versículo diez: **«Y todo el que pronuncie alguna palabra contra el Hijo del hombre será perdonado, pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón».**

Aquí tenemos una gran pregunta. ¿Cuál es el único pecado que Jesús dice que no será perdonado? Está justo aquí: blasfemar contra el Espíritu Santo. ¿Qué significa esto? Bueno, es algo que se debate. Algunos dicen que solo era posible para aquellos que presenciaron a Jesús en persona. La mayoría de los maestros están de acuerdo en que si te preocupa haberlo hecho, probablemente no lo hiciste porque ya no te importaría haberlo hecho.

Pero, ¿qué es? Blasfemia significa hablar mal o con irreverencia desafiante. Y la distinción clave aquí es que hablar mal de Jesús es perdonable, pero blasfemar contra el Espíritu Santo no lo es. Jesús vino como hombre. El Espíritu Santo convence a los corazones de pecado, de

justicia y de juicio. Así que quizás Jesús quiere decir que seremos perdonados por dudar de lo que vemos y oímos, pero rechazar lo que Dios revela en nuestro corazón es otra historia. Y no creo que se trate de un error aislado. Creo que Jesús está hablando de negarse perpetua y obstinadamente a creer en el Espíritu Santo. El estar plenamente convencidos, y aún así negarlo.

A continuación, en el versículo trece, un hombre le pide a Jesús que resuelva una discusión con su hermano. Están peleando por una herencia. Interesante. Jesús les dice que no es su trabajo resolver cada discusión. Incluso hoy en día, nosotros los cristianos también podemos intentar detener las discusiones llamando a Jesús a que se ponga de nuestro lado y negándonos a ceder. Pero Jesús nos llama a afrontar nuestras propias disputas. No te escondas detrás de tu fe. Resuélvelo. Pero ten en cuenta su advertencia. **“¡Tengan cuidado! Absténganse de toda avaricia; la vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes”**. La avaricia pondrá un obstáculo en los engranajes de cualquier acuerdo. Nunca negociarás de manera justa cuando lo que te motiva es el dinero. La vida es más que los bienes materiales. Si tu vida fuera una caja de cereales, la lista de ingredientes no incluiría tu coche, tus juguetes o tus cuentas. La vida es lo que perdura: fe, esperanza y amor. La vida son las verdades por las que vives. Es cómo tratas a las personas, no lo que obtienes de ellas.

Jesús continúa su relato con una parábola sobre un hombre rico con una abundante cosecha. El negocio le iba tan bien que se preguntaba qué hacer con todo el grano que tenía.

Versículo dieciocho: **«Derribaré mis graneros y construiré otros más grandes, donde pueda almacenar todo mi grano y mis bienes. Y diré: Alma mía, ya tienes bastantes cosas buenas guardadas para muchos años. Descansa, come, bebe y goza de la vida»**

Ah... la vida fácil. La Biblia nos enseña a disfrutar la vida. Pero esto no es alegría, es avaricia. Versículo veinte: **«Pero Dios le dijo: “¡Necio! Esta**

misma noche te van a reclamar la vida. ¿Y quién se quedará con lo que has acumulado?”».

Esa frase me intriga. “Van a reclamar tu vida”. No tus posesiones, no tus buenas intenciones, tu vida, lo que hiciste, cómo trataste a los demás, cómo usaste lo que Dios te confió para ayudar. Nada de eso es tuyo ni tampoco tiene como objetivo que te lo guardes. Fue prestado por Dios y todos rendiremos cuenta.

Advertencia uno: hipocresía.

Advertencia dos: avaricia.

Advertencia tres: preocupación.

No creo que Jesús esté condenando la preocupación como un pecado. Él nos está ayudando. Y echarle la culpa a tus problemas de ansiedad no ayuda. Así que deja que estas palabras te animen.

Versículo veintidós: «Por eso les digo: No se preocupen por su vida, qué comerán; ni por su cuerpo, cómo se vestirán. La vida tiene más valor que la comida y el cuerpo más que la ropa».

Observa que la clave nuevamente es entender qué es y qué no es la vida. Los bienes materiales te hacen preocupar, te preocupa no tener lo suficiente o perder lo que tienes.

Pero los bienes materiales no son vida. La preocupación es peligrosa. Hace que te obsesiones por cosas que no son realmente importantes. Te roba la alegría. Al igual que la avaricia y la hipocresía, hace que te preocupes más por las cosas y menos por las personas.

Versículo veinticuatro: «Fíjense en los cuervos: no siembran ni cosechan, ni tienen almacén ni granero; sin embargo, Dios los alimenta. ¡Cuánto más valen ustedes que las aves!»

Dios se preocupa por ti. Calma tu corazón. Mira al mundo de Dios. Él es el proveedor y tú eres valioso para él. No olvides que la hipocresía, la

avaricia y la preocupación nos invaden cuando nuestro enfoque se desplaza de Dios a las cosas mundanas. En el versículo veintinueve Jesús nos enseña: **«Así que no se afanen por lo que han de comer o beber; dejen de atormentarse. El mundo pagano anda tras todas estas cosas, pero su Padre sabe que ustedes las necesitan».**

El corazón del problema es tu corazón y dónde lo pones. Si está en cosas mundanas, te preocuparás. El versículo treinta y uno es digno de memorizar: **«Por el contrario, busquen el reino de Dios y estas cosas les serán añadidas».**

Esta es la clave de todo. Busca el reino de Dios. Su reino es cada lugar que lo sirve como Rey. Así que pon todo tu esfuerzo en vivir correctamente a sus ojos. Deja de perseguir la felicidad y procura la rectitud. Busca su gloria porque si procuras la felicidad, no obtendrás nada. Busca a Dios y encontrarás ambas. Dios nos está dando su reino. Entonces, ¿por qué nos preocupamos tanto por los bienes materiales?

Y ... ¿qué hacemos cuando nuestros corazones están tan fijos en lo material? Versículo treinta y tres: **«Vendan sus bienes y den a los pobres. Provéanse de bolsas que no se desgasten; acumulen un tesoro inagotable en el cielo, donde no hay ladrón que aceche ni polilla que destruya. Porque donde esté su tesoro, allí estará también su corazón».**

Observa esto. Seguir tu corazón es la tendencia natural. Pero el truco es guiar tu corazón. ¿Cómo lo guías? Primero, entiéndelo. Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón. Cualquier cosa en la que inviertas tu tiempo, dinero, pensamiento y creatividad. Allí está tu corazón.

Es posible que no seas un entusiasta de trenes en miniatura. Pero si pasas la próxima semana gastando mucho dinero ganado con esfuerzo iniciando un set de trenes en miniatura, revisando blogs de trenes con investigación, creatividad e inversión, adivina dónde estará tu corazón. Pasarás cada momento de tu día esperando que llegue el correo con el nuevo motor de la última versión. Obviamente este es un ejemplo inventado como

referencia para hacerte pensar. Si quieres que tu corazón esté en el cielo, guíalo allí. Invierte tu tiempo, energía, creatividad, dinero y, lo más importante, tu amor en el reino de Dios. Atesóralo y tu corazón no resistirá. Por cierto, el mismo principio funciona para el matrimonio. Si tu corazón ya no está en ello, guíalo de regreso. Invierte tiempo, creatividad e incluso dinero.

Bueno hay muchas cosas más aquí en el capítulo doce, pero ya se nos acabó el tiempo. Lee Lucas doce. Mantente en guardia y examina tu corazón en busca de hipocresía, avaricia y preocupación, y toma una dosis saludable del antídoto de Dios. Busca primero su reino y te encontraré de vuelta aquí la próxima vez.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: “La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra”.

Lucas 13

Hola, amigos, y bienvenidos de nuevo al capítulo trece de Lucas, donde Jesús nos ofrece respuestas reales a preguntas difíciles sobre la vida y la muerte, el cielo y el infierno. ¿Por qué ocurren tragedias a algunas personas y no a otras? ¿La mayoría de la gente se dirige al cielo o a otro lugar? Estas son grandes preguntas a las que Jesús da respuestas concretas. Así que entremos en materia en el versículo uno.

"En aquella ocasión, algunos que habían llegado contaron a Jesús cómo Pilato había dado muerte a unos galileos cuando ellos ofrecían sus sacrificios".

Aquí tenemos una tragedia. Algunos judíos de Galilea habían sido asesinados por los romanos bajo las órdenes de Poncio Pilato. Fue cruel, despiadado, todo fue ejecutado por personas que estaban en posición de poder, por los responsables de impartir justicia. Peor aún, fueron asesinados en el templo. Estaban allí para adorar, para ofrecer sacrificios. ¿Cómo puedes entender semejante injusticia? ¿Por qué Dios lo permitiría? ¿Por qué ellos? Preguntas razonables.

Me encanta ver cómo responde Jesús a todo esto. A él, muchas veces le plantearon preguntas difíciles. Algunas de ellas no eran realmente preguntas, sino excusas. No siempre respondía a esas, pero otras eran bastante genuinas y sus respuestas me intrigan. Nunca ofrece ese tipo de respuestas religiosas fáciles que simplifican en exceso cuestiones complejas y dolorosas. Tampoco da esas respuestas arrogantes del tipo "te lo explicaría, pero no lo entenderías". A menudo responde con una pregunta, del tipo que nos ayuda a reflexionar, o una parábola que te permite verlo bajo una luz diferente. Esta vez obtenemos ambas cosas.

Versículo dos, **"Jesús respondió: '¿Piensan ustedes que esos galileos por haber sufrido así eran más pecadores que todos los demás galileos?'"**.

Jesús primero aborda la respuesta tradicional a eventos trágicos en aquel tiempo. Según la mayoría de la gente, las cosas malas le ocurren a las

personas porque se lo merecen. Si la tragedia golpea, los espectadores asumen que las víctimas debieron haber pecado más que los demás. Pero en el versículo tres vemos que Jesús dice, "**¡Les digo que no! De la misma manera, todos ustedes perecerán a menos que se arrepientan. ¿O piensan que aquellos dieciocho que fueron aplastados por la torre de Siloé eran más culpables que todos los demás habitantes de Jerusalén? ¡Les digo que no! De la misma manera, todos ustedes perecerán a menos que se arrepientan**".

Eso es interesante. Jesús explica que la tragedia golpea a personas que son como el resto de nosotros. No lo merecen más que tú o yo. Incluso menciona otra historia: una torre que cayó en Siloé y mató a dieciocho personas. Esta historia de la torre me impactó profundamente en los días posteriores a la caída de las torres gemelas. Muchos se preguntaban: ¿por qué ellos? ¿Por qué algunos murieron y otros sobrevivieron? Jesús nos dice cuál no es la razón. No es por su pecado. Sin embargo, nota que no nos dice cuál es la razón. No nos corresponde saberlo.

En mi experiencia, Dios no te da respuestas sobre la vida de otros. Él trata con tu vida, así que no nos dice por qué estos otros murieron inesperadamente. Pero Jesús sí les dice lo que significa para ellos. Dos veces dice: "**todos ustedes perecerán a menos que se arrepientan**". En otras palabras, aunque no sabes por qué otras personas murieron inesperadamente, sí sabes que podrías morir cualquier día, y sabes que eres un pecador. Si eres mejor o peor pecador que otro no importa. Igual podrías morir hoy. Arrepiéntete de tus pecados, confía en Jesús y no perecerás.

Luego Jesús cuenta una parábola. No hay explicación en esta ocasión, así que el propósito aquí es darnos perspectiva. ¿Qué pasa, desde la perspectiva de Dios, cuando seguimos haciendo preguntas sobre otros, pero nunca parecemos arrepentirnos o cambiar nuestra propia vida?

La parábola es sobre un hombre que tiene una higuera en su viñedo. La higuera no da fruto, ni uno solo. Realmente me identifico personalmente con esto porque, no es broma, literalmente tengo una higuera en mi patio

trасero que no da higos. Ni uno solo. Es tan frustrante. Quiero decir, se ve bonita, pero el punto de tener una higuera son los higos. El hombre en la parábola, ya ha esperado lo suficiente. Le dice a su jardinero que la arranque de raíz, pero el jardinero lo convence de darle un año más. Le dice que abone la tierra y que le dé un año más para que dé fruto. Paciencia.

Y como propietario de una higuera sin higos, puedo decir honestamente que esto me ayuda a ver la perspectiva de Dios. Esperar a que las personas cambien es frustrante, y él es paciente. Pero necesitamos saber que hay un límite de tiempo. Si no nos arrepentimos, pereceremos.

Y mi mejor comprensión de esto vino de otro maestro. Me enseñó que cuando el jardinero dice que va a abonar el árbol, en la versión Reina-Valera se lee "cavar y abonar", lo cual es fertilizar, ¿cierto? Bueno, en Filipenses tres, Pablo dice que todo su orgullo obstinado en sus propios logros fue lo que lo mantuvo alejado de Dios por tanto tiempo. Pero luego dice: **"Por él lo he perdido todo y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo"**. Entonces, ¿qué se necesita para fertilizar un corazón sin fruto que se niega a ponerse a cuentas con Dios? Abono. Toma todo tu orgullo y justicia propia y échale abono.

Bueno, a continuación, otra historia sobre Jesús sanando a alguien el sábado. Esto surge bastante a menudo en los Evangelios. Esta vez, una mujer que ha estado encorvada durante dieciocho años. Jesús sana a esta pobre mujer, pero alguien se enfada. Es el líder de la sinagoga. **"Hay seis días en que se puede trabajar, así que vengan esos días para ser sanados y no el sábado"**. Verás, el sábado era un día de descanso y las reglas de Dios eran bastante simples: no trabajen los sábados, manténganlos santos. En algún momento, algunos líderes judíos decidieron que sanar a alguien era trabajo. No se podía sanar el sábado. No estaba en la ley de Dios, sino en la ley de los hombres.

Jesús señala que estas reglas humanas muestran más compasión por los animales que por las personas. Podían sanar a un buey, pero no a una

persona. Con Jesús, las personas siempre son importantes, más que las cosas y más que las reglas hechas por el hombre.

Entonces, ¿qué le pasó a este hombre? ¿Cómo es que un líder de la sinagoga llegó a ser tan insensible? Nadie hace la pregunta en voz alta, pero Jesús cuenta dos parábolas que creo que hablan de esto. Estas dos requieren reflexión, así que presta atención.

La primera aparece en el versículo dieciocho, "**¿A qué se parece el reino de Dios? —continuó Jesús—. ¿Con qué voy a compararlo? Se parece a una semilla de mostaza que un hombre sembró en su huerto. Creció hasta convertirse en un árbol y las aves anidaron en sus ramas**".

Entonces, ¿qué significa? Los estudiosos difieren, y creo que cuando Jesús no da una interpretación, su propósito es principalmente hacernos pensar. Otros pasajes proporcionan doctrinas más precisas, pero las parábolas están destinadas a ser meditadas. Jesús quiere que analicemos y discutamos. Todo aquí es simbólico. El reino de Dios es como una semilla de mostaza, una semilla diminuta que crece hasta convertirse en un gran árbol. Es realmente asombroso, y ha resultado ser cierto. Jesús comenzó algo muy pequeño pero mira el impacto que ha tenido a lo largo de los siglos. Así fue cómo obró en mi vida. Es algo hermoso, realmente. El reino de Dios simplemente crece.

Pero mira más de cerca. Tenemos un gran árbol con aves a pesar de que una semilla de mostaza real produce un arbusto, o quizás un árbol de tamaño moderado como mucho. En la simbología bíblica, las aves a menudo representan una presencia oscura, el mal. Y considera el contexto: líderes religiosos luchando contra el amor de Dios. Así que tal vez aquí tenemos una imagen del reino de Dios creciendo de forma exagerada y anormal, y personajes malvados encontrando una rama cómoda donde posarse en la iglesia. Es algo que nos deja pensando.

Luego Jesús comparte otra parábola en el versículo veinte. "**¿Con qué voy a comparar el reino de Dios? Es como la levadura que una mujer tomó y mezcló con tres medidas de harina, hasta que hizo crecer toda la masa**".

Así que solo un poco de levadura fermenta toda la masa. La mayoría lee esto como una simple imagen del reino de Dios infiltrándose en cada parte de tu vida, como debe ser. Sin embargo, algunos señalan que la levadura usualmente representa el pecado en la Biblia. Así que quizás Jesús está advirtiéndote que solo una pizca de pecado o hipocresía puede invadir toda tu vida. O si un líder carece de compasión, como este hombre, puede afectar negativamente a toda la iglesia.

Jesús sigue adelante y nosotros lo seguimos, enseñando en muchas ciudades. Las preguntas siguen llegando y Jesús responde. No tenemos tiempo para todas ellas, así que te animo a leer y reflexionar sobre todo el capítulo. Y si tienes preguntas, pregúntale a Dios y presta atención mientras lees. Puede que te responda.

A esta última, solo la leeré y dejaré que medites en ella. Comienza en el versículo veintitrés. **"Señor, ¿son pocos los que van a salvarse? —le preguntó uno. —Esfuércense por entrar por la puerta estrecha —contestó—, porque les digo que muchos tratarán de entrar y no podrán. Tan pronto como el dueño de la casa se haya levantado a cerrar la puerta, ustedes desde afuera se pondrán a golpear la puerta, diciendo: “¡Señor, ábrenos!”. Pero él les contestará: “No sé de dónde son ustedes”. Entonces dirán: “Comimos y bebimos contigo, y tú enseñaste en nuestras plazas”. Pero él les contestará: “Les repito que no sé de dónde son ustedes. ¡Apártense de mí, todos ustedes hacedores de injusticia!”.**

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: "La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra".

Lucas 14

¡Hola, amigos! Bienvenidos de nuevo a Lucas capítulo catorce, donde encontraremos lecciones poderosas sobre la humildad en la práctica y calcular el costo de seguir a Jesús. Pero primero comenzaremos con una lección sobre ocupar el último lugar.

Jesús está comiendo en casa de un fariseo prominente y observa cómo los invitados buscan los mejores asientos; querían el lugar de honor. Es interesante cómo funciona la naturaleza humana. Competían por estatus en la casa de alguien importante. Así que en el versículo ocho, Jesús les cuenta esta parábola:

"Cuando alguien te invite a una fiesta de bodas, no te sientes en el lugar de honor, no sea que haya algún invitado más distinguido que tú. Si es así, el que los invitó a los dos vendrá y te dirá: "Cédele tu asiento a este hombre". Entonces, avergonzado, tendrás que ocupar el último asiento. Más bien, cuando te inviten, siéntate en el último lugar, para que cuando venga el que te invitó, te diga: "Amigo, pasa más adelante a un lugar mejor". Así recibirás honor en presencia de todos los demás invitados. Porque todo el que a sí mismo se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido".

La historia de Jesús trata sobre una boda. Básicamente, si llegas a una boda y los asientos no tienen tarjetas con nombres, no te sientes al lado de los novios, o alguien te moverá a un lugar menos importante y quedarás en ridículo. Esto se aplica a la vida. Es una regla simple y poderosa. Ocupa el lugar menos importante. Ve por último. No significa perder a propósito, sino elegir ocupar el puesto que nadie más quiere para que alguien más pueda disfrutar lo mejor. Esta es una gran lección sobre la humildad en la práctica.

Quizás hoy no tengamos asientos de honor como en tiempos de Jesús, pero el estatus y el honor siguen siendo importantes. Así que cuando tengas la opción, exige menos y ofrece lo mejor. Como dice Filipenses, considera a los demás como más importantes que tú mismo. Eso es

revolucionario. Si vas corriendo al auto, ocupa el asiento trasero en el medio. Cuando dejes tu auto, toma el lugar más alejado de la tienda. Ofrecete para hacer la tarea menos agradable, incluso en casa. Humíllate y deja que Dios te honre. Pruébalo; te sorprenderá lo fácil que es ocupar el asiento menos importante. Sin discusiones, sin pérdida de amigos; la alegría en tu corazón te sorprenderá. Si quieres seguir a Jesús, debes seguirlo hasta el lugar más humilde. Pero, la ventaja será que Jesús se sentará allí contigo.

Luego, en el versículo doce, encontramos otra práctica lección de cristianismo:

"También dijo Jesús al que lo había invitado: —Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos, a su vez, te inviten y así seas recompensado. Más bien, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos. Entonces serás dichoso pues, aunque ellos no tienen con qué recompensarte, serás recompensado en la resurrección de los justos".

¡Qué imagen! Vivir para Jesús siempre significa darle a aquellas personas que no pueden devolverte el favor. De nuevo, es un costo. Dar regalos de Navidad a amigos que te dan algo a cambio es agradable, pero en realidad es un intercambio. Este tipo de dar significa no recibir nada a cambio, al menos no aquí.

Prestemos atención al versículo quince:

"Al oír esto, uno de los que estaban sentados a la mesa con Jesús le dijo: —¡Dichoso el que coma en el banquete del reino de Dios!".

Parece que este hombre había escuchado a Jesús hablando sobre la gran celebración que tendremos en el cielo. Será realmente increíble. ¿Quién querría perderse un banquete en la mesa de Dios?

Versículo dieciséis:

"Jesús contestó:—Cierta hombre preparó un gran banquete e invitó a muchas personas. A la hora del banquete mandó a su siervo a decirles a los invitados: "Vengan, porque ya todo está listo". Pero todos, sin excepción, comenzaron a disculparse. El primero dijo: "Acabo de comprar un terreno y tengo que ir a verlo. Te ruego que me disculpes". Otro indicó: "Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Te ruego que me disculpes". Y otro alegó: "Acabo de casarme y por eso no puedo ir"".

Bueno, supongo que todos tienen una buena razón. Lástima que se perderán el banquete. Espera, ¿qué estoy diciendo? Esas razones son débiles. De hecho, Jesús no las llama razones; las llama excusas. Y creo que Jesús está dándole la vuelta a nuestra perspectiva sobre todas las razones que muchos de nosotros damos para no creer.

A veces vemos el evangelio como una filosofía: "Si el evangelio funciona para tu vida, eso es genial". Pero el evangelio no es una filosofía; es una invitación. Estás invitado al reino de Dios y a su banquete. Y mira más de cerca las tres excusas:

"Acabo de comprar un terreno". Algunos de nosotros estamos tan dedicados a las cosas de este mundo que no tenemos tiempo para la invitación de Dios.

"Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes". Demasiado ocupados con los negocios, con posesiones materiales.

"Acabo de casarme". ¿Quién podría discutir priorizar a la familia?

Y las tres son cosas buenas, incluso piadosas. Pero cuando las cosas buenas ocupan el lugar de Dios mismo, algo anda mal. Son excusas. Y puedes excusarte todo lo que quieras, pero eres tú quien se pierde el banquete.

De vuelta en la parábola, el siervo regresó y reportó esto a su señor. El amo se enfureció, pero no iba a obligarlos a que fueran. Y Dios no nos obligará a entrar en su reino. Pero ahora viene el giro de la parábola:

"Entonces el dueño de la casa se enojó y ordenó a su siervo: "Sal de prisa por las plazas y los callejones del pueblo y trae acá a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos". "Señor —dijo luego el siervo—, ya hice lo que usted me mandó, pero todavía hay lugar". Entonces el señor respondió: "Ve por los caminos y las veredas, y oblígales a entrar para que se llene mi casa".

¡Qué imagen de Dios y su glorioso evangelio! Todos y cada uno están invitados. Algunas de las personas que pensarías que seguro estarán, solo ponen excusas, y algunos de los últimos en tu lista reciben la invitación y entran directamente. A veces, aquellos que no tienen nada que perder encuentran mucho más fácil dejarlo todo y dejar que Dios obre.

Luego, el versículo veinticinco comienza con una gran multitud. Pensarías que a Jesús le gustarían las grandes multitudes, pero veamos lo que hace.

Versículo veinticinco:

"Grandes multitudes seguían a Jesús, y él se volvió y les dijo: 'Si alguno viene a mí y no sacrifica el amor a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas, y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo'".

Espera, ¿qué? ¿Jesús acaba de decir que debemos "odiar" a nuestra familia, a nuestra propia vida? Sí, y no te lo pierdas. Suena impactante porque lo es. Entonces, ¿qué nos está diciendo aquí? Esto realmente te hace pensar, y creo que ese es el punto. Jesús quiere que reflexionemos sobre esto.

Acaba de contar una parábola sobre personas invitadas al reino de Dios, pero que se lo pierden. Y sus excusas no eran pecados; eran la familia, la tierra y la vida misma. "Lo siento, Dios. Estoy muy ocupado. ¡Tú entiendes!"

Ahora, sabemos muy bien que Jesús nos llama a amar: a amar a los padres, amar a los hijos, amar a los demás, incluso amar a los enemigos. Sin duda, el mensaje constante de las Escrituras es el amor. Entonces,

¿por qué dice "odiar" en este pasaje? Bueno, tiene grandes multitudes siguiéndolo, pero en algún momento, cada uno de ellos encontrará un conflicto entre seguir a Jesús y todas las otras cosas. Y tendrán que elegir.

Varias veces en la Biblia, los términos "amar" y "odiar" se usan para indicar preferencia y prioridad más que emoción. En otras palabras, seguir a Jesús a veces requerirá que todo lo demás quede en segundo lugar. Obviamente, no odies a tu familia con ira o malicia; Jesús nunca enseñó eso. Pero sí, "ama a Jesús primero".

En el versículo veintisiete:

"Y el que no carga su cruz y me sigue no puede ser mi discípulo"

Hay un sacrificio, un costo, y Jesús quiere que lo consideremos. Cuenta una parábola sobre construir una torre: no empieces si no puedes terminar; o sobre dirigirse a la guerra: no arriesgues lo que no estás dispuesto a perder.

En el versículo treinta y tres:

"De la misma manera, cualquiera de ustedes que no renuncie a todos sus bienes no puede ser mi discípulo".

Así que el costo de seguir a Jesús es todo, tu vida entera. Es un pacto como el matrimonio. Cuando dices "sí, acepto", calculas el costo y te comprometes. Lo mismo ocurre con Jesús. Hay pocas cosas más miserables y despreciables que una persona casada actuando como soltera, como si su pacto no implicara compromiso o sacrificio; excepto quizás un cristiano actuando como si su vida y sus posesiones aún fueran suyas. Fuiste comprado por un precio.

Lee Lucas catorce hoy y echa un buen vistazo a todo lo que implica. ¿Estás dispuesto a pagar el precio? Si me preguntas, es una oferta que no querrás perder.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: "La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra".

Lucas 15

¡Bienvenidos de nuevo, amigos! Hoy, en Lucas quince, en “A Través de la Palabra”, exploraremos lo que significa estar perdido y ser hallado.

¿Alguna vez has perdido algo verdaderamente preciado para ti? Un regalo especial de un viejo amigo, o tal vez un perro fiel que se extravió. Si es así, sabes cuánto peso puede tener la palabra "perdido".

Como cristianos, a veces usamos la palabra "perdido" para referirnos a los no creyentes; no siempre es bien recibida, o mejor aún, para describirnos a nosotros mismos antes de conocer a Jesús: "Una vez estuve perdido". No tenía dirección, estaba en peligro. Pero, aunque eso es válido, Jesús ofrece otra perspectiva sobre el significado de “perdido” aquí en Lucas quince. Una que tiene menos que ver con el hecho de que yo esté perdido y más con la perspectiva de Dios. Presta mucha atención a quiénes les cuenta esta historia Jesús.

Al inicio del capítulo, vemos que **“Muchos recaudadores de impuestos y pecadores se acercaban a Jesús para oírlo, de modo que los fariseos y los maestros de la Ley se pusieron a murmurar: ‘Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos’”**.

La historia que sigue es contada a líderes religiosos que dicen amar a Dios, pero que no soportan a todos los pecadores que rodean a Jesús. Casi puedo escucharlos murmurando con desdén y disgusto. A los líderes religiosos no solo les molestaban los pecadores, sino la forma en que Jesús los recibía, porque incluso comía con ellos.

Entonces Jesús les cuenta una parábola sobre un pastor que tiene cien ovejas y pierde una de ellas. **“Supongamos que uno de ustedes tiene cien ovejas y pierde una de ellas. ¿No deja las noventa y nueve en el campo y va en busca de la oveja perdida hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, lleno de alegría, la carga en los hombros y vuelve a la casa. Al llegar, reúne a sus amigos y vecinos y les dice: ‘Alégrese conmigo; ya encontré la oveja que se me había perdido’”**.

Así que hay una oveja perdida. Pero la historia de Jesús no se centra solo en la oveja o en cómo se siente al estar perdida. Se enfoca en el pastor. Él perdió una oveja que valora y por la que se preocupa. La busca. Deja a las noventa y nueve para encontrar a la que se perdió porque es un buen pastor y le importa. Piensa en eso.

Los fariseos miran a todos estos pecadores y ven que están perdidos, lejos del camino de Dios para sus vidas. Pero solo ven a personas descarriadas, el tipo de gente que evitan. ¿Pero perciben el corazón de Dios? ¿Acaso ven al Buen Pastor justo delante de ellos, tan preocupado por sus queridas ovejas que vino desde muy lejos solo para encontrarlas?

¡Qué fuerte es cuando el Buen Pastor encuentra a la oveja perdida! Jesús dice: **“Les digo que así es también en el cielo: habrá más alegría por un solo pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse”**.

¿Por qué Dios sigue amando a estos pecadores, estas almas perdidas? ¡Llegar a los fariseos no es fácil! Así que les cuenta otra parábola.

Versículo ocho: **“O supongamos que una mujer tiene diez monedas de plata y pierde una. ¿No enciende una lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas y les dice: ‘Alégrense conmigo; ya encontré la moneda que se me había perdido’”**.

La segunda historia es sobre una moneda perdida, un dracma que valía el salario de un día completo de trabajo. Piensa en cuánto ganas en un día de trabajo. Ahora imagina perder esa cantidad. Es el dinero que necesitas para vivir; si perdieras esa cantidad de dinero, sin dudas la buscarías sin parar.

Una vez perdí mi anillo de bodas durante meses. Fue doloroso. Y cuando lo encontré, ¡la alegría fue inmensa! Estaba celebrando, literalmente bailando. Busqué a todos en casa para compartir mi alegría. Fue increíble.

Y esa es la historia de la mujer. Ella comparte su alegría con las vecinas, pero presta atención a esto: esas vecinas deberían haber sido los fariseos. Dios está tocando a su puerta, sonriendo de oreja a oreja y diciendo: "Miren lo que encontré", y ellos simplemente no lo entienden. Sin compasión, sin preocupación por los perdidos. Cuando una persona piadosa no se preocupa por algo que le apasiona a Dios, algo anda mal. Pero recuerda que Dios también quiere recuperarlos a ellos. Jesús está contando estas historias precisamente por esa razón, para tocar el corazón de los fariseos y acercarlos de nuevo a Dios.

Así que cuenta una más en el versículo once. Jesús continúa: **“Un hombre tenía dos hijos”**

Pausa ahí. Dos hijos. Probablemente has escuchado esta historia, la llamamos: “la parábola del hijo pródigo”. "Pródigo" significa derrochador y extravagantemente insensato. Si eres padre, "pródigo" puede significar un gran dolor de cabeza. Pero no olvides que esta es una historia sobre dos hijos.

Tanto los pecadores como los religiosos hipócritas están perdidos, solo que de distinta manera, y ambos son valiosos para Dios. Ambos son representados aquí como hijos amados, y en cada momento de la historia, el padre los ama a ambos. La pregunta es: ¿los hipócritas se reconocerán a sí mismos?

Un consejo: si lees las parábolas de Jesús y siempre ves a otros en la historia, pero nunca te ves a ti mismo, probablemente te estés perdiendo algo.

Versículo doce. El hijo menor le dice a su padre: **“Papá, dame lo que me toca de la herencia”**. Así que el padre repartió sus bienes entre los dos. Poco después el hijo menor juntó todo lo que tenía y se fue a un país lejano; allí vivió desenfrenadamente y derrochó su herencia. Cuando ya lo había gastado todo, sobrevino una gran escasez en la región y él comenzó a pasar necesidad”.

¡Qué tonto, arrogante y engreído! No podía ver lo bien que estaba, cuánto lo amaba su padre. Le dio todo. Y sí, había reglas, pero las reglas de papá lo mantenían seguro y vivo.

Para entender el impacto, en esa cultura, pedir la herencia en vida era como decirle al padre: "Para mí, estás muerto". Tómame un momento para asimilar eso. Luego recuerda que el padre en esta historia representa a Dios, porque las personas hacen esto con Dios todo el tiempo. Quieren las bendiciones sin las reglas. Toman lo que Dios les da y huyen. Es insensato, pero lo hacen. Lo hacemos.

Pero eso no perdura. La vida apartada de Dios, rechazando sus reglas y sabiduría, se desvanece rápidamente. El joven en la historia se queda sin nada y termina cuidando cerdos. ¿Pero qué podía hacer después de haberle dicho a su padre: "Ya no eres mi padre"?

Pero luego, en el versículo diecisiete leemos: **“Por fin recapacitó y se dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen comida de sobra y yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: ‘Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros’”**.

Así que se levanta y vuelve a su padre. Pero cuando aún estaba lejos, su padre lo ve y su corazón se llena de inmensa compasión. Corre hacia él, lo abraza y lo besa.

Es una escena poderosa. El padre nunca deja de amar a su hijo. Corre hacia él y lo abraza. No hay sensación con la que podamos comparar algo tan profundo como recuperar a un hijo. Hoy en día, mi esposa y yo tenemos hijos adultos. Todo nuestro mundo se ilumina cada vez que uno de ellos nos visita. ¿Qué siente un padre que ha perdido a su hijo?

Leí un artículo sobre una pareja que recuperó a su hija después de haber estado perdida por veintitrés años. Durante años, su dolor fue inconmensurable. Imagínate la alegría abrumadora de tener de vuelta a su hija. Se perdieron muchas cosas en todos esos años, pero ella finalmente regresó. Dios siente eso cada vez que uno de nosotros vuelve a casa.

Versículo veintiuno: El hijo le dice: **“Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame tu hijo”**. Pero el padre ordenó a sus siervos: **“¡Pronto! Traigan la mejor ropa para vestirlo. Pónganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero más gordo y mátenlo para celebrar un banquete. Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ha sido hallado”**. Así que empezaron a hacer fiesta.”

Mientras tanto... Espera, ¿mientras tanto? ¿No ha terminado la historia? No. Recuerda que Jesús le está contando esto a los fariseos.

“El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, cuando se acercó a la casa, oyó que había música y danza. Entonces llamó a uno de los siervos y le preguntó qué pasaba. “Tu hermano ha llegado —le respondió—, y tu papá ha matado el ternero más gordo porque lo ha recobrado sano y salvo”. Indignado, el hermano mayor se negó a entrar. Así que su padre salió a suplicarle que lo hiciera”.

El hijo mayor es el "buen" hijo, el que sigue las reglas. Observa su respuesta: **“¡Fíjate cuántos años te he servido sin desobedecer jamás tus órdenes!”**

Así es como veía su relación: como servidumbre. En cuanto a su hermano, lo llama "ese hijo tuyo". ¿Le haces una fiesta a él? Claramente, el hijo pródigo rechazó la autoridad y las reglas del padre. El hermano mayor que se siente moralmente superior, rechaza su misericordia y amor. Ambos están perdidos. Ambos son amados. El pródigo dice: "No eres mi jefe". El mayor dice: "Oye, jefe, ¿por qué aún lo llamas hijo?" Ambos no comprenden el amor de su padre.

Versículo treinta y uno: **“Hijo mío —le dijo su padre—, tú siempre estás conmigo y todo lo que tengo es tuyo. Pero teníamos que hacer fiesta y alegrarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado”**.

El padre deja claras dos cosas: no eres un esclavo; eres mi hijo. Y él es tu hermano. Ha regresado. ¿Cuándo regresarás tú?

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda: "La fe viene por el oír, y el oír a través de la Palabra".

Lucas 16

Hola amigos. Bienvenidos de nuevo al capítulo dieciséis de Lucas. Hoy Jesús habla sobre el dinero. Así es, el Señor va a ocuparse de asuntos muy personales. Una sexta parte del contenido de Mateo, Marcos y Lucas está relacionada en algún aspecto con el dinero. ¿Por qué? Porque lidiamos con el dinero todos los días. Afecta la vida, te afecta a ti, tu carácter, tus relaciones. Así que, por supuesto, Dios habla sobre ello. Nos da pautas, advertencias y promesas. Pero, ¿qué hay de esos predicadores que dicen que la piedad es una buena manera de obtener más dinero? ¿Servir a Dios para hacerse rico? ¿Qué piensas? ¡Los predicadores de televisión lo dicen! Incluso citan la Biblia. Pero... ¿Qué dice la Biblia? El dinero es un asunto complejo. Para ayudarnos a reflexionar, Jesús comienza con una parábola sobre un hombre cuyo trabajo gira en torno al dinero.

Es un gestor de dinero, también llamado administrador. Este administrador no es rico, pero trabaja para un hombre rico. El administrador está autorizado para tomar decisiones y gastar el dinero, pero tiene la responsabilidad de hacerlo sabiamente, porque al final, el dinero no es suyo. Versículo uno:

“Jesús contó otra parábola a sus discípulos: Un hombre rico tenía un administrador a quien acusaron de derrochar sus bienes. Así que lo mandó a llamar y le dijo: ‘¿Qué es esto que me dicen de ti? Rinde cuentas de tu administración, porque ya no puedes seguir en tu puesto’. El administrador reflexionó: ‘¿Qué voy a hacer ahora que mi amo está por quitarme el puesto? No tengo fuerzas para cavar y me da vergüenza pedir limosna. Tengo que asegurarme de que, cuando me echen de la administración, haya gente que me reciba en su casa. ¡Ya sé lo que voy a hacer!’”. Interesante. No es un buen administrador, y está a punto de ser despedido. Pero aún tiene un poco de tiempo y todavía tiene acceso a las finanzas, y se le ocurre un plan. Versículo cinco: **“Llamó entonces a cada uno de los que debían algo a su amo”.** Estos deudores son agricultores, y le deben al hombre rico cosas como aceite de

oliva y trigo—grandes deudas. Llevan años de retraso en los suministros, sin embargo, el hombre rico ha seguido pagándoles de todos modos. Un buen tipo. Ahora observa lo que hace el administrador: "¿Tú, cuánto debes? ¿Novecientos galones de aceite? Dejémoslo en cuatrocientos cincuenta. ¿Debes mil fanegas de trigo? Ahora son ochocientas." Bastante generoso. Claro, el dinero es de otra persona, pero generoso de todos modos. Sin embargo, ¿cómo responderá el jefe? Mira el versículo ocho:

“Pues bien, el amo elogió al administrador deshonesto por haber actuado con astucia”.

Espera, ¿qué? ¿El amo lo elogió? El amo acaba de perder dinero. Ahora, recuerda, las parábolas están diseñadas para hacerte pensar. El amo elogia la astucia cuando el administrador se vuelve generoso y perdona las deudas con los bienes del amo.

La palabra clave aquí es "astuto". Significa ser perspicaz o inteligente en asuntos prácticos. El administrador entendió algo e hizo algo ingenioso, y es algo que Jesús quiere que aprendamos y apliquemos. Mira de nuevo el versículo ocho:

“El amo elogió al administrador deshonesto por haber actuado con astucia. Es que los de este mundo, en su trato con los que son como ellos, son más astutos que los que han recibido la luz. Por eso les digo que se valgan de las riquezas deshonestas para ganar amigos, a fin de que cuando estas se acaben haya quienes los reciban a ustedes en las viviendas eternas”. Así que Jesús quiere que nosotros aprendamos una lección sobre la astucia—nunca deshonesto, sino sabio en asuntos prácticos, especialmente en asuntos eternos. La clave es la conexión entre el versículo cuatro y el versículo nueve. En el versículo cuatro, el administrador está por perder su trabajo. Su acceso al dinero es temporal, así que lo utiliza para hacer amigos a largo plazo que lo recibirán en sus casas. En el versículo nueve, Jesús casi repite la misma frase para nosotros: Usa las riquezas mundanas para que seas bienvenido en las moradas eternas.

Claramente, el administrador de dinero eres tú. En esta vida, tienes posesiones. Tienes dinero. Pequeñas o grandes, son tuyas—solo que no son tuyas para siempre. El hombre rico representa al verdadero Señor de la casa. Manejas algo de dinero mientras estás aquí, pero cuando te vas, el dinero se queda. En algún momento, te das cuenta de la verdad: vas a morir. El mundo te está despidiendo, y todo el dinero que tienes se queda aquí. Y resulta que siempre fuiste solo un administrador de dinero, nunca un dueño. Y al igual que este administrador, te han atrapado desperdiciando esas posesiones. Te queda poco tiempo, así que actúa rápido y con astucia. Cualquier dinero que esté en tu poder, utilízalo para propósitos eternos. Da. Sé generoso. Sé misericordioso. A la gente le agradan los que dan, pero aman a los que dan perdón.

El Señor puede permitírselo, y mucha gente lo necesita. No puedes llevártelo contigo, pero puedes enviarlo antes de llegar. Así que haz uso de las riquezas mundanas para propósitos celestiales y utiliza las riquezas temporales para recompensas eternas. Me gusta que la imagen aquí no es solo hacer el bien, sino hacer amigos—ayudar a personas reales de manera práctica.

Desafortunadamente, demasiados maestros interpretan esto al revés. Los fariseos también estaban presentes en los días de Jesús. Hoy, se disfrazan de predicadores cristianos. En lugar de usar las riquezas mundanas para propósitos piadosos, usan la "vida piadosa" para obtener riquezas mundanas. Pero eso no es piadoso en absoluto. Viven como si el dinero fuera la meta. El dinero no es la meta; es una prueba. Versículo diez:

"El que es fiel en lo poco también lo será en lo mucho; y el que no es honrado en lo poco tampoco lo será en lo mucho. Por eso, si ustedes no han sido fieles en el uso de las riquezas deshonestas, ¿quién les confiará las verdaderas?"

Observa que Jesús hace una distinción entre las riquezas mundanas y las verdaderas riquezas. Aquí es donde los falsos maestros se equivocan. Piensan que las riquezas mundanas son lo verdadero. Las riquezas mundanas son una prueba. Si puedes ser confiable con el dinero, si

puedes administrarlo fielmente, Dios puede confiarte las verdaderas riquezas: guiar al precioso pueblo de Dios, enseñar su palabra. Servir a Dios no se trata de habilidad o éxito; se trata de fidelidad. Dios quiere siervos que sean fieles. Así que te prueba, te da algo pequeño para ver cómo lo manejas.

Observa que Jesús llama al dinero "una cosa pequeña". También lo llama propiedad de otra persona. Así que si eres fiel con el dinero, Dios te confiará más. Luego Jesús llega al corazón del tema. No se trata solo de usar el dinero. El peligro real es servir al dinero. Versículo trece:

"Ningún sirviente puede servir a dos señores, pues menospreciará a uno y amará al otro o querrá mucho a uno y desprezará al otro. Ustedes no pueden servir a la vez a Dios y a las riquezas" ¡Vaya, qué declaración! Como ves, el dinero no es el problema. Amar el dinero, vivir para el dinero, servir al dinero—ese es el verdadero problema. No puedes vivir para servir al dinero y vivir para Dios. Los fariseos afirmaban servir a Dios; eso era lo único que les importaba. Pero el versículo catorce nos dice:

Los fariseos, que amaban el dinero, oyeron todo esto y se burlaban de Jesús. Él les dijo: "Ustedes se justifican ante la gente, pero Dios conoce sus corazones. Dense cuenta de que aquello que la gente tiene en gran estima es detestable delante de Dios". El capítulo termina con una historia sobre dos hombres, uno rico y el otro pobre. El nombre del hombre pobre es Lázaro, aunque no es el mismo Lázaro que fue resucitado de entre los muertos. Y muchos estudiosos creen que esta es una historia real más que una parábola. Es bastante instructiva cuando la lees, porque es una historia sobre el infierno. Jesús la cuenta aquí porque quiere poner las riquezas y la pobreza en perspectiva completa. Si no ves la realidad del cielo y el infierno, el mundo no tiene sentido.

Gran parte de esta vida se trata únicamente del dinero. Mucho es desigual e injusto, y luego mueres. Y solo unos pocos avaros codiciosos disfrutan de toda la riqueza. Pero si te enfocas en la eternidad, la imagen cambia. Te dejaré leer la historia por ti mismo, pero presta atención a este detalle.

Cuando los dos hombres mueren, van a dos lugares diferentes. Sin embargo, ninguno es exactamente el cielo. Uno es Hades o infierno, y el otro es al lado de Abraham o el seno de Abraham. Es curioso, y los estudiosos tienen diferentes opiniones. Algunos creen que Dios creó un área separada en el infierno donde las personas de fe esperaban la resurrección de Jesús. Explican que antes de que Jesús muriera y resucitara, ningún humano podía ir al cielo todavía.

El infierno es el lugar donde todos van para obtener exactamente lo que merecen por su vida—justicia absoluta. Ni más ni menos. El cielo es la presencia de Dios, reservado solo para los justos. Sin embargo, la Biblia dice repetidamente: **"No hay un solo justo, el único es Jesús"**. En la cruz, Jesús cambió nuestro pecado por su justicia. Esta historia es anterior a todo eso. Así que "al lado de Abraham" parece ser un lugar donde las personas de fe esperaban. El resto te lo dejo a ti. Te animo a leer Lucas dieciséis. Si estás buscando más versículos bíblicos sobre predicadores que predicán riquezas mundanas, lee las advertencias en Primera de Timoteo seis cinco, Segunda de Corintios dos diez y siete; y Apocalipsis tres diez y siete. Y nos vemos aquí la próxima vez.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda, la fe viene por el oír y el oír a través de la Palabra.

Lucas 17

Hola de nuevo, y bienvenidos a Lucas capítulo diecisiete. Hoy en “A través de la Palabra”, veremos algunas enseñanzas esenciales de Jesús sobre uno de los temas principales de la Biblia: el Reino de Dios. Entonces, ¿qué es el Reino de Dios? Jesús habla de él a lo largo de los Evangelios. ¿Está en el cielo o en la tierra? ¿Es ahora o en el futuro? Pero antes de llegar a eso, tenemos algunas grandes lecciones sobre la fe, el perdón y el corazón de un siervo.

Jesús comienza con una fuerte advertencia para quienes hacen que otros tropiecen, especialmente a los más pequeños en la fe. En el versículo tres, dice:

"Si tu hermano peca, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. Aun si peca contra ti siete veces en un día, y siete veces regresa a decirte que se arrepiente, perdónalo".

Bueno, eso es bastante claro. Perdona y sigue perdonando. Es esencial para seguir a Cristo. Eso sí, no está diciendo que te dejes pisotear. De hecho, dice que reprendas a la persona, que le hagas saber que lo que te hizo está mal. Y si se arrepiente, es decir, cambia genuinamente, perdónalo. La palabra griega literalmente significa desechar o soltar, tomar ese rencor y arrojarlo al mar. ¿Y cuántas veces? Tantas veces como se arrepienta.

Ahora, el siguiente versículo parece no estar relacionado, pero mira de cerca. Versículo cinco:

"Entonces los apóstoles dijeron al Señor: —¡Aumenta nuestra fe!"

¿Eh? Los apóstoles quieren más fe. Y observa la respuesta de Jesús. Versículo seis:

"Si ustedes tuvieran una fe tan pequeña como una semilla de mostaza —respondió el Señor—, podrían decirle a este árbol sicómoro: ‘Arráncate de aquí y plántate en el mar’ y les obedecería".

Bueno ... Esa si que es una declaración curiosa. ¿Jesús realmente quiere que le digamos a los sicómoros que salten al mar? Él nunca lo hizo. Los discípulos nunca lo hicieron. ¿Y por qué tendrías que hacerlo tú? De hecho, Jesús nunca realizó milagros solo para presumir; siempre tenían un propósito. Entonces, ¿de qué se trata esto?

Bueno, mira el contexto: Acaba de enseñarles a perdonar. Se sabe que los sicómoros tienen sus raíces muy profundas, son muy difíciles de desenterrar. Y Hebreos doce nos advierte en cuanto a asegurarnos de que ninguna raíz de amargura brote y cause problemas. La amargura es precisamente lo que brota en tu interior cuando no perdonas. Y en la Biblia, el mar es el lugar donde Dios dice que arroja nuestros pecados cuando nos perdona, metafóricamente. Así que quizás Jesús está menos interesado en que arranquemos árboles de raíz y más en que arranquemos y ahogemos viejos rencores. Y eso requiere fe. Confía en Dios, incluso con una fe del tamaño de una semilla de mostaza, y dile a esas raíces amargas que salgan y se vayan. Confía en él y suelta el rencor.

A continuación, en el versículo siete, una dura lección sobre el corazón de un verdadero siervo. Todo cristiano está llamado a vivir sirviendo. En el reino al revés de Dios, los siervos ocupan el lugar más alto. Jesús mismo vivió para servir, y nosotros seguimos su ejemplo. En la economía de Dios, el único tipo de vida que tiene un significado real es aquella que es vivida en servicio del prójimo. Pero una cosa es actuar como un siervo y otra muy distinta es ser tratado como tal.

Entonces Jesús cuenta una parábola para ayudarnos a examinar nuestros propios corazones. En la historia, el siervo trabaja en los campos del amo todo el día. Cuando regresa a la casa, no ha terminado de servir; no hay cena hasta que cocina y sirve al amo primero. Oye, eso forma parte del trabajo—y todo eso sin siquiera un "gracias" del jefe. Versículo diez:

"Así también ustedes, cuando hayan hecho todo lo que se les ha mandado, deben decir: 'Somos siervos inútiles; no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber'".

Esa sí que es la actitud de un verdadero siervo. No esperes aplausos. No esperes gratitud. Trabaja duro. Sirve a Dios. Sirve a los demás. Sé hallado fiel.

Por favor no me malinterpretes. Dios aprecia nuestro servicio, y paga muy bien. En la eternidad dirá: "Bien hecho, buen siervo y fiel". Y también es correcto que agradezcas a otros cuando te sirven. Pero Jesús quiere protegernos del peligro muy real de servir centrados en nosotros mismos. No debo servir para sentirme bien, para verme bien o para que pienses que soy bueno. Sirvo para ayudar a otros porque Dios es bueno.

Para mantenernos en equilibrio, la siguiente historia nos recuerda cuán importante es que seamos agradecidos cuando Dios nos sirve a nosotros. Jesús está viajando a Jerusalén, y en el versículo doce leemos:

"Cuando estaba por entrar en un pueblo, salieron a su encuentro diez hombres que tenían enferma la piel. Como se habían quedado a cierta distancia, gritaron: —¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros! Al verlos, les dijo: —Vayan a presentarse a los sacerdotes. Resultó que, mientras iban de camino, quedaron limpios".

Nota que tienen que moverse antes de ser sanados. Dan pasos de fe antes de la sanidad, y los diez fueron sanados. Pero en el versículo quince vemos que solo uno regresa para agradecer a Jesús. Y luego en el versículo diecisiete leemos:

"—¿Acaso no quedaron limpios los diez? —preguntó Jesús—. ¿Dónde están los otros nueve? ¿No hubo ninguno que regresara a dar gloria a Dios, excepto este extranjero?"

"Levántate y vete —dijo al hombre—; tu fe te ha sanado".

Así que nueve hombres ni siquiera regresaron para decir gracias. Eso no está bien. ¿Pero cuántas veces hemos visto a personas atrapadas en un aprieto y suplicar a Dios por ayuda, solo para olvidarse de Dios cuando el rescate ha terminado? Oye, nosotros también lo hacemos. Pero en el caso de estos nueve leprosos, ¿algo realmente hubiese sido diferente? Ya

habían sido sanados. Ya no tenían lepra. Pero presta atención al versículo diecinueve: **"Tu fe te ha salvado"**. Esa palabra "salvado" es la misma palabra griega usada para "salvación" en la Biblia, como en salvación eterna. Diez hombres fueron sanados de la lepra, pero solo el que regresó a Jesús con gratitud pudo escucharle decir: **"Tu fe te ha salvado"**.

Y ahora llegamos al Reino en el versículo veinte. **"En una ocasión, al ser preguntado por los fariseos cuándo vendría el reino de Dios, Jesús respondió: 'La venida del reino de Dios no es algo que se pueda observar. No van a decir: "¡Mírenlo acá! ¡Mírenlo allá!'. Dense cuenta de que el reino de Dios está entre ustedes"**.

Así que la pregunta planteada a Jesús es sobre cuándo. La Biblia está llena de profecías sobre la venida del reino de Dios, así que, por supuesto, la gente quiere saber cuándo. Todo creyente está llamado a esperarlo con ansias. Entonces, ¿cuándo es?

El corazón del mensaje de Jesús siempre fue sobre el Reino de Dios. Entonces, ¿qué es? ¿Dónde está y cuándo es? Bueno, creo que en esencia, el Reino de Dios es donde y cuando Dios es Rey. Bastante simple, pero espera. ¿Es el reino de Dios algo político o personal? Cuando Dios venga a gobernar, ¿aparecerá en un castillo como un rey para gobernar las naciones, o aparecerá en mi corazón para gobernarme a mí? Bueno, la Biblia habla de ambos, pero el orden es clave.

Mira de nuevo el versículo veintiuno. Jesús les dice a los fariseos que dejen de buscar a su alrededor, tratando de encontrar el reino aquí y allá, y que comiencen a mirar en medio de ellos. Está aquí mismo. Escucha, todos podemos mirar alrededor y decir: "Dios, el mundo está tan arruinado. Señor, ven y arréglalo. Ven y reina sobre este mundo". Y eso es válido. Pero Dios está esperando que digamos: "Señor, yo estoy arruinado. Señor, ven y ayúdame, reina en mi corazón". Cuando Jesús reina como Rey en tu corazón, entonces el reino de Dios realmente ha aparecido en tu vida.

Y después de responder a los fariseos sobre el hoy, Jesús aparta a los discípulos para hablarles sobre el día futuro cuando el reino será un asunto

mundial. Jesús regresará, y explica que su retorno no será un evento circunscrito a un solo lugar. Versículo veinticuatro:

"Porque en su día el Hijo del hombre será como el relámpago que destella e ilumina el cielo de un extremo al otro. Pero antes él tiene que sufrir muchas cosas y ser rechazado por esta generación".

El orden es esencial. Jesús tenía que sufrir primero, y luego regresar. Jesús lo llama "el día del Hijo del Hombre", y la descripción que viene a continuación es impactante. Hay varias interpretaciones respecto a cómo sucederá todo esto—el rapto, la Segunda Venida, la tribulación.

Te animo a leer las palabras de Jesús, y antes de que intentes hacer que todo encaje en una línea de tiempo escatológica, busca el corazón de su mensaje. Encuentra el mensaje claro antes de desmenuzar los detalles. Jesús compara los días del Hijo del Hombre con el día en que Noé entró en el arca: la gente estaba ocupada en sus asuntos, y cuando vino el diluvio los destruyó a todos. Y como en los días de Lot. Versículo veintiocho:

"Lo mismo sucedió en tiempos de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, sembraban y edificaban. Pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y acabó con todos".

Entonces, ¿acaso Jesús está diciendo que el juicio llega sin advertencia? No, esta es la advertencia. Llega inesperadamente si ignoramos la advertencia.

Así también sucede con el reino de Dios—para aquellos que tienen la esperanza verlo y están listos, el regreso siempre es esperado. Pero para aquellos que pierden de vista el reino de Dios y comienzan a mirar atrás para ver las cosas de este mundo, Jesús da una advertencia impactante: **"¡Acuérdense de la esposa de Lot!"** Y el corazón del mensaje está en el versículo treinta y tres:

"El que procure conservar su vida la perderá; y el que la pierda la conservará".

Lee Lucas diecisiete hoy. Mira el reino aquí en medio de ti, y asegúrate de que el verdadero Rey reine en tu corazón, ahora y para siempre.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda, la fe viene por el oír y el oír a través de la Palabra.

Lucas 18

Hola, amigos. Bienvenidos de nuevo a Lucas, capítulo dieciocho. Al retomar nuestra historia, nos unimos a los discípulos reunidos mientras Jesús enseña. Versículo uno:

"Jesús contó a sus discípulos una parábola para mostrarles que debían orar siempre, sin desanimarse. Les dijo: «Había en cierto pueblo un juez que no tenía temor de Dios ni consideración de nadie. En el mismo pueblo había una viuda que insistía en pedirle: “Hágame usted justicia contra mi adversario”. Durante algún tiempo él se negó, pero por fin concluyó: “Aunque no temo a Dios ni tengo consideración de nadie, como esta viuda no deja de molestarme, voy a tener que hacerle justicia, no sea que con sus visitas me haga la vida imposible”»

Es una historia intrigante. Hay un juez injusto y una mujer persistente que no deja de insistir. Jesús no está diciendo que Dios sea como ese juez injusto. Está diciendo que Dios es mucho mejor. Si un hombre injusto te ayudaría si eres lo suficientemente persistente, ¿cuánto más lo hará Dios, que te ama?

Por supuesto, si le estás pidiendo a Dios cosas egoístas, malvadas, vanidosas o simplemente absurdas, será mejor que dejes de insistir. Pero si tus oraciones son correctas, entonces persevera. El versículo uno nos dice que no debemos desanimarnos. Y luego, en el versículo siete:

"¿Acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará mucho en responderles? Les digo que sí les hará justicia y sin demora".

Luego, en un giro interesante, Jesús hace una pregunta:

"No obstante, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?".

Vale la pena reflexionar sobre esta conexión. De alguna manera, la respuesta de Dios a nuestras peticiones de justicia está ligada a dos cosas: el regreso de Cristo y nuestra fe.

A continuación, en el versículo nueve, encontramos otra parábola sobre la oración. Observa a quién va dirigida:

"A algunos que, confiando en sí mismos, se creían justos y que despreciaban a los demás, Jesús les contó esta parábola"

Así que Jesús tiene un mensaje para los que se sienten seguros de su propia justicia y miran con desprecio a los demás. Ser justo significa estar en armonía con Dios, pero una persona autosuficiente no está tan preocupada por lo que Dios piensa. O tal vez simplemente asume que Dios aprueba porque cumple con sus propios estándares.

Debo ser honesto aquí. Ese fui yo durante bastante tiempo antes de que el evangelio me humillara. Yo realmente pensaba que era bueno, o al menos mejor que la mayoría. No era abiertamente arrogante, pero sinceramente creía que era bueno, y asumía que Dios debía aprobar mi comportamiento porque yo era una buena persona. Seguramente Dios me amó todo ese tiempo, pero no creo que estuviera complacido con mi autosuficiencia. ¿Por qué no? Por la misma razón que a nosotros no nos gusta la autosuficiencia: nos hace menospreciar a los demás, como si ser "bueno" nos hiciera mejores que los demás. A menudo, nos convierte en hipócritas.

Entonces Jesús cuenta una parábola en el versículo diez:

"Dos hombres subieron al Templo a orar; uno era fariseo, y el otro, recaudador de impuestos. El fariseo, puesto en pie y a solas, oraba: "Oh Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres —ladrones, malhechores, adúlteros— ni como ese recaudador de impuestos. Ayuno dos veces a la semana y doy la décima parte de todo lo que recibo". En cambio, el recaudador de impuestos, que se había quedado a cierta distancia, ni siquiera se atrevía a alzar la vista al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: "¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!". Les digo que este y no aquel

volvió a su casa justificado ante Dios. Pues todo el que a sí mismo se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido".

La primera lección sobre la oración fue la persistencia. La segunda es la humildad. El fariseo ora, pero todo lo que hace es hablar de sí mismo. La frase que dice que "oraba consigo mismo" sugiere que realmente no estaba hablando con Dios. Si solo quieres hablar de ti mismo, mejor habla con un espejo. Dios nunca se impresiona con nuestras jactancias, pero exalta a quienes se humillan.

Esto no significa menospreciarte a ti mismo. Significa ser honesto. Ser humilde no quiere decir que uno se devalúa, pero tampoco que finge o se enorgullece. La humildad es simplemente auténtica. Y cuando oras, la humildad te recuerda quién eres y con quién estás hablando. Y Dios responde; él exalta al humilde.

Hablando de humildad, en los versículos que se encuentran a continuación vemos que muchos traían a sus bebés y niños pequeños a Jesús. Los discípulos se molestaron, pero Jesús los corrigió, diciendo:

"Dejen que los niños vengan a mí; no se lo impidan, porque el reino de Dios es de quienes son como ellos".

Los niños son un ejemplo de humildad y sencillez.

El siguiente personaje en nuestra historia necesita un poquito de humildad. Es rico, joven e importante. Se acerca a Jesús y le pregunta:

"Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?".

Buena pregunta. En otras palabras, ¿cómo puedo ir al cielo? Pero la respuesta de Jesús no es la que uno esperaría. No le predica el evangelio ni le dice: "Cree en mí y tus pecados serán perdonados". En cambio, le responde:

"¿Por qué me llamas bueno? —respondió Jesús—. Nadie es bueno sino solo Dios. Ya sabes los mandamientos: "No cometas adulterio,

no mates, no robes, no presentes falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre””.

El hombre responde:

"Todo eso lo he cumplido desde que era joven".

El intercambio aquí es intrigante. El hombre le pregunta al "Maestro bueno" sobre cómo heredar la vida eterna, pero Jesús le señala que solo Dios es verdaderamente bueno. ¿Qué significa esto? El problema es que este hombre ya piensa que es bueno. Quiere entrar al cielo, pero quiere ganárselo. Y probablemente no piensa que tenga pecados que necesiten ser perdonados.

Jesús lo confronta allí donde está. Observa cuidadosamente. Jesús repasa algunos de los Diez Mandamientos, pero no todos, solo cinco. Los autosuficientes, a veces se engañan a sí mismos prestando atención solamente a los mandamientos que cumplen y por ende, piensan que son buenos. Observa que los mandamientos mencionados tienen algo en común: todos tienen que ver con cómo tratamos al prójimo. Lo que falta son los mandamientos sobre amar a Dios por sobre todas las cosas. ¡Ah! También omite el mandamiento sobre no codiciar. Recuerda, este hombre es rico.

El primer mandamiento omitido es: "No tendrás dioses ajenos delante de mí".

Este hombre es rico y parece ser una buena persona, trata bien a los demás. Pero, ¿qué hay de su relación con el dinero? Recuerda cuando Jesús dijo:

"Ningún sirviente puede servir a dos señores..."

Específicamente ...

"Ustedes no pueden servir a la vez a Dios y a las riquezas".

Aunque este hombre cumplía las reglas, le falta una cosa. Jesús le dice en el versículo veintidós:

"Todavía te falta una cosa: vende todo lo que tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme".

Piensa en la pregunta inicial: ¿Cómo heredo la vida eterna? Entonces, ¿cuál es la respuesta? ¿Es dar todo tu dinero? Eso no es el evangelio; eso sería intentar "ganarse" el cielo. La respuesta son las últimas palabras de Jesús:

"Sígueme."

Esa es la única respuesta. Pero para este hombre, eso era imposible. No puedes servir a Dios y al dinero. No puedes seguir tanto las riquezas como a Jesús.

El problema no era que este hombre poseía riquezas, sino que las riquezas lo poseían a él. Recuerda:

"El que procure conservar su vida la perderá".

A veces, cuanto más tienes en esta vida, más difícil es soltarlo.

En el versículo veinticuatro, Jesús lo mira y dice:

"¡Qué difícil es para los ricos entrar en el reino de Dios! En realidad, le resulta más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios".

Los que escucharon esto preguntaron:

"Entonces, ¿quién podrá salvarse?"

Jesús respondió:

"Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios".

Aprecio esta parte. Si entrar al reino requiere dejar todo tu dinero, ¿qué esperanza hay? Pero Jesús nos recuerda que la salvación es obra de Dios. No pierdas la esperanza. Versículo veintiocho:

"Mira —le dijo Pedro—, nosotros hemos dejado todo lo que teníamos para seguirte. —Les aseguro —respondió Jesús— que todo el que por causa del reino de Dios haya dejado casa, esposa, hermanos, padres o hijos recibirá mucho más en este tiempo; y en la edad venidera, la vida eterna".

No te preocupes, Pedro. Dios se ocupa de ti. Él conoce cada sacrificio y recompensará cada pérdida. Lee Lucas dieciocho y considera qué estás aferrando que podría impedirte seguir a Jesús. Suelta eso a lo que te estás aferrando en este mundo y tómate firmemente al reino de Dios.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda, la fe viene por el oír y el oír por la Palabra de Dios.

Lucas 19

Lucas capítulo diecinueve. Hoy en nuestro viaje “a través de la Palabra”, tenemos la historia de una de las fechas más grandiosas en la historia del mundo. Aunque es posible que este día haya pasado desapercibido por gran parte del mundo, todo indicaría que en el calendario de Dios, en esta fecha brillaba una gran estrella. Varias profecías importantes de todo el Antiguo Testamento apuntaban a este día: el día en que el Rey haría su entrada real en la capital de su reino.

Pero primero, vamos a ver una historia sobre el poder del perdón. Me encantan las historias de testimonios reales de vidas cambiadas, de vidas radicalmente transformadas por el amor de Jesús. He escuchado historias de ex-adictos, ex-ladrones, ex-mentirosos, ex-adúlteros, ex-religiosos autosuficientes, ex-extremistas, ex-pandilleros, ex-fanáticos de equipos de fútbol, ex-lo-que-sea; Jesús puede sanar todo. Todos testimonios de su poder. (Aunque claramente bromeo sobre los fanáticos de equipos de fútbol), en su mayoría, estas son las historias que amo. Estas son las historias que me dan esperanza para todo tipo de pecadores y me recuerdan que Dios ama a todos.

La historia en Lucas diecinueve es sobre un hombre al que la mayoría probablemente odia, especialmente las personas religiosas, y con razón. Es un recaudador de impuestos, un jefe de los recaudadores de impuestos. Se hizo rico empobreciendo a todos los demás. Piensa en eso. Su nombre es Zaqueo. Quizás recuerdes la historia. Es un hombre de baja estatura que se sube a un árbol por encima de la multitud y espera a que pase Jesús. Veamos lo que nos dice el versículo cinco:

"Llegando al lugar, Jesús miró hacia arriba y le dijo: —Zaqueo, baja enseguida. Tengo que quedarme hoy en tu casa'. Así que bajó de inmediato y lo recibió con alegría".

Es importante que sientas lo que pasa en esta escena. Los que viven ahí saben que Zaqueo es de lo peor—un traidor codicioso—y Jesús simplemente va a visitarlo a su casa. ¿Qué? ¿Huésped de un pecador? Es

difícil aceptar el amor de Jesús por los pecadores de verdad. Pero no te equivoques. Jesús no visita a Zaqueo para aprobar su avaricia. Tiene la intención de salvarlo y cambiarlo. Versículo ocho:

"Pero Zaqueo dijo resueltamente: —Mira, Señor, ahora mismo voy a dar a los pobres la mitad de mis bienes y si en algo he defraudado a alguien, le devolveré cuatro veces la cantidad que sea".

Bueno, ¿qué te parece? Zaqueo es un hombre nuevo. Puedes discutir sobre doctrina, puedes discutir sobre milagros, pero una de las evidencias más fuertes de que Jesús es el Salvador es el testimonio de vidas transformadas. Jesús declara su salvación. Y en el versículo diez, uno de los versículos clave en todo este libro, Jesús dice:

"Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido".

Jesús vino a buscar—a buscar diligentemente. Vino a salvar—a rescatar del peligro. Y esa salvación es para personas perdidas—apestosas, sucias, pecadoras, yendo en todas las direcciones equivocadas—personas perdidas. Zaqueo estaba perdido. A algunas personas no les gusta el término "perdido", pero en cuanto a mí, yo estaba totalmente perdido. No tenía ni idea de hacia dónde estaba yendo ni de cuál era mi destino.

Esto sé: estuve perdido, pero fui hallado.

A continuación, el versículo once nos trae otra parábola. Presta atención nuevamente a por qué Jesús la cuenta y a quién se la cuenta. Eso es clave. Según el versículo once, muchas personas en Jerusalén creían que el reino de Dios estaba a punto de aparecer. En otras palabras, pensaban que Jesús estaba a punto de ser proclamado rey. ¿Y acaso eso no resolvería todos sus problemas? ¿Expulsar a César, destituir al rey Herodes, arreglar todos los problemas políticos y traer paz a la tierra? Después de todo, muchas profecías del Antiguo Testamento prometen tal reino. Pero aquí, ese todavía no es el plan. Eso es para la segunda venida de Jesús. Aún en el futuro, todavía hay que esperar.

Hay una buena lección para nosotros aquí. A veces solo queremos que Jesús arregle todos nuestros problemas externos. Ya sabes, que arregle mi mundo. Que traiga paz a nuestro alrededor. Pero aún no funciona de esa manera. Entonces, para ayudarnos a entender cómo funciona esto, nos cuenta una parábola en el versículo doce:

"Un hombre de la nobleza se fue a un país lejano para ser coronado rey y luego regresar".

Así que el noble va a ser nombrado rey. Pero nota que va lejos para convertirse en rey y luego regresa. ¿Por qué tan lejos? ¿Por qué no convertirse en rey en casa? Y antes de irse, en el versículo trece:

"Llamó a diez de sus siervos y entregó a cada cual una buena cantidad de dinero. Les instruyó: "Hagan negocio con este dinero hasta que yo vuelva"".

La cantidad de dinero entregada es de aproximadamente el salario de tres meses. Pero, ¿por qué irse? ¿Y por qué el gran adelanto de pago? Piensa en ello. ¿Cómo sabrá el rey cuál de sus siervos es verdaderamente leal? Todos son fieles cuando el rey está observando. Pero cuando el jefe no está, realmente lo que realmente cuenta es cómo te comportas cuando el jefe no está. El hombre se va y muchos declaran que no quieren que sea rey. Mira a tu alrededor. Jesús se fue, y muchas personas proclaman con orgullo que no quieren que él sea rey. Pero, ¿qué hay de ti? ¿Qué te dio? ¿Y qué estás haciendo con lo que te fue encomendado mientras él está ausente? No porque esté aquí y te esté observando, sino simplemente porque él es rey.

De regreso a la parábola, versículo quince:

"A pesar de todo, fue nombrado rey. Cuando regresó a su país, mandó llamar a los siervos a quienes había entregado el dinero, para enterarse de lo que habían ganado".

Bueno, algunos fueron fieles en su trabajo e inversión y produjeron mucho más. Y el maestro los recompensa. En lugar de dinero, los pone sobre

ciudades. ¿Por qué? Porque puede confiar en ellos. Sabe que puede confiar en ellos porque fueron fieles con las pequeñas cosas mientras él estaba ausente. Otros siervos no hicieron nada, y lo que tenían les fue quitado.

Ahora recuerda, Jesús cuenta esta parábola a personas que quieren que él establezca su reino aquí y ahora. Arregla mi mundo ahora. La lección para nosotros: no esperes hasta que él arregle el mundo antes de ayudar a tu mundo. Sé fiel ahora, y él te recompensará cuando regrese.

Luego, en el versículo veintiocho, finalmente sucede.

La entrada triunfal. Lo llamamos Domingo de Ramos. Este día es tan importante que Dios dio profecías sobre esto en Daniel 9:24, Zacarías 9:9 y en el Salmo 118. En otras palabras, es un día que Dios no quiere que Su pueblo se pierda: el día de la gran entrada del Rey en gran triunfo, entrando en su ciudad, Jerusalén. Y sin embargo, su entrada comienza con una pequeña tarea para dos discípulos:

“Vayan al pueblo vecino donde van a encontrar un pollino, el hijo de una asna”. Sin gran caballo, sin procesión de carrozas—un asno. No es mucho para ver, bastante humilde. Interesante. En algunas culturas, un rey entrando en un asno es una proclamación de paz.

Jesús se sube, y en el versículo treinta y seis:

"A medida que avanzaba, la gente tendía sus mantos sobre el camino. Al acercarse él a la bajada del monte de los Olivos, todos los discípulos se entusiasmaron y comenzaron a alabar a Dios por tantos milagros que habían visto. Gritaban: —¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor! —¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!".

Imagínate la escena. El Monte de los Olivos es una ladera algo empinada y directamente al otro lado del valle de Cedrón, a plena vista, está Jerusalén. Aquí en el monte, la gran celebración—gritos de alegría y exclamaciones de alabanza. ¿Puedes oír sus palabras resonando desde las colinas? ¡Bendito el Rey! Paz en el cielo.

Algunos fariseos están preocupados. Proclamar a un rey es una invitación a problemas con Roma. Reprende a tus discípulos. Versículo cuarenta:

"Les aseguro que, si ellos se callan, gritarán las piedras".

Simplemente no hay manera de silenciar esta proclamación; las rocas lo cantarían. Jesús es Rey, y trae paz.

Pero mira cuidadosamente el versículo cuarenta y uno:

"Cuando se acercaba a Jerusalén, Jesús vio la ciudad y lloró por ella".

¿Puedes ver las lágrimas corriendo por el rostro de Jesús?

"¡Cómo quisiera que hoy supieras lo que te puede traer paz! Pero eso ahora está oculto a tus ojos".

Guau. Jesús llora. ¿Por qué? Porque la gente de su ciudad no lo ve. No saben lo que les traerá paz. Recuerda nuevamente la parábola de Jesús y las personas que pensaban que el reino de Dios iba a aparecer de inmediato. Quieren que la paz sea impuesta por Dios externamente. "Arregla mi mundo". Irónicamente, eso es algo parecido a lo que los romanos prometían—Pax Romana. Jesús vino humildemente montado en el pollino de un asno. Pero ellos se lo perdieron. Y al hacerlo, Jesús profetiza sobre otro día que vendría:

"Te sobrevendrán días en que tus enemigos levantarán un muro, te rodearán y te encerrarán por todos lados".

La historia nos dice que ese día llegó, unos cuarenta años después. Fueron los romanos, y al hacerlo, impusieron su versión de la paz al filo de la espada. Y tal como Jesús profetizó:

"No dejarán piedra sobre piedra".

Lee Lucas diecinueve hoy. Únete a los gritos de la multitud. Proclama al Rey, pero ten ánimo. El Rey regresará. ¿Seremos hallados fieles cuando Él llegue?

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda, la fe viene por el oír y el oír a través de la Palabra.

Lucas 20

Bienvenidos de nuevo al Evangelio de Lucas, capítulo veinte. Hoy Jesús es interrogado con tres preguntas difíciles por varias personas que no creen y que realmente no parecen querer respuestas, lo que nos hace preguntarnos: ¿está bien hacerle preguntas a Dios? Y si cuestionas a Dios, ¿te responderá?

Aquí en Lucas, muchas personas le hacen preguntas a Jesús, pero su respuesta a menudo depende de si la pregunta es realmente una pregunta o algo más disfrazado de pregunta. Algunas preguntas son en realidad solo excusas o incluso acusaciones en forma de pregunta. ¿Cómo responderá Jesús? Estamos a punto de descubrirlo.

El contexto es esencial. Hemos entrado en la última semana de Jesús en la tierra, la Semana de la Pasión. Es principios de primavera en Jerusalén, y judíos de todas partes se han reunido en y alrededor de la gran ciudad para celebrar la Pascua. Es una celebración de una semana, y comenzamos el domingo con la gran entrada de Jesús.

A lo largo de esta semana, la historia y el significado de la Pascua estarían presentes en la mente de cada judío. En este punto, ha pasado más de un milenio desde que Moisés sacó a los israelitas de la amarga esclavitud. Las historias están en el aire mientras las familias viajan, y los padres las cuentan una vez más: la esclavitud en Egipto, el llamado de Moisés, las diez plagas y la noche final cuando Dios envió un ángel de la muerte para tomar a cada hijo primogénito y pasó por alto la casa de cada hogar donde vio sangre en los postes de las puertas: la sangre del cordero. Lo llamaban: “el Cordero de Dios”.

Aquí en Lucas veinte, probablemente es martes, y alrededor del templo, los sacerdotes y levitas están ocupados inspeccionando los corderos que cada familia ha traído para el sacrificio de Pascua. El cordero tiene que ser sin mancha—Dios insistió en cuanto a esto—así que los sacerdotes examinan minuciosamente en busca de cualquier defecto. Y justo aquí, en esos mismos atrios del templo, Jesús, a quien Juan llamó el Cordero de

Dios, está a punto de ser desafiado y cuestionado sobre autoridad, integridad y doctrina. ¿Pasará la inspección? ¿Es un cordero sin mancha? Versículo uno:

“Un día, mientras Jesús enseñaba al pueblo en el Templo y les predicaba las buenas noticias, se acercaron los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley, junto con los líderes religiosos. —Dinos con qué autoridad haces esto —lo interrogaron—. ¿Quién te dio esa autoridad?”

La autoridad es poder que proviene de la fuente legítima. Cualquiera puede afirmar que esto o aquello es verdad o decirte qué hacer. Pero, ¿quién dice que debes escucharlos? ¿Y en base a qué? Eso es lo que los sacerdotes le están diciendo a Jesús: ¿quién dice que debemos escucharte? Es una pregunta válida si es genuina. Pero observa la respuesta de Jesús. Versículo tres:

“Yo también voy a hacerles una pregunta a ustedes —respondió él—. Díganme: El bautismo de Juan, ¿procedía del cielo o de los hombres?”

Entonces, ¿por qué Jesús no responde a su pregunta y dice que es el Hijo de Dios? Presta atención aquí. Él responde llevándolos de regreso al bautismo de Juan. ¿Recuerdas a Juan? Al comienzo del ministerio de Jesús, Juan proclamó y explicó la autoridad de Jesús, incluso lo llamó el Cordero de Dios. Para los sacerdotes, la respuesta a su pregunta ha sido evidente desde entonces, y ahora se encuentran en aprietos. Si responden que el mensaje de Juan vino del cielo, entonces la autoridad de Jesús es de arriba—pregunta contestada. Pero si dicen que Juan se lo inventó, tendrán problemas con la gente. La gente sabe que Juan era un profeta. Los sacerdotes están atrapados en el temor al hombre.

Así que respondieron: **"No sabemos de dónde era."**

“Entonces Jesús dijo: —Pues yo tampoco les voy a decir con qué autoridad hago esto”

La lección para nosotros: no esperes que Dios responda preguntas cuando rechazas las respuestas que ya se han dado. Y a veces cuando no queremos escuchar una respuesta directa, Jesús ofrece una parábola para ayudarnos a ver nuestra pregunta y a nosotros mismos desde una nueva perspectiva.

"Un hombre plantó un viñedo, se lo arrendó a unos labradores y se fue de viaje por largo tiempo. Llegada la cosecha, mandó un siervo a los labradores para que le dieran parte de la cosecha. Pero los labradores lo golpearon y lo despidieron con las manos vacías".

Una vez más, la parábola de Jesús trata sobre cómo la gente se comporta cuando el dueño está ausente. Esta vez son arrendatarios que alquilan un viñedo. El campo y el fruto pertenecen legítimamente al dueño, pero los labradores no lo aceptarán. Rechazan la autoridad del mensajero. Envía a otro—lo golpean. Un tercero—lo hieren. Así que el dueño envía a su propio hijo. El hijo tiene plena autoridad, y en la historia de Jesús, los labradores ven al hijo del hombre y se reúnen para echarlo fuera de ahí. Probablemente se veían muy parecidos a los sacerdotes cuando se reunieron para responder a la pregunta de Jesús.

En la historia, los labradores deciden matar al hijo, y así lo hacen. Para los que escuchan, es una historia impactante. Para los sacerdotes, es un espejo. Dios envió a Su Hijo. Versículo diecisiete,

“Jesús los miró directamente y les preguntó: "Entonces, ¿qué significa esto que está escrito: »“La piedra que desecharon los constructores ha llegado a ser la piedra angular”?”.

La cita es del Salmo ciento diez y ocho—el mismo salmo que describió el Domingo de Ramos mil años antes de que sucediera. Esta parte representa a los constructores del templo en la cantera, seleccionando qué enormes piedras usar para los magníficos muros del templo. Todo el templo sería construido a partir de la piedra angular, y David describe una piedra que los constructores rechazaron—desecharon. Pero ahora es la piedra principal, y aquí es donde están ellos.

El versículo diecinueve dice que aunque sabían que la parábola era sobre ellos, aún así no escucharon.

Pasa el tiempo, y en el versículo veinte envían espías que pretenden ser sinceros, y le hacen a Jesús otra pregunta en el versículo veintidós: **"¿Nos está permitido pagar impuestos al César o no?"**

Pregunta bastante razonable. Para los judíos, pagar impuestos al César era básicamente comprar espadas para el enemigo—lo odiaban. Pero la pregunta es una trampa. Es como preguntar: "¿Vas a dejar de esconder espaguetis en tus zapatos?" Puedes responder sí o no, pero de cualquier manera quedas mal. Si Jesús dice que paguen impuestos, dirán que apoya a un gobierno malvado. Si dice que no paguen, irán y se lo dirán a los romanos y lo arrestarán. Versículo veintitrés:

Jesús, percibiendo su astucia, les dijo: "Muéstrenme una moneda romana. ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? —Del César —contestaron. —Entonces —dijo Jesús—, denle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

Ahora detente y piensa en eso. El César puso su imagen en la moneda para reclamarla, así que devuélvansela si la quiere. Los impuestos son una dura realidad de la vida, pero forman parte de la vida. Entonces, ¿qué hay de "denle a Dios lo que es de Dios"? ¿Dónde puso Dios Su imagen? ¿A qué nos está llamando Jesús a darle a Dios?

Los espías se quedan sin palabras. Para nosotros, quizás algunas buenas ideas sobre cómo pagamos nuestros propios impuestos y, más importante, sobre la naturaleza de lo que Dios espera que le demos.

Y la tercera pregunta para Jesús viene de los saduceos. Mientras que los fariseos eran conservadores, los saduceos eran bastante liberales en su teología y su práctica. Y como dice el viejo refrán, están muy tristes, porque no creen en la vida después de la muerte. Cuestionan a Jesús sobre qué le sucederá a una mujer que se casó siete veces en el cielo, en la resurrección, ¿de quién será esposa?

Es importante que notemos que están preguntando sobre una resurrección en la que no creen. No es una pregunta—es un desafío. Simplemente no puede haber vida después de la muerte porque plantea demasiados problemas—como si Dios no pudiera manejar problemas. Pero te prometo, tus problemas no son demasiado complicados para Dios, ya sea en esta vida o en la siguiente.

Jesús responde explicando que aquellos que son dignos de la era venidera no se casarán ni serán dados en matrimonio. Una buena lección para nosotros. Las preguntas sobre la eternidad no pueden entenderse forzando las limitaciones de este mundo. Es este mundo temporal el que debe verse a través del lente de la eternidad y no al revés. Y Jesús les recuerda a los saduceos que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, pues para él todos viven.

Así que eso es todo. Tres preguntas, tres respuestas. Gol en tres jugadas. Jesús sale sin mancha como un cordero de Pascua. Los que preguntan quedan desconcertados.

Entonces, en el versículo cuarenta y uno, Jesús hace la pregunta:

"¿Cómo es que dicen que el Cristo es descendiente de David?"

Debes saber que todos los judíos presentes conocen las muchas profecías de que el Mesías descendería de David. Pero luego Jesús cita a David en el Salmo ciento diez, donde David claramente llama al Mesías **"mi Señor"**. Y así surge el enigma: ¿cómo puede el Mesías ser tanto descendiente de David como Señor de David?

Quizás hay más en este Mesías de lo que buscan. Quizás hay más en Jesús de lo que tú y yo nos damos cuenta.

Y Jesús cierra el capítulo de las preguntas con una advertencia para los discípulos sobre la hipocresía de esos maestros de la ley que hicieron las preguntas. Les gusta quedar bien. Les gusta ser honrados, pero no son dignos de confianza.

Lee Lucas veinte. Lleva tus preguntas al Señor. Si realmente son preguntas. En Isaías el Señor nos invita:

"Vengan, pongamos las cosas en claro», dice el Señor. «Aunque sus pecados sean como escarlata, quedarán blancos como la nieve".

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda, la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios.

Lucas 21

Hola amigos, y bienvenidos de nuevo a Lucas. El capítulo veintiuno nos lleva a uno de los pasajes cruciales en la profecía bíblica: es el fin del mundo tal como lo conocemos. La Biblia está repleta de profecías sobre los últimos tiempos, pero ¿alguna vez te has preguntado qué dice Jesús al respecto? Bueno, no te lo preguntes más. Conocido como el Discurso del Monte de los Olivos, Lucas veintiuno nos ofrece un capítulo completo lleno de detalles proféticos.

Ahora bien, como con la mayoría de las profecías bíblicas, hay varias interpretaciones diferentes sobre qué significa exactamente este capítulo y cómo se desarrollará todo. Los estudiosos y las denominaciones no se ponen de acuerdo sobre interpretaciones literales o figurativas, cumplimiento pasado o futuro, líneas de tiempo y todo tipo de detalles aquí. Y eso está bien. Los desacuerdos son saludables si los manejamos bien. La evidencia de la obra de Dios en nuestras vidas está en cómo nos amamos unos a otros, no en cuán correcta es nuestra escatología o cuánto estamos de acuerdo con ella.

La escatología, por cierto, es la ciencia de las últimas cosas o la teología de los últimos tiempos. Y es bueno que mi salvación no dependa de ello, porque no soy un experto. Es cierto que yo podría sonar muy seguro al hablar del tema, pero cualquiera puede parecer que tiene todas las respuestas cuando nadie lo desafía. La verdad es que soy un explorador como tú, y cuando leo un comentario, todo suena seguro y claro. Luego leo otro y me cuestiono, pero eso también está bien.

Primera de Corintios nos recuerda que ahora vemos las cosas como un reflejo tenue en un espejo oscuro, pero que un día veremos claramente, cara a cara. En ese mismo pasaje, nos recuerda que mientras las profecías cesarán y el conocimiento pasará, el amor persevera para siempre. Pero eso no es una razón para pasar por alto todo esto. Jesús les dijo a los discípulos que tenían que estar alerta y aquí les dice en qué tenían que fijarse.

La profecía comienza con un comentario que hicieron los discípulos al pasar por el templo con Jesús. Versículo cinco:

“Algunos de sus discípulos comentaban acerca del Templo, de cómo estaba adornado con hermosas piedras y con ofrendas dedicadas a Dios”.

Es importante que sepas que una clave para entender la profecía es el contexto, y el escenario y las preguntas aquí son justamente eso. Los discípulos están un poco impresionados por el templo y sus hermosas piedras, y tú también lo estarías. Observa cómo comienza el versículo seis:

“Pero Jesús dijo: —En cuanto a todo esto que ven ustedes, llegará el día en que no quedará piedra sobre piedra, pues todo será derribado”.

No te fijes demasiado en lo que ves; esa es una clave para la fe. Enfócate en la Palabra de Dios y cree que el plan de Dios para lo que vendrá es una realidad mayor y más permanente que lo que tienes delante de ti ahora. Estas piedras serán derribadas.

Luego, en el versículo siete, los discípulos hacen dos preguntas, y estas son clave para todo el capítulo. Presta atención.

“—Maestro —preguntaron—, ¿cuándo sucederá eso y cuál será la señal de que está a punto de suceder?”

Jesús responde con un capítulo entero de señales. La profecía aquí se divide en varias partes, y muchos creen que cada una representa un período de tiempo diferente. Puede ayudarte marcar los puntos de transición en el versículo ocho, versículo doce, versículo veinte y versículo veinticinco.

La primera profecía está en el versículo seis, la destrucción del templo, que se cumplió literalmente menos de cuatro décadas después, en el año setenta después de Cristo, cuando los romanos sitiaron Jerusalén. Los

soldados romanos, ávidos de oro, incendiaron el templo para derretir el oro entre las piedras, y cada una de ellas fue derribada. Ese evento pivotal marcó el final del tiempo de Israel en su tierra natal. Después del año setenta después de Cristo, los judíos fueron esparcidos por todo el mundo durante casi mil novecientos años.

Es posible que predecir un evento en el año setenta después de Cristo no te impresione, pero para los discípulos, ese cumplimiento iba a sacudir su mundo. Se cumplió literalmente durante sus vidas. Y en el debate sobre si la profecía de los últimos tiempos es literal o figurativa, los literalistas tienen un fuerte apoyo aquí: esto sucedió. Ahora bien, también conceden que en algunas partes el lenguaje es claramente figurativo. Los dragones y bestias en Apocalipsis son claramente simbólicos, pero dicen que son simbólicos de personas reales y eventos reales.

También debo señalar que algunos estudiosos creen que la mayor parte de este capítulo se cumplió en ese momento en el año setenta después de Cristo, y gran parte de Apocalipsis también.

Pasando al versículo ocho, observa cómo Jesús comienza su discurso. Él respondió:

“—Tengan cuidado; no se dejen engañar —les advirtió Jesús—. Vendrán muchos que, usando mi nombre, dirán: “Yo soy”, y: “El tiempo está cerca”. No los sigan ustedes”.

Antes de que Jesús llegue a cualquier señal específica, les advierte: no se dejen engañar. La profecía puede ser confusa, y muchos aprovechan un versículo y mezclan verdad con mentiras. No se dejen engañar. No sigan a nadie que afirme ser el Mesías, y no confíen en nadie que diga tener información privilegiada sobre el plan de Dios. No los sigan. Sigam a Jesús. Aférrate a la Biblia y a las buenas enseñanzas extraídas directamente de ella.

Jesús habla de falsos mesías, guerras, revoluciones, terremotos, hambrunas, pero lee con cuidado. Esas son señales, pero en el versículo nueve Jesús dice:

“Es necesario que eso suceda primero, pero el fin no vendrá enseguida”.

Esas cosas no indican que ya es el fin. No cedas al alarmismo de los últimos tiempos. Jesús dice que esas cosas no son el fin, y dice:

“No se asusten”.

Luego, en el versículo doce, retrocede:

“Pero antes de todo esto, echarán mano de ustedes y los perseguirán”.

Así que Jesús dice "antes de todo esto" porque los discípulos tendrán algunas cosas que enfrentar en el aquí y ahora, antes de que llegue el fin, como la persecución, y de hecho, los cristianos y los judíos—los discípulos eran ambos—han sido severamente perseguidos en varias partes del mundo durante dos mil años. Lamentablemente, a veces también han sido los perseguidores. Sin embargo, aquí Jesús advierte a los discípulos:

“Los entregarán a las sinagogas y a las cárceles y, por causa de mi nombre, los llevarán ante reyes y gobernadores. Así tendrán ustedes la oportunidad de dar testimonio ante ellos.”

Y en el versículo diecisiete:

“Todo el mundo los odiará por causa de mi nombre pero no se perderá ni un solo cabello de su cabeza. Si se mantienen firmes, se salvarán”.

Pregunta: ¿cómo funciona eso de "no se perderá ni un solo cabello"? Los cristianos han sido golpeados y asesinados en todo el mundo. Sin embargo, la palabra "perder" se refiere a la segunda muerte: el juicio. No importa lo que te hagan en este mundo, ni la parte más pequeña de ti perecerá. Mantente firme y ganarás la vida.

Luego, otra transición. Los discípulos pidieron señales de cuándo. Versículo veinte:

“Ahora bien, cuando vean a Jerusalén rodeada de ejércitos, sepan que su destrucción ya está cerca”.

Algunos creen que esa advertencia aún es futura. Otros creen que Jesús está advirtiendo nuevamente sobre el año setenta después de Cristo, y de hecho, la historia nos dice que muchos cristianos escucharon las advertencias y salieron rápidamente. Sin embargo, fue terrible para Israel, y tal como predice el versículo veinticuatro:

“Caerán a filo de espada y los llevarán cautivos a todas las naciones”.

Y así, los judíos han estado por todo el mundo durante casi veinte siglos.

Y mira al final del versículo veinticuatro:

“Los que no son judíos pisotearán a Jerusalén, hasta que se cumplan los tiempos señalados para ellos”.

Así que Jesús profetizó una Jerusalén bajo control gentil. Gentil significa no judío. Y efectivamente, Jerusalén estuvo bajo control romano, bizantino, musulmán, cristiano, nuevamente musulmán, otomano y finalmente británico durante diecinueve siglos. Luego, en mil novecientos cuarenta y ocho, milagro de milagros, los judíos reformaron Israel, y en mil novecientos sesenta y siete Jerusalén fue suya. Pero espera, el Monte del Templo aún está bajo control musulmán. Por lo tanto, muchos estudiosos creen que lo que Jesús llama "los tiempos de los gentiles" se refiere a este tiempo—los últimos dos mil años, mientras Dios ha estado obrando para llevar el evangelio a todo el mundo. También se le llama la Era de la Iglesia. Algunos creen que terminará con el rapto, luego la tribulación, que será nuevamente un tiempo para que Dios se enfoque en salvar a los judíos.

El versículo veinticuatro termina con **"hasta que se cumplan los tiempos señalados para ellos"**. El versículo veinticinco avanza:

“Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas. En la tierra, las naciones estarán angustiadas y perplejas por el bramido y la agitación del mar. Se desmayarán de terror los hombres, temerosos por lo que va a sucederle al mundo, porque los cuerpos celestes serán sacudidos”.

Estas señales serán imposibles de pasar por alto.

La mayoría de los estudiosos ven esto como el tiempo de la tribulación, y en el versículo veintisiete tenemos “la” señal:

“Verán entonces al Hijo del hombre venir en una nube con poder y gran gloria”.

Esa es la Segunda Venida—el regreso de Jesús. Jesús dice que todos lo verán, y es la pieza final de toda esta profecía—todo nos lleva a ese momento. Y en el versículo veintiocho, nos dice qué tenemos que hacer al respecto:

“Cuando comiencen a suceder estas cosas, cobren ánimo y levanten la cabeza, porque se acerca su redención”.

Discute los detalles más tarde—lo esencial es el regreso de Cristo, y la aplicación es levantarse y alzar la cabeza. Tu redención está cerca.

Y esa es toda la profecía. Pero Jesús añade una parábola sobre las higueras, sencilla y simple.

“Cuando brotan las hojas, ustedes pueden verlo con sus propios ojos y saber que el verano está cerca”.

Curiosamente, tengo una higuera en mi patio trasero ahora mismo. Hace un mes, parecía muerta. Mientras grabo esto, los primeros brotes están apareciendo. El verano está cerca. Dios diseñó las estaciones con señales, y eso me encanta porque mira lo que dice el versículo treinta y uno:

“Igualmente, cuando vean que suceden estas cosas, sepan que el reino de Dios está cerca”.

Debemos buscar el reino de Dios como niños esperando el verano—porque vendrá. Él comenzó con una advertencia contra el engaño; termina con una advertencia contra perder de vista lo importante. Olvidar su regreso. Por eso, Jesús advierte:

“Tengan cuidado, no sea que se les endurezca el corazón por el vicio, la embriaguez y las preocupaciones de esta vida. De otra manera, aquel día caerá de improviso sobre ustedes”.

Jesús dice:

“Manténganse despiertos y oren”.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda, la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios.

Lucas 22

Bienvenidos de nuevo a Lucas capítulo veintidós. Todo culmina aquí. Hemos seguido a Jesús a través de treinta y tres años de vida en la tierra, y ahora llegamos a su último día. Nuestra historia comienza justo fuera de Jerusalén, con la fiesta de la Pascua acercándose rápidamente y los principales sacerdotes buscando una forma de deshacerse de Jesús. Frase interesante—estoy seguro de que muchos desde entonces han tenido sentimientos similares: "Si tan solo pudiéramos deshacernos de este molesto Jesús".

La oportunidad llama en el versículo tres cuando Satanás entra en Judas, y él se ofrece a traicionar a Jesús. El escenario está listo para un enfrentamiento final. Y sin embargo, en lugar de huir o luchar, Jesús elige ralentizar y pasar su última noche en la tierra con sus amigos más cercanos. Envía a Pedro y a Juan a hacer los preparativos para la Pascua.

Al leer Lucas veintidós, haz lo mismo. Ralentiza, métete en la historia y mira a tu alrededor. Asimila todo. Hay mucho para ver aquí. Y al observar, hay tres historias que encontrarás a continuación—tres hombres que nos dan tres perspectivas críticas en esta noche oscura: Pedro, Jesús y Judas.

Subimos las escaleras a un aposento alto, nos quitamos las sandalias y nos reclinamos en el suelo en una mesa baja con los discípulos. La Pascua es un ambiente familiar—la fiesta, el vino, la tradición, las historias. El cordero sin mancha sacrificado, el pueblo salvado. Y al comenzar, Jesús habla.

Versículo quince:

“Entonces les dijo: —He tenido muchísimos deseos de comer esta Pascua con ustedes antes de padecer, pues les digo que no volveré a comerla hasta que tenga su pleno cumplimiento en el reino de Dios”.

¿Qué quiere decir? ¿La Pascua encuentra cumplimiento? Resulta que toda esta historia está cumpliendo una historia de mil años de antigüedad,

un plan de Dios desde los cimientos del mundo.

Jesús es el cordero. Presta atención a la frase "en el Reino de Dios"—porque todos los planes y profecías de Dios nos llevan de regreso al reino. Jesús se referirá al reino cuatro veces.

Y en el versículo diecinueve leemos:

“También tomó pan y, después de dar gracias, lo partió, se lo dio a ellos y dijo: —Esto es mi cuerpo, entregado por ustedes; hagan esto en memoria de mí”.

De la misma manera, después de la cena tomó la copa, diciendo:

“Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por ustedes”.

La comunión—la única práctica que debemos realizar regularmente que Jesús instituyó personalmente. **"Hagan esto en memoria de mí."** ¿Qué significa realmente recordar a alguien? Recuerdo la poderosa escena de "Rescatando al Soldado Ryan". Se sacrificaron muchas vidas para salvar la suya, y las últimas palabras que escuchó de su comandante fueron: "Gánatelo". Y nunca lo olvidó. Su vida fue comprada a un precio, y la mía también.

Entonces, inmediatamente, Jesús les dice a sus discípulos que uno de ellos lo traicionará. Primero, se preguntan quién es. Luego, irónicamente, discuten sobre cuál de ellos es el más grande. Jesús resuelve la discusión: **"Están discutiendo sobre el tipo de grandeza equivocado"**. En su reino, el más grande sirve, así como Jesús nos sirve.

Y luego, en el versículo veintiocho, algo impactante:

“Ahora bien, ustedes son los que han estado siempre a mi lado en mis pruebas. Por eso, yo mismo les concedo un reino, así como mi Padre me lo concedió a mí”.

¡Qué fuerte lo que dijo! Los elogia por su fidelidad—se mantuvieron a su lado. Las cosas se pusieron difíciles, y ellos se quedaron. ¿Tienes amigos

así?

Debido a su lealtad, Jesús promete una recompensa como ninguna otra.

"Yo mismo les concedo un reino."

Mientras sigues a Jesús, mientras perseveras en cada prueba, es importante que sepas que él ve todo lo que haces. Él lo sabe todo. Y en su reino, él lo recordará.

En el versículo treinta:

"Para que coman y beban a mi mesa en mi reino y se sienten en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel".

Y justo entonces, Jesús se vuelve hacia Pedro con una advertencia:

"Satanás ha pedido zarandearlos a ustedes como si fueran trigo. Pero yo he orado por ti, para que no falle tu fe".

Ponte en los zapatos de Pedro. Pedro era el tipo de persona con un corazón lleno de chispas y combustible para encendedores. Cuando Jesús habla de devoción y lealtad, ese es el lenguaje del corazón de Pedro. Él había dejado todo por Jesús. Me imagino a Pedro pensando: "¿Qué me estás diciendo? ¿Satanás quiere zarandearnos? ¡No te preocupes por mí, Maestro!"

Versículo treinta y tres:

"—Señor —respondió Pedro—, estoy dispuesto a ir contigo tanto a la cárcel como a la muerte".

La comunión se está rompiendo, pero Pedro está convencido de que es como Sam en "El Señor de los Anillos", fiel hasta el final. A todos nos gusta imaginarnos que somos esa persona fiel, pero hablar es demasiado fácil.

Versículo treinta y cuatro:

“Pero él dijo: —Pedro, te digo que hoy mismo, antes de que cante el gallo, tres veces negarás que me conoces”.

Jesús prepara a Pedro para su fracaso y su restauración, y prepara a todos los discípulos para los desafíos que estaban por venir.

Para la próxima misión hay que llevar suministros. ¿Espadas? Dos.

Y es aquí donde Jesús les recuerda un pasaje en Isaías cincuenta y tres sobre el Mesías: **"Fue contado entre los transgresores"**.

Es un recordatorio útil—el mundo estaba a punto de terminar al revés. Es bueno saber que Dios vio que todo esto estaba por venir.

La hora es tarde. Jesús se dirige al Monte de los Olivos; los discípulos lo siguen. Se detiene y les pide que oren. Y aquí, en este momento crítico, encontramos a Jesús en uno de los momentos más humanos de su vida.

Se alejó un poco de ellos, se arrodilló y oró:

“Padre, si quieres, no me hagas beber este trago amargo; pero no se cumpla mi voluntad, sino la tuya”.

Esa oración me impacta. Jesús, Dios en la carne, en agonía por la oscuridad que se avecina, pronuncia una humilde oración de sumisión: **"Que no se cumpla mi voluntad, sino la tuya."**

Esas son palabras difíciles para cualquiera—pero ¿para Jesús? Siempre me impresiona la humildad y humanidad de mi Salvador. Jesús ora más intensamente ahora en gran angustia, y su sudor cae al suelo como gotas de sangre.

Los discípulos, por otro lado, están luchando con su propia humanidad—están dormidos. A pesar de todas sus promesas de devoción inquebrantable, siguen siendo carne y hueso.

Y de repente, una multitud se acerca en la oscuridad de la noche. Y los encabeza Judas.

Versículo cuarenta y siete:

**“Este se acercó a Jesús para besarle, pero Jesús le preguntó:
—Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del hombre?”**

La traición es una palabra difícil de tragar. Nada peor que ser engañado por un amigo. Judas era uno de ellos. Estaba a su lado. Y lo peor de todo, lo traiciona con un beso. Si en tu cultura no se besa, puedes relacionarlo con el cálido abrazo de la verdadera amistad. Pero aquí no había nada de verdadero.

Un batallón sigue a Judas, y Pedro, fiel a su devoción, saca una espada y ataca, cortando una oreja. Jesús los calma inmediatamente y sana la oreja del hombre.

**"¿Acaso soy un bandido para que vengan con espadas y palos?
Todos los días estaba con ustedes en el Templo y no se atrevieron a ponerme las manos encima. Pero ya ha llegado la hora de ustedes, cuando reinan las tinieblas."**

Toma nota: **“reinan las tinieblas”** —esa es una frase sobre un reino. Y esta es su hora.

Apresan a Jesús y lo llevan a la casa del sumo sacerdote. Pedro sigue a distancia. Casi puedes sentir la lucha dentro de Pedro—tan convencido de su propia devoción inquebrantable. Para su crédito, sacó una espada contra un batallón. Pero esto no está yendo como él se lo imaginó.

¿Qué haces cuando tu momento pasa y la llama de gloria dentro de ti flaquea?

Aún es de noche. Pedro se sienta junto al fuego afuera de la casa. Una sirvienta lo reconoce.

"Este estaba con Él".

Pero él lo negó.

"Muchacha, yo no lo conozco".

Pasa el tiempo. Otro desafío.

"Tú también eres uno de ellos".

"¡No, no lo soy!"

Otra hora pasa. Y un tercero.

Versículo cincuenta y nueve:

"—Seguro que este estaba con él; miren que es galileo".

Pedro respondió:

"¡Hombre, no sé de qué estás hablando!"

Justo cuando estaba hablando, el gallo cantó. El Señor se volvió y miró directamente a Pedro. Y él salió y lloró amargamente.

Es una dura realidad darse cuenta de que uno, por su cuenta, no puede vivir todas sus convicciones. La humillación trae lágrimas. A menudo me pregunto qué había en los ojos de Jesús en esa última mirada. Dios no ha terminado con Pedro, y tal humillación es necesaria para un hombre que aún será usado grandemente por Dios.

Ahora Jesús está verdaderamente solo, sus fieles discípulos se han ido, y enfrenta la cruel brutalidad de los guardias romanos y el veneno punzante de los líderes judíos. Jesús está siendo vendado en los ojos, golpeado y burlado sin cesar.

El día finalmente amanece, y Jesús es llevado ante el concilio de ancianos. Han estado planeando esto. Es el juicio de Jesús. Vendrá en etapas, y comienza ante los sumos sacerdotes de Israel y los maestros de la ley.

En el versículo sesenta y siete leemos:

“—Si eres el Cristo, dínoslo —le exigieron. Jesús contestó: —Si se lo dijera a ustedes, no me lo creerían y, si les hiciera preguntas, no me contestarían”.

Presta atención. A medida que el juicio avanza, muchas acusaciones volarán. Pero solo una pregunta importa: ¿Quién es Jesús realmente? ¿Quién es este hombre en juicio por su vida? Sin embargo, desde el principio, Jesús sabe que los que preguntan no escucharán. Ni siquiera tomarán una postura abierta. Y para todos nosotros que ponemos a Jesús en juicio en la corte de nuestras mentes, vale la pena preguntar: **¿Quién es Jesús?** Y si él te lo dijera directamente, ¿escucharías? Si te preguntaran directamente quién es él, ¿responderías?

Versículo sesenta y nueve:

“Pero de ahora en adelante el Hijo del hombre estará sentado a la derecha del Dios Todopoderoso. —¿Eres tú, entonces, el Hijo de Dios? —preguntaron a una voz. Y él les dijo: —Ustedes mismos lo dicen. —¿Para qué necesitamos más testimonios? —resolvieron—. Acabamos de oírlo de sus propios labios”.

Y ahí lo tienes. Jesús profesa ser el Hijo de Dios, y los judíos, lo único que escucharon fue oportunidad—**lo condenaremos por blasfemia y finalmente nos desharemos de Jesús.** Un juicio terminado, uno más por venir. Lee Lucas veintidós, y te veré de nuevo aquí en la casa de Pilato.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda, la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios.

Lucas 23

Bienvenidos de nuevo, amigos. Lucas veintitrés en "A través de la Palabra". Y ahora que estamos aquí, me siento un poco abrumado. ¿Cómo puedo contar la historia del día en que mi amigo más querido murió? Sin embargo, él murió para salvar mi vida. Así que debo contarlo.

La historia comienza poco después del amanecer. Los sacerdotes y escribas, esperando deshacerse de Jesús al fin, han acelerado un juicio. Sin embargo, para poder matarlo, deben llevarlo ante la autoridad romana. En Jerusalén, la autoridad romana es Poncio Pilato, el gobernador local. Comenzamos en el versículo uno.

“Así que la asamblea en pleno se levantó y lo llevaron a Pilato. Y comenzaron la acusación con estas palabras: —Hemos descubierto a este hombre agitando a nuestra nación. Se opone al pago de impuestos al César y afirma que él es el Cristo, un rey”.

Nota la mezcla de verdad y mentiras, hechas a medida para asustar a Pilato. Lo último que quiere es una rebelión contra César. ¿Es este rey una amenaza? Pilato ignora las cosas pequeñas y se concentra en lo que importa: quién es Jesús. Versículo tres.

“Así que Pilato preguntó a Jesús: —¿Eres tú el rey de los judíos? —Tú mismo lo dices —respondió”.

Es interesante que Jesús se abstiene de hablar, pero afirma cuando otros hablan la verdad. Y Jesús está de acuerdo en que, en efecto, es el Rey. Eso no es una afirmación menor. Los judíos no habían tenido un rey real durante muchas generaciones. Sin embargo, Dios le prometió a David un rey en su linaje para siempre. Al leer las profecías del Antiguo Testamento, el plan de Dios para salvar al mundo se centra en la promesa de un rey. Siglos después, aquí está, ensangrentado y golpeado, un hijo de David, acusado de ser rey. ¿Acaso este es el que tanto esperamos? ¿Es el rey eterno? Del reino eterno. Seguro que no parece un rey en esta condición. Pilato, por su parte, no encuentra nada para procesarlo. Versículo cuatro.

“No encuentro que este hombre sea culpable de nada”.

Presta atención. Jesús nunca es hallado culpable de un crimen, sin mancha. Pero los sacerdotes insisten en el asunto.

"Alborota al pueblo".

Delito interesante. Pero Pilato escucha entre sus palabras que Jesús es de Galilea, una jurisdicción diferente. Después de todo, tal vez no tendrá que juzgar a este Mesías; así que envía a Jesús al rey Herodes. La escena ante Herodes es un circo. Los sacerdotes lanzan acusaciones, pero Herodes solo busca que Jesús haga un milagro. Solo quiere un espectáculo. Jesús permanece en silencio, la habitación se convierte en burla, y una túnica elegante se coloca sobre el rey golpeado y humillado. Pausa esta escena y sal de ella por un momento. Todo es tan familiar, todas las formas en que ponemos a Jesús en juicio hoy. Algunos se desvían. Dejan que otros decidan. Otros se burlan y exigen señales. Otros incluso exigen que nos deshagamos de las afirmaciones de este antiguo rabino de una vez por todas.

De vuelta en nuestra historia, la evasión de Pilato no funciona, ya que Herodes envía a Jesús de regreso; tampoco funcionará para nosotros. Las afirmaciones de Jesús están ante nosotros. La decisión es nuestra. ¿Es él rey o no lo es? ¿Seguirás a Cristo? Evitar esa pregunta es como evitar una propuesta de matrimonio. No decidir tiene el mismo resultado que decidir no hacerlo. Pilato llama a los sacerdotes y gobernantes e insiste en que no hay base para acusaciones. Versículo veinte,

“Pilato, como quería soltar a Jesús, apeló al pueblo otra vez, pero ellos se pusieron a gritar: —¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! Por tercera vez les habló: —Pero ¿qué crimen ha cometido este hombre? No encuentro que él sea culpable de nada que merezca la pena de muerte, así que le daré una paliza y después lo soltaré. Pero a voz en cuello ellos siguieron insistiendo en que lo crucificara y con sus gritos se impusieron”.

Pilato concede su demanda, y Jesús es llevado con una cruz. Ya golpeado y severamente herido, Jesús se doblaba bajo el peso de la pesada cruz, y un hombre africano llamado Simón es obligado a llevarla. Una multitud lo sigue. Jesús le habla a los que lloraban. Y en el versículo treinta y dos,

“También llevaban con él a otros dos, ambos criminales, para ser ejecutados. Cuando llegaron al lugar llamado la Calavera, lo crucificaron allí, junto con los criminales, uno a su derecha y otro a su izquierda. —Padre —dijo Jesús—, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Jesús me asombra aquí. Su misericordia nunca se agota. Otros no están tan impresionados. En el versículo treinta y cinco,

“La gente, por su parte, se quedó allí observando, y aun los gobernantes estaban burlándose de él. —Salvó a otros —decían—; que se salve a sí mismo si es el Cristo de Dios, el Escogido”.

Su desafío lleva una trágica ironía. Reconocen abiertamente que Jesús salvó a otros. No podían negar los milagros. Simplemente no podían entender por qué un verdadero Salvador no se salvaba a sí mismo. Pero para que Jesús fuera verdaderamente un Salvador, tenía que ser un sacrificio. Los espectadores le ofrecen vinagre. Y en el versículo treinta y siete,

“Si eres el rey de los judíos, ¡sálvate a ti mismo!”

Mmm. “Si eres...”. La pregunta central permanece: ¿quién es él? ¿Es rey? Ahora, cuando los romanos crucificaban a un criminal, a menudo colocaban un letrero sobre el condenado para indicar su delito a todos los que pasaban. En el versículo treinta y ocho,

“Resulta que había sobre él un letrero que decía: este es el rey de los judíos”.

Eso es todo. Jesús es condenado por solo una cosa. Él es, en efecto, el Rey de los Judíos. ¿Qué significa eso para nosotros? Por un lado, Jesús

es el descendiente humano del rey David, el heredero al trono. Pero hay mucho más en este Rey de los Judíos. Considera Isaías cuarenta y cuatro, versículo seis.

“Así dice el Señor, el Señor de los Ejércitos, Rey y Redentor de Israel: “Yo soy el Primero y el Último; fuera de mí no hay otro dios”.

¿Lo captaste? El Señor Todopoderoso es el Rey de Israel. Allí en la cruz, las palabras "Rey de los Judíos" están escritas en cuatro idiomas. Lo que eso significa es más de lo que cualquier lenguaje humano puede expresar. Versículo treinta y nueve.

“Uno de los criminales allí colgados empezó a insultarlo: —¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!”

Palabras mordaces. Y Jesús ha escuchado los mismos sentimientos miles de veces de criminales como tú y como yo, cuando exigimos que Dios nos salve de nuestros pecados en nuestros propios términos. Pero el segundo ladrón es diferente. Observa sus palabras en el versículo cuarenta.

“Pero el otro criminal lo reprendió: —¿Ni siquiera temor de Dios tienes, aunque sufres la misma condena? En nuestro caso, el castigo es justo, pues sufrimos lo que merecen nuestros delitos; este, en cambio, no ha hecho nada malo. Luego dijo: —Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”.

El segundo ladrón habla con fe y respeto, como un hombre que habla a su rey. En el versículo cuarenta y tres,

“Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso —le contestó Jesús”.

En el versículo cuarenta y cuatro, la escena cambia dramáticamente.

“Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde toda la tierra quedó en oscuridad, pues el sol se ocultó”.

Bueno, ¿qué acaba de pasar? Hace un minuto, el sol estaba directamente encima. Ahora todo se vuelve oscuro. Mientras los guardias se apresuran a encender antorchas, podrías preguntarte si esto es solo un eclipse. Pero es la Pascua. Y eso solo sucede en luna llena, lo que significa que la luna está al otro lado de la Tierra. Esto no es un eclipse. Lucas lo dice claramente.

"El sol se oscureció". Sin luz del sol, sin luz de luna. Y aquellos que rechazaron la luz del mundo caminaron en la oscuridad durante tres largas horas. Y en el versículo cuarenta y cinco leemos,

"Y la cortina del santuario del Templo se rasgó por la mitad".

Ese velo estaba dentro del templo, una tela gigantesca e intrincada, posiblemente de centímetros de espesor, separando el lugar santo donde los sacerdotes sirven del lugar santísimo donde la presencia de Dios habitaba sobre el Arca de la Alianza. El velo colgaba allí siempre, en muchos sentidos, representando la barrera entre la tierra y el cielo, entre nosotros y Dios. Y de repente, allí está, rasgado en dos. Versículo cuarenta y seis.

Jesús clamó a gran voz: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Cuando dijo esto, expiró. El centurión, al ver lo que había sucedido, alabó a Dios y dijo: "Ciertamente este era un hombre justo." Cuando toda la gente que se había reunido para presenciar este espectáculo vio lo que había sucedido, golpearon sus pechos y se fueron.

Me pregunto sobre esas personas. ¿Qué dudas y demonios combatieron en sus mentes mientras se golpeaban el pecho? ¿Qué los llevó a alejarse? Otros se quedaron. Algunos que lo habían seguido, incluidas las mujeres, se pararon a distancia y observaron.

Y uno más en el versículo cincuenta.

"Había un hombre bueno y justo llamado José".

José es de Arimatea. Es miembro del Consejo Judío, pero no consintió en la decisión de condenar a Jesús. Lucas dice que era un hombre bueno y justo. Y una descripción realmente me intriga.

Se decía que él "Esperaba el reino de Dios".

Qué manera de describir a un hombre. Qué diferencia marcó la esperanza que tenía en su vida. Se puede entender mucho sobre una persona en base a lo que espera. En el versículo cincuenta y dos,

“Este se presentó ante Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Después de bajarlo, lo envolvió en una sábana de tela de lino y lo puso en un sepulcro cavado en la roca, en el que todavía no se había sepultado a nadie”.

Y ahí tienes la historia. El día en que la oscuridad cayó sobre la tierra, el día en que mi querido amigo murió, el día en que mi vida fue salvada. Algunas de las mujeres galileas siguieron a José para ver dónde estaba el sepulcro. Prepararon especias y perfumes para honrar el entierro, pero tuvieron que esperar y descansar durante el Sabbat. Esperar puede ser difícil. Esperar hace que uno se pregunte, ¿cuál fue el propósito de todo esto? Esperar al Mesías. Esperar que el Rey gobierne. Esperar el reino. Lee Lucas veintitrés. Sigue el juicio y considera el juicio en tu propia mente. ¿Quién es este Jesús? ¿Por qué murió? Y ... ¿vale la pena esperarlo?

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda, la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios.

Lucas 24

Bienvenidos de nuevo, amigos. Lucas capítulo veinticuatro hoy en nuestro viaje "A través de la Palabra". Llegamos a lo mejor. Ocurre un domingo, y para aquellos de nosotros que seguimos a Jesús, este es el día. El día donde la esperanza encuentra su fundamento. Sin este día, Eclesiastés dice que la vida no tiene sentido y Pablo dice que nuestra fe es inútil. Todo depende de este día. Es el Día de la Resurrección.

Han pasado tres días desde que Jesús enfrentó al gran enemigo. La muerte es el único enemigo que conquista a todo hombre, sin importar cuán inteligente o fuerte sea. Pero observa la batalla cuidadosamente. Jesús murió. La muerte ganó. Para derrotar a la muerte, tienes que vivir. Y ahora el enfrentamiento ha pasado. Tercer día desde entonces, y los discípulos están luchando. Pero este también es el primer día, domingo, y comienza temprano. Versículo uno:

“El primer día de la semana, muy de mañana, las mujeres fueron al sepulcro, llevando las especias aromáticas que habían preparado. Encontraron que había sido removida la piedra que cubría el sepulcro y, al entrar, no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras se preguntaban qué habría pasado, se les presentaron dos hombres con ropas resplandecientes. Asustadas, se postraron hasta tocar el suelo con su rostro, pero ellos dijeron: —¿Por qué buscan ustedes entre los muertos al que vive? No está aquí; ¡ha resucitado!”

No se lo esperaban. Ponte en su lugar. Sus corazones estaban llenos de dolor. Luego confusión. ¿Dónde está su cuerpo? Luego, asombro. Dos hombres vestidos con ropas resplandecientes como relámpagos. ¿Qué puedes hacer sino inclinarte? Y la pregunta: **"¿Por qué buscan ustedes entre los muertos al que vive? No está aquí; ¡ha resucitado!"** Y la siguiente palabra es clave para todo este capítulo: **"Recuerden"**. Versículo seis:

“Recuerden lo que dijo cuando todavía estaba con ustedes en Galilea: “El Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de

hombres pecadores y ser crucificado, pero al tercer día resucitará”. Entonces ellas se acordaron de las palabras de Jesús.”

Así que recordar es clave, porque Jesús ya les había dicho todo esto repetidamente. La cruz no fue una sorpresa para Dios. En ese caso, ninguna prueba que venga a tu vida lo es. Entonces, ¿por qué los discípulos estaban tan sorprendidos? Si hubieran escuchado y creído, toda la experiencia habría sido mucho mejor. La esperanza transforma cada prueba. ¿Por qué no escucharon? Mi suposición es que los discípulos eran como el resto de nosotros. No nos gusta pensar en verdades difíciles. Abrimos la Biblia y preferimos leer palabras de aliento que de advertencia. Pero Dios nos promete algunas cosas difíciles en esta vida. Jesús nos prometió pruebas y tribulaciones repetidamente. Aun así, actuamos sorprendidos. Pero aquí está el detalle: si no escuchas la ardua promesa, no escucharás la esperanza que viene con ella. Como Juan dieciséis treinta y tres:

“En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡ánimense! Yo he vencido al mundo”.

En cuanto a las mujeres, corren de regreso para contarles a los discípulos. Versículo once:

“Pero a los discípulos el relato les pareció una tontería, así que no les creyeron”.

Me pregunto cómo fue eso para las mujeres, llenas de esperanza y mirando a una habitación llena de gente en duelo. Me imagino que deben haber recordado la pregunta del ángel varias veces, probablemente por muchos años. Yo mismo no puedo olvidarme de ella. ¿Por qué busco entre los muertos al que vive? ¿Por qué a veces trato la iglesia como una clase de historia o la adoración como un servicio conmemorativo para Dios? Como si yo fuera una anciana colocando flores en la tumba de Jesús. ¿Nuestro camino de fe no debería consistir en una relación viva, llena de vitalidad, con saltos, arriesgada, con el corazón palpitante, al borde del

asombro, con el Dios vivo?

"No está aquí; ha resucitado."

Los discípulos aún no están listos para eso. Pedro está lo suficientemente intrigado como para levantarse y moverse. Corre al sepulcro. Encuentra las vendas de lino pero no el cuerpo. El evangelio de Juan nos informa que él también fue al sepulcro con Pedro, lo que plantea la pregunta: ¿por qué los cuatro relatos del evangelio de esta historia no son idénticos? Quiero decir, son en su mayoría iguales y todas las cosas importantes coinciden, pero algunos detalles difieren. Un amigo me ayudó con esto. Es abogado. Dijo que cuando cuatro testigos cuentan exactamente la misma historia, eso no es acuerdo, es colusión. Pero los cuatro evangelios no hacen eso. Cuentan los mismos eventos desde cuatro perspectivas. Eso es crucial para entender lo que tenemos en los cuatro evangelios. Las diferencias menores que encontramos aquí están en línea con lo que deberías esperar de una colección de testigos. Como recordarás, así es como Lucas reunió su relato: "de muchos testigos".

De regreso a nuestra historia, Lucas comparte el relato de dos discípulos a quienes los otros pasaron por alto. Versículo trece:

"Aquel mismo día, dos de ellos se dirigían a un pueblo llamado Emaús, a unos once kilómetros de Jerusalén. Iban conversando sobre todo lo que había acontecido. Sucedió que, mientras hablaban y discutían, Jesús mismo se acercó y comenzó a caminar con ellos; pero no lo reconocieron, pues sus ojos estaban velados. —¿Qué vienen discutiendo por el camino? —preguntó. Se detuvieron, cabizbajos".

Me encanta esta historia. Jesús mismo se acerca y camina con ellos, pero no lo reconocen. Me siento muy identificado con esto. ¡Cuántas veces me pregunto qué está haciendo Dios, mientras que él estuvo caminando conmigo todo el tiempo sin ser reconocido! El extraño pregunta de qué

están hablando. Un discípulo, Cleofás, está un poco sorprendido porque todos estaban hablando de esas cosas. Versículo diecinueve:

“—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó. Ellos respondieron: —Lo de Jesús de Nazaret. Era un profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Los jefes de los sacerdotes y nuestros gobernantes lo entregaron para ser condenado a muerte y lo crucificaron”.

Continúan exponiendo todos los hechos que conocen sobre Jesús. Como piezas de rompecabezas que simplemente no encajan. Su vida asombrosa, su muerte trágica. ¿Alguna vez has hecho eso? ¿Alguna vez has tratado de armar una historia o descubrir qué está haciendo Dios colocando todas las piezas, algunas tan llenas de esperanza, otras tan trágicas, y te preguntas cómo pueden ser la misma historia? Y su siguiente frase llega al corazón del asunto en el versículo veintiuno:

“Pero nosotros abrigábamos la esperanza de que era él quien redimiría a Israel. Es más, ya hace tres días que sucedió todo esto”.

Habían tenido esperanza cuando todo iba bien y Jesús era tan asombroso que todo parecía perfecto. Sus palabras eran verdad, las mismas palabras de Dios. Sus obras eran poderosas, trayendo sanidad y vida. Pero esta última parte: murió. Peor aún, lo mataron. Adiós esperanza. ¿Cómo podemos unir el hecho de que Dios haga cosas tan increíbles por un lado y permita algo tan horrible por otro? Pero luego apareció una nueva pieza: una que no esperaban, y el versículo veintidós:

“También algunas mujeres de nuestro grupo nos dejaron asombrados. Esta mañana, muy temprano, fueron al sepulcro, pero no hallaron su cuerpo. Cuando volvieron, nos contaron que se les habían aparecido unos ángeles quienes les dijeron que él está vivo”.

Creo que puede haber un mensaje sutil aquí para los hombres sobre escuchar a las mujeres que Dios pone en tu vida.

Luego, en el versículo veinticinco:

“—¡Qué torpes son ustedes —les dijo—, y qué tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas!”

¡Qué necios! Necio es sacar conclusiones sin entender, cuando miras los hechos pero solo la superficie. Cuando no percibes que tu plan y el plan de Dios son dos cosas diferentes. Cuando suceden cosas difíciles y concluyes que Dios falló. Versículo veintiséis:

“¿Acaso no tenía que sufrir el Cristo estas cosas antes de entrar en su gloria? Entonces, comenzando por Moisés y por todos los Profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras”.

Esto es asombroso. ¡Lo que no daría por ser una mosca en sus mochilas! Mientras caminan por el camino, Jesús les explica el Antiguo Testamento y todas las Escrituras sobre él mismo. Escrituras que conocían pero que eran tardos de corazón para creer. Hace que te preguntes qué pasajes y promesas te estás perdiendo, ya sea porque no quieres escuchar las cosas difíciles o simplemente por ser tardo de corazón.

Luego llegan a Emaús, pero Jesús sigue adelante.

"Quédate con nosotros."

Y lo hace. Se sientan a comer y Jesús parte el pan y da gracias. De repente, sus ojos se abren.

Jesús.

Quizás es la familiaridad de partir el pan. O quizás sea algo sobre la gratitud lo que cambia la perspectiva. Y así como así, desaparece. Atónitos, pero finalmente entendiendo. De pie, inmediatamente regresan a Jerusalén para ver a los discípulos. Más noticias allí. Jesús se apareció a Simón. Luego, el versículo treinta y seis:

“Todavía estaban ellos hablando acerca de esto, cuando Jesús mismo se puso en medio de ellos y dijo: —¡La paz sea con ustedes! Aterrorizados, creyeron que veían a un espíritu. —¿Por qué se asustan tanto? —preguntó—. ¿Por qué les vienen dudas? Miren mis

manos y mis pies. ¡Soy yo mismo! Tóquenme y vean; un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que los tengo yo”.

Es interesante que Jesús enfatiza que, de hecho, tiene un cuerpo. Incluso se une a ellos para comer un poco de pescado y les recuerda que todo tenía que cumplirse. Y observa el versículo cuarenta y cinco:

“Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras. —Esto es lo que está escrito —les explicó—: que el Cristo padecerá y resucitará al tercer día”.

Dos claves, explica, y les abre la mente para entender. Ambas son necesarias para la fe y lo que viene después. Versículo cuarenta y siete:

“En su nombre se predicarán el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Ustedes son testigos de estas cosas. Ahora voy a enviarles lo que ha prometido mi Padre, pero ustedes quédense en la ciudad hasta que sean revestidos del poder de lo alto”.

Estas instrucciones son cruciales, como veremos en el libro de Hechos. Lo que el Padre ha prometido es el Espíritu Santo. Sin ese poder, la misión de los discípulos sería inútil. Y así, un día que comenzó sin esperanza, terminó con un llamado: llevar esperanza al mundo entero. Nosotros tenemos ese mismo llamado y necesitamos ese mismo poder. Podemos explicar el mensaje, pero solo el Espíritu puede abrir la mente.

Mucho más sucedió en estos primeros días y semanas después de la resurrección. Lucas compartirá algo de ello en su continuación de la historia en Hechos, y Juan y Pablo comparten aún más. Pero cerramos el evangelio de Lucas con una historia fenomenal más. Versículo cincuenta:

“Después los llevó Jesús hasta Betania; allí alzó las manos y los bendijo. Sucedió que, mientras los bendecía, se alejó de ellos y fue llevado al cielo. Entonces, ellos lo adoraron y luego regresaron a Jerusalén con gran alegría. Y estaban continuamente en el Templo alabando a Dios”.

Acompáñanos la próxima vez mientras continuamos el viaje, un capítulo a la vez. Y recuerda, la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios.